

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTORICAS

LA SERENA: 1850 - 1900. TRADICION E INDIVIDUALIDAD

Seminario de Tesis para optar al
grado de Licenciado en Humanidades
con mención en Historia.

Profesora Guía: Luz María Méndez Beltrán

Alumna: Loreto Correa Vera.

SANTIAGO DE CHILE

1989

0065

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA LU ERO PEREIRA SALAS

A Dios por la gracia de vivir en
este tiempo.

A mis padres, a Fernanda, a Maite
y a todos mis seres queridos.

AGRADECIMIENTOS

En breves, pero no por ello menos sentidas palabras, quisiera expresar mis agradecimientos a quienes desinteresadamente ayudaron en la elaboración de esta investigación.

En primer lugar quisiera agradecer el apoyo de mis papás, quienes siempre incentivaron mi esfuerzo y dedicación al estudio.

Del mismo modo, quiero agradecer a esta Casa de Estudios, la Universidad de Chile, por haberme instruído y formado en las letras. Vayan pues, mis sinceros agradecimientos a todos mis profesores y en especial, a la profesora Myriam Zemelman, de quien he aprendido el "pensar histórico" y a quien le debo gran parte de mi formación académica.

A mis amigos y compañeros de carrera, Cristián Garay Vera, quien me guió en la búsqueda de bibliografía y en la elaboración de gráficos, Maite Camus y a sus padres, por sus sugerencias y por facilitarme pasar algunos días investigando en La Serena, Oscar Espinoza Díaz, Gabriela Aliste Astorga y a Soledad Correa Vera por su constante paciencia y ayuda.

Quisiera agradecer también al personal del Salón Fundadores de la Biblioteca Nacional, que con su amabilidad facilitaron la revisión de la prensa periódica y, a la señora Valeria Mardones por su gentileza en la elaboración del texto final.

Finalmente, quiero expresar mi gratitud hacia la profesora Luz María Méndez, por su constante exigencia y por su paciencia en la corrección de los borradores de esta tesis.

A todos ellos, mis más sinceras gracias.

Loreto Correa Vera

Santiago, diciembre de 1989.

ABREVIATURAS

BACHH	Boletín de la Academia Chilena de la Historia.
RCHHG	Revista Chilena de Historia y Geografía.
CHCH	Colección de Historiadores de Chile.
s/f.	Sin fecha.
c.f.r.	Contrastar.
p.	Página.
pp.	Páginas.
f.j.	Foja.

I N D I C E

Introducción	I - IV
Capítulo I: La Serena. Antecedentes Históricos 1549 - 1850.	1 - 62

Primera Parte:

1.1	Herencia española en la fundación de ciudades en América.	1 - 5
1.2	El proceso de fundaciones en Chile durante el Siglo XVI.	5 - 8
1.3	Fundación de la ciudad de San Bartolomé de La Serena.	8 - 10
1.4	La refundación y los inicios de la vida urbana.	10 - 16

Segunda Parte:

1.1	La Villa de La Serena	17
1.1.1	Principales aspectos económicos	18 - 22
1.1.2	Crecimiento Demográfico durante el período.	23 - 27
1.1.3	Desarrollo Urbano hasta mediados del Siglo XIX.	28 - 33
1.1.4	Vida Social y Religiosa: Lo Profano y Lo Sagrado.	33 - 47

Notas Capítulo I.

Capítulo II: La Serena entre 1850-1900.		
Cambios en una sociedad tradicional.	63	- 125

Primera Parte:

2.1	Aspectos Generales.	63	-	70
2.2	Expansión Urbana.	70	-	80
2.3	La Plaza	81	-	85
2.4	La Alameda	86	-	89
2.5	Plazuelas	89	-	93

Segunda Parte:

2.1	Funcionalidad otorgada por los serenenses a sus espacios urbanos durante el período.			94
2.1.1	La Plaza.	94	-	104
2.1.2	La Alameda y las Plazuelas.			104
2.2	Los espacios cerrados en la sociabilidad serenense.	105	-	108
2.3	Diversiones de la población de La Serena.	109	-	114

Notas Capítulo II.

Consideraciones Finales.	126	-	128
Anexo.	129	-	135
Fuentes y Bibliografía.	136	-	147

INTRODUCCION

Entendemos por historia cotidiana, aquella parte de la Historia Cultural que se ocupa de precisar los modos de vida de las generaciones pasadas, sus costumbres, valores y actividades. Este enfoque histórico requiere para su recreación, de una amplia gama de antecedentes previos, de toda clase de datos y testimonios, que permitan describir, inferir y relacionar situaciones sociales. Sin duda, la tarea resulta difícil y compleja. Ciertamente, el investigador se encontrará siempre con limitantes documentales y personales que impedirán, en este esfuerzo, un desarrollo acabado. No obstante, la tarea que implica "el recordar cómo vivieron nuestros antepasados" es fundamental para conservar el alma de una nación.

Cabe destacar que este trabajo concibe a la historia desde una perspectiva temporal, como un proceso de "larga duración", al interior del cual se producen hechos singulares que permiten conocerla. En este sentido, se estima necesario recalcar, que las siguientes páginas ofrecen una síntesis global de diversos factores, elementos e influencias que estuvieron presentes y se proyectaron a lo largo de la historia de la ciudad de La Serena y que formaron parte de su tradición e individualidad, desde su fundación hasta 1900.

El trabajo que se presenta a continuación, forma parte de un Seminario de Tesis, abocado a la temática anteriormente expuesta denominado: Plazas y costumbres recreativas en Chile durante el siglo XIX. Este Seminario consta de varios estudios monográficos referidos a distintas ciudades chilenas durante el período comprendido entre 1850-1920 y utiliza la prensa escrita como fuente documental básica para la comprensión de ésta época.

El objetivo central de esta investigación es comprender el modo como la sociedad serenense se integró y utilizó sus espacios urbanos, principalmente en lo que concierne a las áreas de esparcimiento y sociabilidad general, especialmente durante el período que se extiende desde 1850 hasta 1900.

Se ha creído interesante estudiar la ciudad de La Serena, por cuanto ésta ciudad resume características especiales dentro de la historia chilena. En efecto, La Serena constituyó la segunda ciudad fundada por los conquistadores y pese a su difícil comienzo, nunca fue trasladada o abandonada por sus habitantes. Además, durante varios siglos fue el único centro urbano, administrativo y religioso al norte de Santiago.

Esta investigación se ha subdividido en dos capítulos. El primero, hace referencia, precisamente, a los rasgos que caracterizaron a la ciudad de La Serena desde su fundación hasta 1850, mientras que el segundo aborda con mayor profundidad el tema del Seminario durante la segunda mitad del siglo XIX. Es así, como se han tratado de describir los principales modos, elementos y factores que caracterizaron el comportamiento social de los serenenses, y determinar la adopción de nuevas formas de recreación urbana, cuya más clara percepción se encuentra en el marco de la funcionalidad que cumplió la plaza de La Serena durante su historia.

Para los efectos de este trabajo, deberá entenderse por "centro urbano", una villa o ciudad que, desde el punto de vista numérico y funcional, posea una población relativamente importante para el país. En el siglo XIX, la cantidad mínima de habitantes exigida para calificar a un núcleo de población como "urbano" era de 2.000 habitantes.

En la actualidad, el criterio exigido para que un núcleo sea considerado urbano, comprende a poblaciones cuyas funciones políticas, administrativas, religiosas y económicas, sean relevantes y con más de 5.000 habitantes (1).

Del mismo modo, deberá comprenderse por centros de uso "masivo" o "general", aquellos espacios urbanos a los cuales concurrían todos los grupos sociales que conformaban la sociedad serenense. Se han calificado como espacios de uso "restringido", aquellos lugares o recintos cerrados, a los que asistían sólo algunos grupos o sectores de la población. Este es el caso, por ejemplo, de diversos clubes sociales.

Desde una perspectiva metodológica, el primer capítulo se ha realizado sobre la base de bibliografía especializada y constituye una síntesis interpretativa de la historia urbana en temas afines al seminario. El segundo capítulo en cambio, se ha confeccionado a partir de una investigación que cubre cincuenta años de la prensa publicada en La Serena.

Sin embargo, queremos destacar, que uno de los problemas más graves para nuestra labor de investigación del tema durante el siglo XIX, fue la carencia de información documental respecto de la plaza y de los principales lugares de sociabilidad de la población. La documentación aludida aunque proporciona un mayor número de datos, no siempre reflejó la realidad. En La Serena, los diarios no registraban todo cuanto acontecía en la plaza y en sus alrededores; como si la vida cotidiana sólo hubiese de ser vivida y no registrada.

Finalmente, queremos expresar que este es un trabajo original en relación al tema, como a las fuentes consultadas, las que permiten dar a conocer una faceta hasta ahora parcialmente desconocida de la historia de La Serena.

SANTIAGO, diciembre 1989.

(1) Instituto Geográfico Militar, Geografía de Chile, Tomo X, Cap.II. Santiago, 1983.

CAPITULO I : LA SERENA, ANTECEDENTES HISTORICOS 1549-1850

PRIMERA PARTE:

1.1 Herencia española en la fundación de ciudades en América.

La ciudad de San Bartolomé de La Serena fue fundada bajo un criterio similar al utilizado en la mayor parte de las ciudades Hispanoamericanas. Por ello, se ha creído necesario analizar el establecimiento de ésta ciudad dentro del proceso de consolidación urbana de los españoles en América.

El proceso de asentamiento urbano hispánico en América del Sur se realizó en un corto período de tiempo, considerando la extensión territorial del continente y los medios de comunicación existentes en los siglos XVI y XVII, resulta casi inverosímil que en cincuenta años, las huestes españolas se hubiesen expandido desde las Antillas hasta más allá del río Maule en Chile.

La conquista hispánica de América se inició en las Antillas mediante costosas y riesgosas expediciones, hasta arribar al territorio ocupado por la cultura incásica.

Los españoles fundaron sus ciudades escogiendo lugares adecuados para la sobrevivencia, siendo usual, la implantación de un modelo urbano de asentamiento: la cuadrícula, o tablero de ajedrez, o plano de damero.

Este diseño fue aplicado en el sitio elegido, estuviera éste en lomas o planicies. En todas partes el damero era funcional.

No ha existido una idea de consenso en los estudiosos sobre el origen directo del damero utilizado en América. Este diseño no era nuevo, ya en la Grecia Antigua, durante el siglo V, éste esquema era utilizado por Hipódamo de Mileto (1). Posteriormente, según la opinión de algunos entendidos, el damero fue utilizado durante el renacimiento italiano. Al respecto, Gabriel Guarda ha afirmado que

el plano de damero desarrollado en América fue completamente distinto al modelo empleado en la mayor parte de las ciudades establecidas durante los siglos XV y XVI en Europa (2), las que se caracterizaron por la introducción de: "conjuntos urbanos monumentales o de cierta categoría urbana arquitectónica, como ocurrió en algunas ciudades italianas, francesas y alemanas de fines del siglo XVI y especialmente durante los siglos XVII y XVIII" (3).

Por otra parte, Francisco de Solano, ha sostenido que el ejemplo cuadrangular, que fue recogido y utilizado en América, en Africa y también en Asia, tuvo sus antecedentes en los campamentos militares permanentes, establecidos por la necesidad de mantener una defensa hispánica adecuada, que permitiera contrarrestar los ataques musulmanes en la Península Ibérica.

Debido al nacimiento y desarrollo espontáneo de las ciudades españolas, éstas poseían un trazado irregular, con calles retorcidas y con numerosos vericuetos que dificultaban su defensa. No obstante, los campamentos militares, que fueron herederos de aquellos establecidos por los romanos y que posteriormente fueron regulados por el "Código de las Siete Partidas", respondieron a necesidades y exigencias militares y políticas, en las que el trazado regular resultaba definitivamente conveniente para enfrentar los ataques enemigos (4). En ese sentido, las ciudades Hispanoamericanas - según la opinión de Francisco de Solano - tuvieron su origen en la forma, modo y objetivos de éstos campamentos militares del medioevo español.

En una sociedad jerarquizada y estamental, como lo era la española, la cuadrícula resolvía satisfactoriamente un sinnúmero de dificultades, tales como la ubicación y distribución de los principales edificios públicos, o aquellos criterios a considerar en la repartición y asignación de los solares entre los conquistadores. Asimismo, el plano de damero establecía los espacios abiertos que debía contener la ciudad.

Otra de las características de éste diseño era la curiosa simbiosis que se producía entre los edificios y el paisaje que los rodeaba. El damero carecía de la monumentalidad de la edificación surgida a partir de castillos o de grandes iglesias, como ocurría por lo general en las urbes europeas. La baja altura de las construcciones y la cercanía a determinados accidentes geográficos, tales como ríos, bosques o montañas, hacían que la ciudad Hispanoamericana no rompiese con el entorno, sino que por el contrario se conformase en armonía con él. También contribuían a ésto, los materiales utilizados en la edificación de las construcciones. Así en Chile, el adobe, la quincha, paja y los pilares de madera, fueron elementos comunes a la mayoría de las casas y habitaciones extendidas por el valle central, desde La Serena a Concepción.

Asimismo, existieron distintos antecedentes culturales en el proceso de urbanización americano. Las pocas ciudades fundadas en las postrimerias del siglo XV y aquellas que datan del siglo XVI, tuvieron su base en la mencionada tradición castrense y en las instrucciones reales entregadas a los conquistadores. Con posterioridad, se agregaron en 1573 Las Ordenanzas de Descubrimiento y Población y en 1681, la Recopilación de Leyes de los Reinos de Indias. Estas últimas fueron el complemento legal a la labor que los españoles venían realizando en América.

De los antecedentes expuestos, emanaron los detalles y fundamentos para elegir los lugares, distribuir las tierras y solares y señalar además, la ubicación de los edificios y plazas de las innumerables ciudades, villas y fuertes de Hispanoamérica.

Jorge Hardoy ha efectuado una clasificación de las formas urbanas empleadas por los conquistadores españoles. En su análisis aparece con claridad que el esquema cuadrangular no fue el único utilizado. Por cuanto se ha considerado que La Serena corresponde

al denominado "modelo clásico", de Hardoy, se presentarán los elementos que lo componen:

- a) "Su trazado era un damero formado en su totalidad o casi totalmente por manzanas idénticas de forma cuadrada o rectangular.
- b) La plaza principal o plaza mayor estaba formada por una de esas manzanas sin construir.
- c) La plaza mayor estaba rodeada por la Iglesia, el Ayuntamiento y la Gobernación o su equivalente.
- d) Los lados de la plaza y las calles que nacían de sus ángulos poseían arcadas.
- e) Frente a las fachadas principales y/o a uno de los lados de las iglesias se dejaba casi siempre una plazoleta" (5).

La Serena se ajustó casi con exactitud a este tipo de planta urbana. La única variación se encuentra en que desde su fundación, la plaza principal fue desplazada hacia el poniente.

El modelo clásico enunciado se puede encontrar en la mayor parte de las villas o ciudades fundadas para ser capitales, y también, en otras urbes menores - como La Serena - que cumplieron funciones de defensa o de interconexión regional.

Sin embargo, además de un esquema urbano, el establecimiento de una villa o ciudad precisaba de otras consideraciones. Se debía tener la seguridad que existiera población indígena en la zona para trabajar, catequizar e instruir según lo dispuesto por las capitulaciones reales; y se debía poseer un adecuado conocimiento de los recursos económicos para asegurar la permanencia futura de los pobladores.

Fue por éstas razones que un gran número de fundaciones se realizaron sobre la base de "pueblos de indios", o en lugares cercanos a una población indígena; esa condición aseguraba de antemano la existencia de agua y de terrenos fértiles para la supervivencia. La Serena en este sentido tampoco fue una excepción (6).

1.2 El proceso de fundaciones en Chile durante el siglo XVI.

Desde el siglo XVI y hasta los albores de la Independencia, pueden distinguirse dos etapas de fundación urbana. La primera se iniciará conjuntamente con el asentamiento hispánico durante los gobiernos de Pedro de Valdivia y de García Hurtado de Mendoza, el cual coincidió con los momentos más álgidos de la Guerra de Arauco, vale decir, con la denominada "ofensiva" indígena. La segunda etapa, se produjo a partir del propósito de la política borbónica de: "corregir un tipo de ocupación del territorio caracterizado por una exagerada dispersión de la población en el campo" (7), y que recuperó el antiguo principio por el cual: "todo sistema de justicia, administración e Iglesia queda ligado a la base urbana" (8).

Durante el período inicial, tres ciudades fueron las que se destacaron: Santiago, La Serena y Concepción.

La primera ciudad en ser fundada fue Santiago del Nuevo Extremo, durante el mes de febrero de 1541. La ciudad se emplazó sobre los fértiles terrenos del valle del río Mapocho. El lugar estaba habitado por naturales sometidos a la influencia cultural y al dominio incásico. No obstante, los conquistadores consideraron que por la ubicación equidistante del mar, el sitio elegido constituiría un buen centro de operaciones, tanto interna como externamente, si es que se utilizaba el puerto de Valparaíso como punto intermedio de comunicaciones entre Chile y el Perú.

Sin embargo, los meses posteriores a la fundación de Santiago casi hicieron claudicar las esperanzas de Pedro de Valdivia y sus compañeros. La pobreza y la miseria ocasionada por los ataques indígenas fue de tal magnitud, que la "empresa de Chile" estuvo al borde del fracaso. Debido a ello, Pedro de Valdivia resolvió enviar algunos emisarios al Virreinato para solicitar ayuda. En 1543, las gestiones realizadas por Alonso de Monroy en Perú tuvieron buenos frutos, arribando de regreso a Valparaíso con la ayuda requerida. En él Santiaguillo, fueron traídos los efectos y enseres mínimos para subsistir durante dos años; con dificultades el apoyo material obtenido, permitió el desarrollo incipiente de la vida urbana y también, hizo posible algunas misiones de reconocimiento en otros territorios.

Fue así, como se encomendó a Francisco de Aguirre la exploración de los territorios hasta el río Maule, y al mismo tiempo, la contención de la fuga de indígenas hacia otros lugares ubicados más al sur.

En forma paralela, Pedro de Valdivia envió a Juan Bohón en otra misión que tenía por objeto reconocer la región situada al norte de Santiago y fundar una nueva villa. Así, en 1544 se emplazó La Serena con el propósito de cubrir: "la necesidad de imponer respeto a los indios del norte y de mantener expedita la vía de comunicación terrestre de Chile con el Perú" (9).

Simultáneamente a estas expediciones, partió otra terrestre hacia la provincia de Arauco, comandada por Francisco de Villagra a fin de: "que tomase lenguas y me echase los indios desta tierra hacia acá; y desde entonces tengo un capitán con gente en la provincia de Itata para que no los dexé volver hacia allá" (10).

En carta enviada a Carlos V, Pedro de Valdivia precisaba que: "con poblar aquí - Santiago - y sustentar ya Coquimbo de prestado, pueden ir y venir a placer todos los que quisieren" (11).

Tan pronto como se fundaban las ciudades y a semejanza del resto de las villas hispánicas, se procedió al repartimiento de los indios en encomiendas. Dada la escasez de población autóctona, cada una de estas encomiendas no superaba la centena de indígenas.

En el año 1544 llegó a Chile proveniente del Perú, en el bergantín San Pedro, el marino genovés Juan Bautista Pastene, quien fue designado como teniente de Pedro de Valdivia. Su labor como marino experimentado sería la inspección de las costas chilenas. En dos navíos exploró, junto Jerónimo de Alderete, doscientas leguas de costa, alcanzando por el sur hasta la desembocadura del río Valdivia. Allí, a nombre del gobernador, tomó posesión de ese territorio y fijó la soberanía para la colonia española.

Los resultados obtenidos con la expediciones aludidas, convencieron a Pedro de Valdivia de la necesidad de un mayor contingente de hombres armados y de provisiones que debían traerse desde el Perú, pues en caso contrario no sería factible la conquista de Chile.

Pero las noticias recibidas desde el Perú no eran optimistas, y mucho menos estimulantes. Las disputas entre almagristas y pizarristas habían recrudecido. Por tal motivo se presagiaban largas demoras en el envío de soldados y pertrechos.

Ante ello, Pedro de Valdivia se decidió a viajar al Perú con algunos hombres en 1547. En la tierra de los incas gobernaba con amplios poderes reales el Licenciado La Gasca, y al llegar, Valdivia de inmediato se puso a sus órdenes (12). Su fama y destreza militar en apoyo a las fuerzas reales fue determinante para que La Gasca lo ratificara como gobernador de Chile, además dio la autorización - en cuanto el Perú estuviese pacificado - para que obtuviera los refuerzos necesarios para consolidar la conquista de esta región.

Con este propósito, Pedro de Valdivia invirtió todo el oro que había llevado de Chile y contrajo nuevas deudas, retornando a Chile con trescientos hombres aproximadamente.

Los conquistadores se propusieron proyectar la conquista a los territorios del sur, fundando entre 1550 y 1587, catorce ciudades y cinco fuertes. En la región situada al norte de Santiago se levantaron dos fuertes: el de Quillota, edificado por orden de Pedro de Valdivia en 1541 ó 1542, y que constituyó en la opinión de Rómulo Trebbi la primera casa patronal chilena (13). El otro fuerte, fue el levantado en Copiapó en 1549, y tuvo su origen en la casa fuerte levantada por Juan Bohón en 1548 (14).

La tercera fundación fue Concepción (1550), emplazada en Penco, sirvió como vía de penetración hacia los territorios de la Araucanía y llegó a constituirse en la capital militar del Chile colonial (15).

1.3 Fundación de la ciudad de San Bartolomé de La Serena.

"Pusiéronle al pueblo por nombre la ciudad de La Serena un lunes que se contaron quince días del mes de noviembre del año 1543. Diéronle éste nombre por respeto al capitán Valdivia que era natural de La Serena en España" (16).

Este es uno de los primeros comentarios hechos sobre la fundación de La Serena y pertenece a Mariño de Lobera. No obstante, es preciso señalar la ambigüedad existente entre cronistas e historiadores en relación a la fecha exacta de fundación de la ciudad. Algunos sostienen que fue fundada a fines de 1543 y otros en el mes de agosto de 1544.

Respecto al nombre de la ciudad de La Serena han existido dos hipótesis. La primera fue la mencionada por el cronista Mariño de Lobera. La segunda opinión se atribuye a que la ciudad debería su nombre al: "benigno temperamento en que las estaciones se suceden una otras sin sensible cambio..." (17).

A lo descrito, se añadirán las opiniones de don Luis Silva Lezaeta, autor de una extensa biografía de don Francisco de Aguirre publicada en 1904, donde sostuvo que el gobernador Valdivia también tuvo en consideración para fundar La Serena, una probable penetración al oriente de la cordillera andina, la cual era posible llevar a cabo sólo si se tenía un respaldo directo desde el sector occidental (18). Lo anterior se ha comprobado con el testimonio de una carta que Pedro de Valdivia escribió, en septiembre de 1545, al emperador Carlos V, respecto del insuficiente número de indígenas que habitaba la zona de Coquimbo. En dicha carta, Valdivia mencionaba la posibilidad eventual de despoblar La Serena, si tras la cordillera no se descubrían más indios que sirvieran en la ciudad.

Al igual que muchas ciudades chilenas e Hispanoamericanas, La Serena tuvo un difícil comienzo y sus trece fundadores tuvieron que desplegar una gran fortaleza física.

El resto de la expedición de Bohón, enviada al norte por Valdivia, permitió recorrer los alrededores y pacificar a los indígenas.

Los contactos de aquellos con Santiago se mantuvieron por algún tiempo mediante una pequeña nave que navegaba entre La Serena y Valparaíso.

A fines de 1548, los indios de Copiapó decidieron rebelarse contra el dominio hispánico. La sublevación se extendió por todo el norte. En Coquimbo, los indios hastiados de los abusos de los encomenderos y de su explotación en los lavaderos de oro, optaron por levantarse (19).

La vida inicial de La Serena acabó repentinamente una noche de enero de 1549. Al sorpresivo ataque emprendido por los indígenas, que impidió cualquier contraataque español, siguió la destrucción de la ciudad. Escaparon sólo dos españoles. Hombres, mujeres, niños, indios de servicio, junto con caballos y demás animales domésticos, fueron muertos por los naturales sin clemencia alguna. Juan Cisternas-antiguo regidor de La Serena- y uno de los sobrevivientes de la catástrofe llevó la noticia a Santiago después de un penoso viaje.

En el acta del 1º de febrero de 1549, mientras Valdivia permanecía en Valparaíso, el Cabildo de Santiago acordó el envío de soldados a cargo de Francisco de Villagra para que "vengase el hecho" (20); éste: "desplegó una actividad infatigable, erigió de nuevo la ciudad, persiguió a los indios sin tregua, quemándolos en sus propios ranchos, y mantuvo la ruta expedita hasta Copiapó, donde se levantó un pequeño fuerte" (21).

1.4 La refundación y los inicios de la vida urbana.

Según Manuel Concha, el 26 de agosto de 1549 La Serena fue refundada. Para presidir la ceremonia, el Cabildo de Santiago designó a don Francisco de Aguirre.

El siguiente documento describe el acto de refundación:

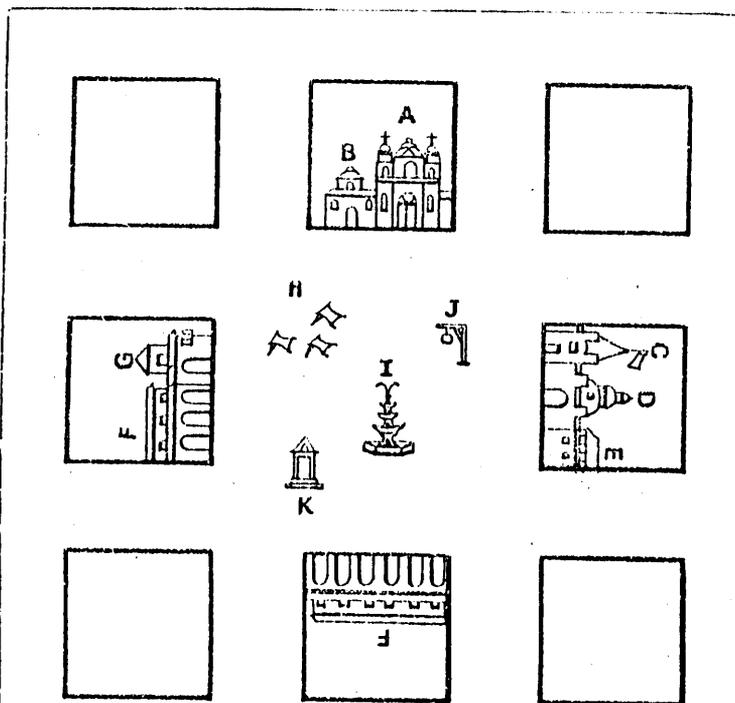
"...tomó por sus manos el palo de la picota i lo puso en medio de la plaza, a donde se suele acostumbrar e poner en todas las demás ciudades pobladas en estos reinos, i puso la mano sobre la cruz de mi espalda e hizo juramento solemne, como se acostumbraba hacer i como hijodalgo, de sustentarla en nombre de S.M. i del mui ilustre señor capitán don Pedro de Valdivia, capitán general de estos reinos por S.M." (22).

El emplazamiento se situó a 1500 metros de la orilla del mar sobre una terraza cortada. Junto a éste se encuentran otras dos que permitieron el crecimiento urbano posterior de la ciudad. La parte denominada de "el plano" subía hacia el interior unas 4 ó 5 cuadras, hasta topar con el denominado Cerro Santa Lucía. En el lado norte, la ciudad limitaba con el río Elqui y sus barrancos. Hacia el sur, La Serena limitaba con la llamada quebrada de San Francisco, un canal que con posterioridad se constituyó en una tradicional cañada chilena (23).

De acuerdo con la tradición hispanoamericana y la legislación de Indias, la plaza mayor - que variaba de tamaño según la cantidad de vecinos y que consideraba además el crecimiento de población - podía variar su superficie entre 200 pies de ancho y 300 pies de largo, o bien, entre 800 pies de ancho y 500 pies de largo. La forma rectangular y no la cuadrada, se consideraba más apropiada para las celebraciones a caballo y para la construcción de pórticos en sus ángulos (24).

La plaza mayor de La Serena fue ubicada, tal como se ha señalado (25), a una cuadra al poniente del centro de la cuadrícula urbana, situación que se adoptaba para aquellas ciudades emplazadas en la costa pues debían hacer visible el templo o iglesia mayor desde el mar (26).

La traza urbana contempló 49 manzanas españolas de 150 varas de la época, es decir, de 109 metros líneales aproximadamente.



La figura presentada muestra la planta clásica del damero colonial, que según Rojas-Mix, responde a un modelo estructural implantado en toda Hispanoamérica.

- | | |
|----------------------------|-----------------------------------|
| A: Catedral | G: Casas de particulares ilustres |
| B: Palacio arzobispal | H: Puestos de vendedores |
| C: Casa de Gobierno | I: Fuente |
| D: Cabildo o Municipalidad | J: Horca |
| E: Cárcel | K: El árbol de la picota (rollo) |
| F: Portales | |

Fuente: La Plaza Mayor.
El Urbanismo,
Instrumento de dominio
colonial.p. 116.

Hasta fines del siglo XVI, los edificios públicos de la ciudad, tales como el Cabildo, la cárcel y el hospital, establecidos todos frente a la plaza, sólo fueron pobres construcciones de adobe con techos de totora.

Además de la plaza principal, La Serena poseía pequeñas plazuelas frente a los conventos que tempranamente se instalaron en la villa, tales como los de San Francisco, la Merced y de los Jesuitas.

Franciscanos y mercedarios se establecieron en la ciudad poco después de su refundación en un sitio que corresponde a la actual calle Balmaceda, esquina Eduardo de la Barra y Balmaceda, esquina de calle Prat respectivamente. Según el estudio de Eugenio Chouteau, la orden agustina fue la primera en avecindarse.

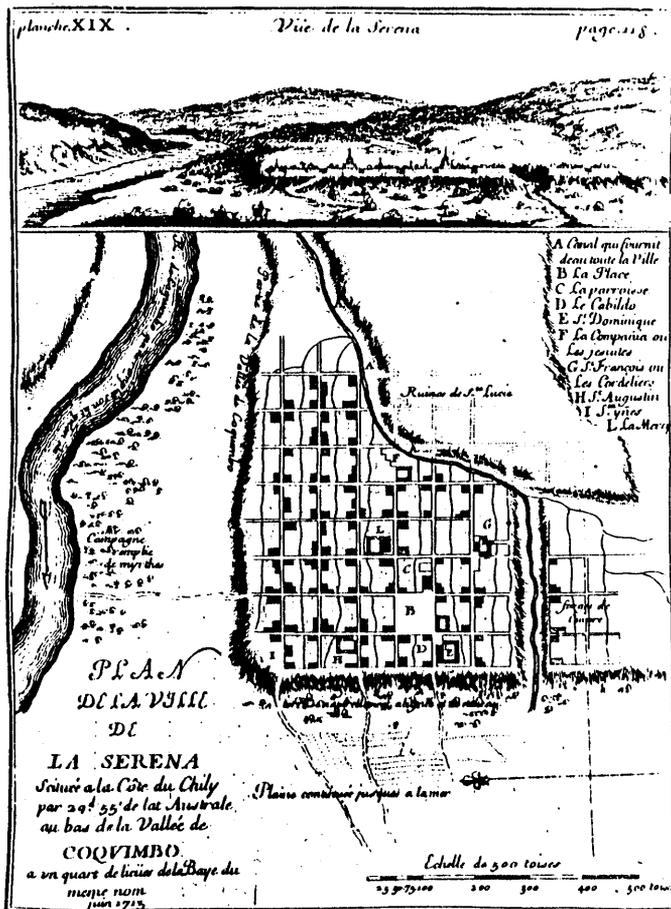
Debe destacarse que una villa tan pequeña como La Serena, recibió de la vida monástica muchos de sus valores tradicionales desde el siglo XVI.

Pese a la pobreza y a la escasez de recursos, la ciudad se extendió a fines de aquella centuria hasta la calle Colón por el norte. Hacia el sur, se mantuvo hasta la quebrada de San Francisco. Por el este, la ciudad llegó hasta la calle O'Higgins, y por el lado oeste hasta la calle P. P. Muñoz (27).

Descrita la ciudad en sus rasgos principales, cabe señalar que de las ciudades fundadas por los conquistadores, La Serena ha conservado la traza primitiva y la continuidad de su población, desde su origen hasta el presente. Muchas ciudades chilenas, tales como Concepción o Chillán, sufrieron grandes trastornos, los cuales ocasionaron la destrucción de su planta física o un virtual abandono de sus moradores. Sólo La Serena y Santiago perviven a partir de su traza original hasta nuestros días, mientras que la mayoría fueron reedificadas en sitios contiguos a su emplazamiento original.

Parece conveniente explicar por qué los grabados de La Serena de los siglos XVII y XVIII mostraron muros o defensas en sus límites. En teoría toda ciudad hispanoamericana debía poseer muros de defensa,

pero en la práctica, la mayoría nunca los tuvo. En la ciudad de La Serena estos muros se construyeron cuando se hicieron presentes las impulsiones piráticas y pusieron en peligro la existencia de la urbe. Sin embargo, los muros de La Serena - que no pueden ni remotamente igualarse a las fortalezas europeas - fueron hechos de barro, paja y madera, y existieron sólo desde 1680.



Ya desde 1576, aparecieron los primeros filibusteros en las costas americanas. El corsario inglés Francis Drake, saqueaba ese año las costas del Pacífico. En Chile, Drake atacó Valparaíso sin que se le opusiera resistencia. No obstante, en La Serena, los vecinos repelieron el ataque extranjero matando a uno de los piratas (29).

Fue tal la repercusión de los ataques de Drake, que en 1582, Pedro Sarmiento de Gamboa salió de España con una expedición de quince buques y cuatro mil soldados para perseguir al corsario.

Posteriormente, llegarían a nuestras costas otros piratas europeos, quienes trataron de burlar la prohibición hispana de efectuar desembarcos y comercio ilícito en sus posesiones.

En relación a las fortificaciones de La Serena y Valdivia, Gabriel Guarda ha afirmado que: "aunque débiles en su construcción, siempre serán la suprema expresión de la ciudad, según la concepción recibida de la Edad Media, vigente aún en América" (30).

Otro aspecto que siempre resulta necesario considerar en un estudio urbano, por cuanto refleja las dimensiones de la ocupación real del espacio, es el número de habitantes que una ciudad o localidad posee. Tanto en el pasado como en el presente, este índice demuestra en general la importancia de la ciudad.

En muchas ocasiones, aquellas villas establecidas como puertos poseían mayor población que cualquiera ciudad más mediterránea. Los casos de Concepción y Valparaíso confirman lo dicho; debido a su rol castrense, Concepción se caracterizó por un aumento demográfico acelerado, y lo mismo sucedió con Valparaíso desde el siglo XVI; este puerto por su actividad comercial constituyó en la época colonial un importante centro de atracción de población para la Capitanía General de Chile.

0065

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA LU E. O. PEREIRA SALAS

La Serena fue en este sentido una excepción, ya que hubo algunas razones que limitaron su crecimiento demográfico. Así, diversos autores han sostenido que la Guerra de Arauco concitó en el siglo XVI, la atención preferente de las autoridades españolas, destinando todos los esfuerzos militares y económicos a la zona sur. Esa fue quizás la causa principal del lento crecimiento de la ciudad de La Serena, pero no la única. También, las actividades económicas desarrolladas por la población de la región, constituyeron un factor descentralizador, lo cual incidió asimismo en su lento aumento demográfico: "La Serena, en cambio, ofrecía hogar tranquilo a un número reducido de familias modestas y laboriosas" (31).

Datos cuantitativos sobre la población de La Serena sólo se han encontrado a partir de 1579, fecha en la cual se ha calculado que la ciudad contaba con "500 serenenses". En tanto que entre 1591-1593, la villa sólo tenía 200 habitantes, entre los cuales no estaban considerados ni los esclavos de color, ni los indios sumisos. Por último, hacia fines del siglo XVI, se ha señalado que en la ciudad de San Bartolomé de La Serena habitaban unos 80 a 100 vecinos españoles y 7 encomenderos. Estos últimos, gobernaban a unos 800 indios de tributo aproximadamente (32).

SEGUNDA PARTE:

1.1 La Villa de La Serena.

Debido a la ubicación meridional de Chile dentro del continente americano, España estuvo preocupada en forma permanente por mantener su soberanía sobre todo el territorio. En ese sentido, los puertos y las costas fueron por lo general, lugares de relativa importancia. Durante el período de la colonia, hubo fundamentalmente dos puertos en Chile que sirvieron tanto para el aprovisionamiento de agua como de víveres; al mismo tiempo que permitieron el desarrollo de la actividad comercial. Los puertos de Valparaíso y Concepción, constituyeron puntos de detención obligada dentro del marco de aquellas rutas marítimas que cruzaban el Estrecho de Magallanes para dirigirse a otros puertos del Pacífico, o bien en dirección a Asia y Filipinas.

Sin embargo, lo anterior no obstaculizó para que en otras regiones surgieran progresivamente algunos puertos menores con funciones similares. Este fue el caso de la ciudad de La Serena, que próxima al puerto de Coquimbo, constituyó el eje intermedio terrestre y marítimo entre Santiago y Lima. En efecto, por su ubicación geográfica La Serena fue la cabecera administrativa de toda región situada al norte de Santiago, al menos desde su fundación y hasta que Copiapó fuera erigida con el título de Villa en 1742 por el gobernador José Antonio Manso de Velasco. A partir de entonces, el ejercicio de esta administración fue compartido por ambas ciudades. No obstante, La Serena continuó siendo el único centro urbano del norte de Chile.

1.1.1 Principales Aspectos Económicos.

Desde los primeros años de la conquista hispánica y hasta finalizar el siglo XVI, la economía chilena fue "una economía de guerra" (33).

Sin embargo, y pese a ello, los pocos europeos venidos a Chile se dedicaron a trabajar sus tierras, criar ganado, explotar las minas y los lavaderos de oro mediante el trabajo indígena. Con el transcurso del tiempo y con la consolidación de asentamientos urbanos, el aprovechamiento de los recursos económicos fue cada vez más productivo.

En este contexto debemos visualizar el desarrollo del Norte Chico, y su principal ciudad: La Serena.

Durante el siglo XVI, las actividades económicas de la escasa población serenense se centraron en las labores agrícolas. Se cultivaba trigo, cebada y maíz. Paralelamente, se introdujeron variedades de frutales, y el buen clima de la región, permitió desde sus inicios el cultivo de la vid. El incipiente trabajo agrícola en el valle de Coquimbo fue practicado en pequeñas chácaras que fueron distribuídas entre sus pocos vecinos (34).

Hubo en éstas regiones, según el relato dejado por Mariño de Lobera: "...muchas huertas, estancias y heredades donde hay manzanas camuezas, membrillos, peras, limas, naranjas, cidras, limones, albaricoques, ciruelas, granadas, melones los mejores del mundo...Por la ciudad pasan acequias de agua para el servicio de las casas, y riego de las huertas y vergeles" (35).

En cuanto a otras actividades productivas, Marcelo Carmagnani y posteriormente, Jorge Pinto, han sostenido que la economía regional durante el período colonial experimentó sucesivas transformaciones, las cuales a partir del siglo XVI, y hasta promediar el XVII, se caracterizaron por el predominio de la ganadería (36).

En las primeras décadas del siglo XVII, en la región comprendida entre La Serena y Quillota, a la producción ganadera se sumó aquella originada por la explotación de las minas de cobre (37). En efecto, entre 1620 y 1690, se produjo una transformación de las actividades económicas. Como consecuencia de ello, la economía regional se volcó hacia una producción agrícola y minera.

La crónica escrita por el Padre Diego de Rosales dejó expresada esta situación: "El aceite desta tierra es el mejor absolutamente del Reino, claro y de buen sabor, y en tanta abundancia que se saca mucho fuera para vender y presentar de regalo; hácense buenas sementeras y se crían muchos ganados, aunque por llover poco no son tan pingües como en otras partes. El abundancia del oro es tanta que aunque en otras partes de Chile se ha dejado de sacar, aquí en Coquimbo siempre se ha tenido mucha granjería en labrar las minas, y si lloviera más fuera mayor, porque cuando lluev bien en invierno se derrumban los montes y se halla con más facilidad el oro" (38).

A partir de entonces, la economía del Norte Chico duplicó en parte la crisis cerealera que se venía desarrollando en el Perú. La ruina de la producción cerealística de aquellos valles cercanos a Lima fue el impulso necesario para dar comienzo en el siglo XVII a la expansión triguera del Valle Central chileno (39).

Asimismo, en forma paralela al cultivo del trigo, también cobró importancia la producción dedicada al cultivo de viñedos.

Tal como ocurría con la actividad agrícola, los excedentes de la explotación cuprífera y aurífera tenían un destino similar. Durante el siglo XVII la explotación cuprífera se concentró en las minas de el Brillador, Tamaya y su exportación sirvió al Perú para la fabricación de cañones (40); mientras que el oro de la región era extraído de los lavaderos de oro de Andacollo (41). Esta variedad experimentó variaciones en la centuria siguiente. El jesuita Felipe Gómez de Vidaurre señaló que en la región de Coquimbo, el comercio era muy limitado en el siglo XVIII y que: "Apenas se ven llegar al año dos o tres navíos al puerto de Coquimbo, bien que sea uno de los más bellos y seguros de aquellas costas. Toda su exportación consiste en una pequeña cantidad de aceitunas secas salpresadas, de aceite, de cueros de cabra, que son los mejores de Chile, de brea, de incienso, de vino y principalmente de cobre en barras y labrado. El dinero que adquieren con este tráfico se emplea en comprar otros efectos que les llevan de las provincias vecinas" (42).

La política que llevaron a cabo los reyes borbones durante el siglo XVIII, también tuvo sus efectos e influyó en el desarrollo de La Serena, que ubicada en un distrito minero importante, llegó a ser el principal centro aglutinador de talleres, fundiciones y trapiches de la región.

Un testimonio sobre el corregimiento de Coquimbo fue dejado por el gobernador de Chile, Manuel Amat y Junient (1755-1762):

"Su mar es abundante de peces especiales y entre los Mariscos de concha cria regalados hostiones; el río abunda de Camarones muy hermosos; es rico de minerales; entre las frutas cría algunas particulares entre las cuales son muy fragante, sabrosas las que llaman Lúcumas; goza de hortalizas y chacrerías todo el año a causa de que la área de su distrito

está excepta de hielos: abunda igualmente en vinos, por la fertilidad del Valle, en que se cultivan crecidas viñas, pero escasea de Carnes, por causa de los pocos pastos de sus serranías,... pero el ganado Cabrío se mantiene y es muy usual. No por eso carece de grasa, sebo y cecina, porque se lleva de las Haciendas de Santiago, y de la Concepción por comercio, ya por Mar, ya por Tierra y del partido del Maule se llevan tropas de carneros..." (43).

El historiador Marcelo Carmagnani ha señalado que en el siglo XVIII el Corregimiento de Coquimbo sufrió varias crisis económicas. La primera de ellas tuvo comienzo hacia 1720, fecha en la cual la producción de trigo comenzó a experimentar una grave contracción. Los efectos de ella llegaron a tal punto, que la región no sólo dejó de abastecer el mercado peruano, sino que también mermó el intercambio con Santiago e incluso con Copiapó e Illapel en los años de mayor carestía.

Sin embargo, para enfrentar el problema, se comenzó a desforestar y a talar la vegetación natural xeromórfica de la región en áreas susceptibles de ser cultivadas por el hombre. Como resultado, lo único que se logró fue la erosión de las tierras y el avance del desierto, debido al aumento de las sequías por la escasez de evaporación y la disminución de las precipitaciones (44). El problema fue en parte subsanado con el inicio del empleo de nuevas técnicas agrícolas, tales como la construcción de canales y la desecación de pantanos de la región. Con ello, la actividad agrícola tuvo un costo mayor, pero: "...convirtió al Norte Chico, especialmente La Serena, en la región mejor cultivada de Chile en el siglo XVIII" (45). Al iniciarse el siglo XIX, los viñedos y trigales de la región lograron duplicar su producción (46).

En relación a las manufacturas, también existió alguna industria vivinícola y artesanal. Las disposiciones legales vigentes determinaron que respecto a la importación de ropa y de otros utensilios, fuese más rentable adquirirlos que fabricarlos. No obstante, como toda ciudad hispánica, en La Serena también se produjo algún contrabando comercial (47). Es así como el Cabildo de La Serena en abril de 1804, prohibió: "bajo la pena de la vida... el tráfico entre los naturales con los otros extranjeros; y a fin de cortar de raíz todo trato y familiaridad entre unos y otros individuos como está encargado por repetidas ordenanzas superiores", debido al frecuente desembarco ilícito de mercaderías en los puertos de la región (48).

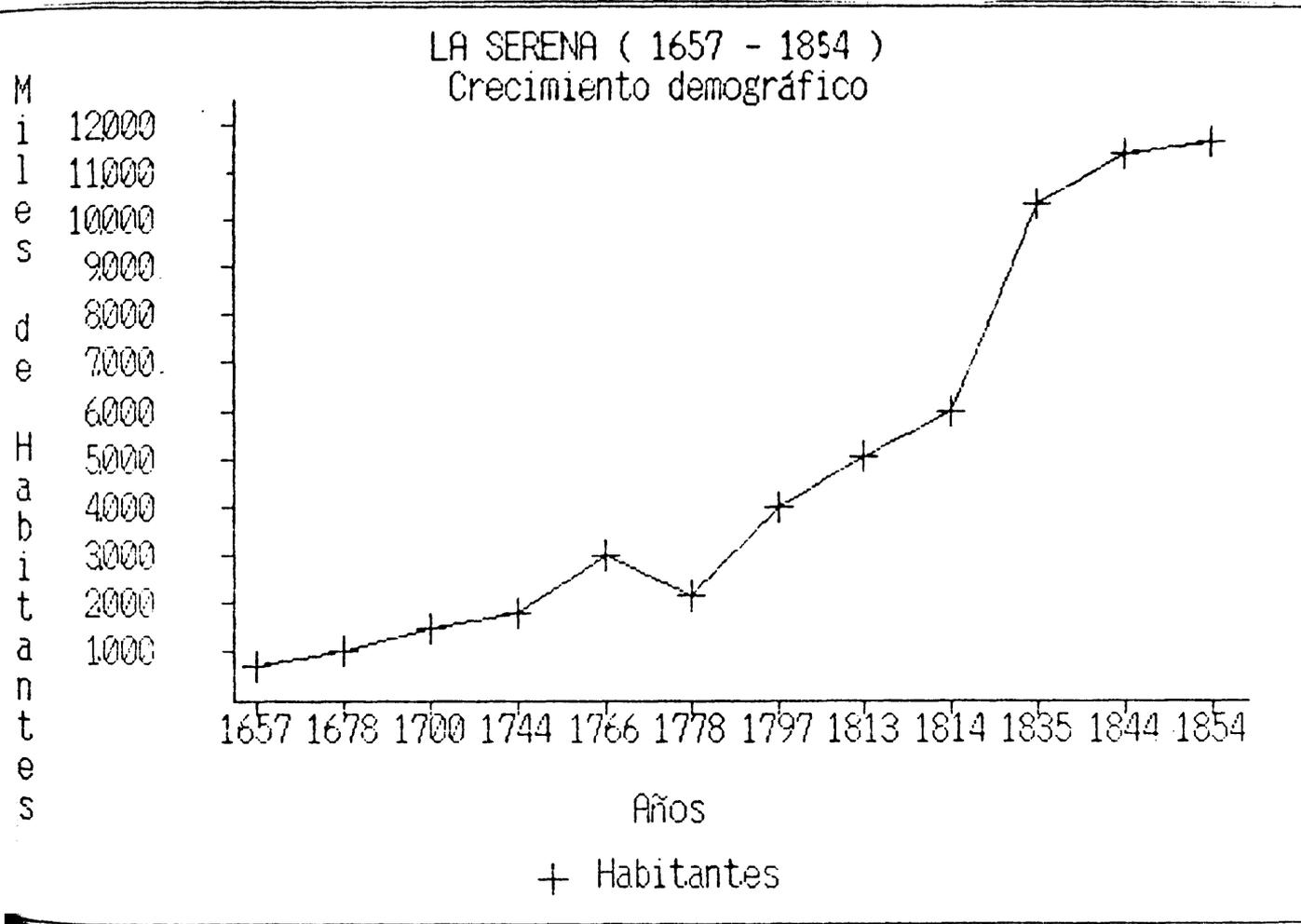
Haciendo referencia a la calidad de la vida de la población, Manuel Concha escribía que la mayor parte de ella carecía absolutamente de todo objeto que no fuera producto natural del distrito (49).

Hacia la década de 1820, el marino inglés Longueville (50) relataba en sus memorias que, la principal industria de la ciudad era la fabricación de artefactos de cobre, cuyo precio era bastante bajo "... teniendo en cuenta la pesada labor que supone el trabajo de un a martillo y sólo a mano, de un grueso pedazo de cobre" (50).

Fue a partir de los años posteriores a la Independencia cuando la economía minera creció vertiginosamente y numerosos particulares, chilenos y extranjeros, se dedicaron a la explotación cuprífera.

1.1.2 Crecimiento Demográfico Durante el Período.

Existen numerosas fuentes para indagar acerca de la población del Norte Chico y de La Serena (51). El asunto nos motivó para confeccionar gráficos que permitieran explicar el crecimiento demográfico desde el siglo XVII hasta 1850.



Para el análisis del gráfico anterior se ha debido tener presente que hacia el siglo XVII, la ciudad se constituyó en un centro administrativo que aglutinó a las familias más poderosas de la región. No obstante, algunos terremotos y las temidas incursiones de la corsarios, repercutieron en su difícil crecimiento. Al respecto, cabe acotar que sucesivas amenazas durante el siglo XVII se concretizaron en la tragedia provocada por el pirata Bartolomé Sharp en 1680, que sumió en llamas la aldea de La Serena. Posteriormente, se agregó el inútil intento del corsario Edward Davis en 1686. Estos hechos motivaron al Cabildo a solicitar el traslado de la ciudad hacia el interior en 1753. Las frustradas gestiones realizadas en ese sentido, impulsaron a muchas familias a marcharse a sus haciendas.

De este modo, de un crecimiento sostenido, la ciudad empezó a disminuir su población hasta tal punto que el Cabildo determinó multar a todo aquel que decidiera emigrar o abandonar la ciudad sin previo aviso. Sólo este tipo de resoluciones frenó el despoblamiento de la ciudad.

Al iniciarse el siglo XVIII y hasta aproximadamente 1744, según lo ha establecido Jorge Pinto, la aguda crisis cerealera, sumada al terremoto de 1730 y los brotes de viruela de 1731, contribuyeron considerablemente a una merma de la población. Sin embargo, este fenómeno fue inexistente en otras regiones del Norte Chico, tales como Copiapó y Quillota, en las cuales el desarrollo aurífero se sobrepuso a los factores de la crisis (52).

La segunda mitad del siglo XVIII se caracterizó por un acelerado aumento de población. Las cifras entregadas para el Corregimiento de Coquimbo, unidad político-administrativa en la que

se insertaba la ciudad de La Serena, señalan un crecimiento de 3,6% anual entre los años 1744 y 1766 (53). De este índice, se desprende que el desarrollo de La Serena como único centro urbano de la región, se debió primordialmente a la recuperación agrícola y al auge de la minería cuprífera.

Al acelerado crecimiento, prosiguió una segunda etapa de contracción (1778) que se ha detectado únicamente para el corregimiento de Coquimbo: "una especie de desfase entre la expansión económica y la evolución de la población" (54). Esta segunda crisis agrícola del siglo XVIII, habría provocado tal estado de desnutrición de la población, que ésta fue presa de sucesivas pestes de viruelas, consideradas las más rigurosas del siglo.

Es conocido que durante los últimos años del siglo XVIII, el intercambio con Santiago desempeñó un papel fundamental. El comercio interregional se incrementó sustancialmente, con lo cual aquellos productos agrícolas y ganaderos tuvieron un mercado más amplio. Por aquellos años y hasta 1813, el corregimiento de Coquimbo y su principal villa, La Serena, crecieron paulatina y progresivamente, aún cuando en 1788 y en 1806 se hubiesen producido dos serios brotes de viruela (55). La bonanza comercial y en general la positiva etapa económica que vivió la región, hicieron posible la disminución del costo de vida alimentario y con ello una mejor nutrición de la población.

Desde 1813 y hasta 1835, la población de La Serena aumentó a un ritmo del 2,3% anual, elevándose de 5.046 habitantes a 10.321 respectivamente (56). Esto fue posible debido a los antecedentes anteriormente señalados y a los primeros grandes descubrimientos mineros del Norte Chico.

Fue durante estos últimos años cuando se ha podido detectar el avestamiento de ingleses en la región. En forma paralela, ya en los comienzos de la República, se produjo la emigración de personas desde el Valle Central, quienes buscando mayor tranquilidad y prosperidad, se establecieron por estas razones en el Norte Chico. De acuerdo con lo anterior, resulta evidente que existió una estrecha vinculación entre las variables y las fluctuaciones económicas y epidémicas; y los aumentos o disminuciones de la población, que requerirán ser analizadas en lo que respecta a los siglos XIX y XX, en investigaciones posteriores.

Desde este punto de vista social, la población de la región y de la ciudad mantuvieron una identidad peculiar respecto al resto del país; características culturales y sociales otorgaron una singularidad a los habitantes, sobre quienes Manuel Concha, el cronista de la ciudad, dejó constancia.

Ha sido posible visualizar, a luz de los casos judiciales, diversas situaciones de violencia, de faltas a los patrones de la moral existente, como así también, actos contrarios al orden público. En 1736, el corregidor de La Serena dictaba un bando que ejemplifica por sí solo lo que se ha venido señalando:

- " 1.- Que al toque de queda se cierren todas las pulperías, castigándose con una pena de dinero a los españoles y con 25 azotes a los indios, negros y mulatos que se encontrasen en ellas.
- 2.- Que nadie transite por las calles después de la queda, so pena de cárcel para los españoles y azotes para los otros.
- 3.- Que ningún indio, negro o mulato pueda cargar armas.

- 4.- Que en las pulperías no haya juntas de hombres y de mujeres desde la oración en adelante, ni que se usen en dichas pulperías instrumentos de música, ni bailes, ni cantos...y que esto mismo se entienda en las casas sospechosas.
- 5.- Que ningún hombre hable con mujer en partes escandalosas o que causen escándalo.
- 6.- Que ninguno corra a caballo, especialmente de noche.
- 7.- Que los pescadores vendan su pescado en la plaza pública o en la plazuela de la merced, sin poder hacerlo en ningún otro lugar, so pérdida de sus mercaderías" (57).

El dudoso efecto que dichas medidas causaron entre los serenenses, motivó al Cabildo a dictar un nuevo bando el 15 de julio de 1803, el cual dispuso:

"...que al toque de queda sierren todos sus Pulperías y Bodegones para que se eviten los desórdenes que de continuo se cometen con las embriagueses, y otros muchos en perjuicio de los vecinos, y escándalo al Público... y que para despachar de hoy en adelante puedan berificarlo por una Bentanilla que tendría cada uno en sus respectivas puertas. Y no siendo menor los desórdenes que he visto en estas Casas en los días de Feria, de que resultan peleas, muertes y otros perberzos designios; se les previene a los mismos Bogegoneros, y Pulperos, que en los citados días de Feria puedan mantener aviertas sus Puertas hasta las once de la mañana..."

El quebrantamiento de ésta medida llegaba al extremo de que a la tercera falta, el Cabildo podía efectuar la "privación perpetua del espendicio (58).

1.1.3 Desarrollo Urbano Hasta Mediados del Siglo XIX.

Según consta en las crónicas y relatos de viajeros, La Serena fue durante todo el período colonial una ciudad pobre, mal aseada, sin mayor atractivo que su entorno natural y su agradable clima.

"En 1610 el área edificada de la villa comprendía cuarenta y seis casas, once cubiertas de teja y techo de pajar; una iglesia parroquial: San Agustín, La Merced y San Francisco, amén de un modesto hospital" (59).

Años después, en 1655, Felipe Gómez de Vidaurre señalaba que en La Serena se había instalado la orden dominica, la mercedaria y la franciscana, al igual que unos "Hermanos de San Juan de Dios, que sirven a un hospital". En relación a la enseñanza: "Los jesuitas tenían también un colegio con bastante número de sujetos para atender, así a la enseñanza de la juventud como al bien de las almas de aquellos vecinos. Todas estas religiones tienen sus iglesias de miserable construcción por lo que mira a la arquitectura, pero rica de ornamentos y vasos sagrados que muestran a la piedad de aquella gente" (60).

Después de la incursión pirática de Edward Davis en 1686, La Serena inició: "su progreso construyendo mejores edificios, ordenando calles, construyendo veredas y edificando casa para el Cabildo" (61).

Ese fue el caso de la iglesia matriz, cuya construcción comenzó en 1681, un año después del saqueo e incendio de la ciudad por el pirata Sharp, la cual sólo fue terminada sesenta años después.

Hacia 1712, visitó nuestro país el viajero francés Amedée Frézier, quien al referirse a La Serena escribió: "La disposición de la ciudad responde muy bien a los dones de la naturaleza, las calles son perfectamente derechas, alineadas de una extremidad a la otra como en Santiago, según los cuatro puntos cardinales del horizonte, de levante al poniente, i del septentrión al sur. Las manzanas que forman son también de la misma medida, cada una con su acequia; pero los pocos habitantes que hai, la incomodidad de las calles sin pavimento, la pobreza de las casas edificadas de barro i cubiertas de rastros, la hacen parecerse a un campo, i las calles a avenidas de jardines pues están orladas de higueras, olivos, naranjos, palmas, etc. que les dan agradable follaje" (62).

El viajero francés continuaba su relato diciendo que en la ciudad existían dos plazas y seis órdenes religiosas establecidas: jacobinos, dominicos, agustinos, franciscanos, mercedarios y jesuitas. A ellos se sumaba la parroquia de Santa Inés y la Iglesia Matriz (63).

Durante el siglo XVIII, aún permanecía la idea - según lo ha señalado Gabriel Guarda - que la cantidad de conventos e iglesias demostraban la importancia de una ciudad. En ese sentido, La Serena mantuvo cierta relevancia al interior de la Capitanía General de Chile. Según un reciente estudio realizado por ese autor, La Serena ocupó desde la colonia hasta el siglo XX, el tercer puesto en relación al número de templos y lugares de culto en Chile (64).

Asimismo, también datan del siglo XVIII la formación de cañadas en distintas ciudades de Chile. Las cañadas constituyeron las vías pastoriles para los ganados transhumantes, evitando así, el deterioro de las calles internas de la ciudad con el paseo de los animales. Del mismo modo, las cañadas fueron las vías de ingreso

a las ciudades y en Chile tuvieron entre dieciseis y veinte varas de ancho (65). En el sector poniente de Santiago, existía una cañada en el lugar que posteriormente se denominó Avenida Portales; y en la ciudad de Santa Rosa de los Andes, fundada precisamente en el siglo XVIII por el gobernador Ambrosio O'Higgins, se construyó la cañada que hasta el día de hoy es mantenida como una bella Alameda de ingreso a la ciudad.

En el caso de La Serena, la ciudad poseía un sitio ideal para la formación de una cañada en la quebrada de San Francisco. Frecuentes inundaciones llevaron a las autoridades coloniales a encauzar sus aguas, dejando un espacio libre para que a sus costados creciesen "vistosos mirtos o arrayanes" (66).

En relación al muro que servía de protección a la ciudad, se supone que La Serena habría tenido uno provisional en 1730, cuando se acordó: "reparar las murallas de los fuertes de tierra al sur, que se hicieran en ellas fosos competentes y se rellenasen los torreones vacíos, de modo que pudiesen montar artillería" (67). Estas reparaciones fueron finalizadas hacia 1796.

Con el correr de los años el muro fue descuidado. Un informe de 1805 señalaba que los cañones allí colocados para la defensa de la ciudad se encontraban en muy malas condiciones (68).

También a mediados del siglo XVIII, el Cabildo dictó la orden de cercar los solares de la ciudad, bajo una multa de \$4 por vara. La medida fue cumplida después de reiterados bandos y onerosas multas a los vecinos de la ciudad. La orden de tapiar y cercar las propiedades iba dirigida especialmente a los dueños de: "las dos cuadras de la plaza o esquina de la Merced, que son los lugares de más concurso y comercio..." (69).

Sin embargo, cuando Ambrosio O'Higgins visitó la ciudad en 1789 apuntó:

"...Siendo la más antigua después de la capital del reino, se halla tan atrazada en vecindad y edificios que no se encuentran sino muy pocas casas regularmente construídas y las demás inconclusas; las de la plaza enteramente caídas y en solares sin tapiar, no siendo menos reparable que muchas del centro del pueblo y por lo común todas las de los extremos tienen los cercos y hasta la quincha de sus ranchos de sólo paja de totora..." (70).

Ese mismo año se procedió a la reconstrucción de el edificio del Cabildo, que ~~tuvo en~~ sufachada un gran escudo real. Junto a éste se ubicó la cárcel de la ciudad. En esos años también, fue edificado el mercado de abasto, el cual vino a reemplazar una de las funciones que tradicionalmente había cumplido la plaza (71).

En marzo de 1789, el Cabildo ordenó que fuera establecida una feria en la plaza pública, el primer y tercer sábado de cada mes. Desde entonces y hasta 1840, no obstante la existencia del nuevo mercado, la plaza principal fue el eje comercial de La Serena. La implantación de una feria regular fue acompañada de multas para todos aquellos comerciantes que durante el funcionamiento de la feria expendiesen mercaderías en las calles. De este modo, la plaza fue centro del comercio de frutas verdes y secas, carnes vivas, charqui, aves y todo género de comestibles, como asimismo de los productos lanares, del cáñamo y algodón: "que pueden fabricarse y se fabriquen en esta ciudad y su partido" (72). Con ello, éste comercio asemejó bastante al de aquellas ferias medievales, que en forma periódica se ubicaban en los principales ejes de tráfico y en las intersecciones de los caminos europeos.

A partir de éstas ordenanzas puede afirmarse que La Serena fue cambiando su aspecto de aldea, por el de una pequeña ciudad.

Durante el siglo XIX y especialmente a partir de la consolidación de la República, comenzaron a agregarse otros factores que alteraron progresivamente el aspecto urbano y las costumbres de los habitantes de la ciudad.

El impacto de la revolución tecnológica europea comenzó a hacerse sentir en La Serena cuando llegó una considerable cantidad de extranjeros a la ciudad de la cual ya se ha hecho mención. Atraídos especialmente por la minería, el comercio y la tranquilidad política de la región, los extranjeros provenientes, especialmente de Gran Bretaña y Estados Unidos, influyeron primordialmente en el cambio de la fachada externa de la ciudad, a la vez que ocasionaron un fenómeno de integración cultural, reflejado en la adopción de nuevas modas y estilos de comportamiento de la población. Este es un fenómeno complejo, pero que puede verse vivamente reflejado en la adopción y transmisión de un sentido estético del ornato de la ciudad y en la progresiva laicización de las costumbres.

Es así como en 1819 dio comienzo la construcción de la primera pila, cuya instalación subsanaba en parte los problemas de abastecimiento de agua, a la vez que adornaba la plaza de la ciudad. La obra fue encargada a don Gregorio Cordovez, a quien se le asignó la suma de \$200 para llevar a cabo la obra. Levantada en el mismo nivel de la plaza, la pila consistió en un círculo de losa, de ocho varas de ancho y una de alto; al centro, tenía una columna cuadrada hecha de cal y ladrillo, en cuyo interior tenía un cañón de cobre de seis pulgadas de diámetro. Sin embargo, la pila no funcionó por fallas técnicas, sino hasta 1857. Aquel año también, se instaló el primer alumbrado público en la parte céntrica de la ciudad (73).

En 1821, don Juan Subercaseaux presentó al Cabildo los planos para la creación de un paseo en la ciudad, en la calle de la Pampa. No obstante, sólo fueron plantados algunos álamos. La Serena contaba entonces a su haber únicamente con el paseo de la Alameda y con las dos o tres plazuelas que se ubicaban en la salida de alguna de sus iglesias para el esparcimiento de la población.

Las mejoras de la ciudad continuaron en 1824, cuando se comenzó a construir el edificio de la Intendencia en la esquina occidental de la plaza. La propuesta fue convenida con don Manuel Aberell por la cantidad de 4.100 pesos y la obra se finalizó recién en 1829. Este edificio fue utilizado durante todo el siglo XIX (74).

La década de 1840 fue de grandes adelantos para La Serena. En 1841 se inició la demolición de la Catedral, -la que además del templo, contaba con un cementerio propio en su parte contigua- y también, se instaló la Tesorería Departamental. En 1849, se creó una Corte de Apelaciones y se editó el primer periódico de la ciudad: "El Eco de Coquimbo" (75).

1.1.4 Vida Social y Religiosa: Lo Profano y Lo Sagrado.

"La plaza colonial reflejaba la vida cotidiana y social de la población. Centralizaba el quehacer de las instituciones políticas, judiciales, y eclesiásticas y a sus respectivos edificios enrededor. Era el eje de la vida comercial citadina y escenario de las actividades lúdicas, de fasto civil y eclesiástico. Se la concebía como un lugar concéntrico de la actividad urbana, plena de simbología y estéticamente arquitectural" (76).

En La Serena su plaza constituyó el rostro de la ciudad. Era un lugar de encuentro, pleno de actividad y en el cual se concentraron siempre todas las funciones civiles, religiosas, judiciales y sociales, y cuyo origen se remonta a la tradición hispánica. Alrededor de la plaza fueron edificados la catedral, la casa del Cabildo, la cárcel y la sala de guardia. De éste modo, la plaza constituyó siempre el núcleo de la ciudad.

Aualmente se efectuaban en La Serena, una cincuentena de fiestas sagradas y civiles, sin que esto incluyera los días de guardar comunes de la tradición católica. A continuación se hará referencia de las principales festividades celebradas en la ciudad.

Durante el período colonial, el Cabildo elegía a los llamados "Mayordomos", para que se encargaran de la celebración de las fiestas sagradas. Así por ejemplo, se comisionaba a algún vecino para que se ocupara de "la gloriosa Santa Inés", celebración que se realizaba en el mes de enero en una ermita que llevaba ese nombre; la fiesta de "los gloriosos mártires de San Zenón", era costeada por los encomendados de la región y en esta ocasión el gremio de los artesanos se encargaba de la construcción de los altares en la plaza; también la fiesta de "San Saturnino", patrón de las aguas era destacada entre otras (77). Al respecto, no ha sido posible determinar en las fuentes consultadas la fecha del origen y término de estas festividades en La Serena.

Particularmente otra festividad que era conmemorada con gran pompa y recogimiento en Chile, como era la fiesta de Corpus Christi, también producía una gran devoción entre los habitantes de La Serena.

Con gran solemnidad se celebraba la fiesta del Corpus frente a la catedral de cada ciudad. Se realizaba una procesión que circundaba la plaza la cual era profusamente adornada para estas ocasiones: "En la festividad de Corpus y su octava se representaban varias figuras en la plaza a fin de dar más solemnidad a la función; tales eran las tavarcas, caballitos, gigantes, cojuelos, catimlados y danzantes, cuyas figuras eran más bien un embeleco para alarmar a los muchachos y entretener al pueblo...En ese entonces estas eran costeadas por los diferentes gremios de artesanos, a quienes encomendaban esas mojíngas, como para la formación de los arcos que se ponían en la circunferencia de la plaza, bajo las cuales pasaba la procesión del Santísimo. Los arcos eran adornados con muchas cintas, pálias que servían para colocar en las mesas de los altares de la iglesia, círculos y otros aderezos de vestiduras sacerdotales...también colgaban de ellos varias figuras de manos, como muñecas, mineros y frailecitos, todos con sus respectivos ropajes; estos monos fueron suprimidos" (78).

En La Serena asistían y participaban feligreses de todas las condiciones sociales sin excepción, tanto de la ciudad como de sus alrededores. La fiesta estaba cargada de simbolismos y puede afirmarse que era un ejemplo de un profundo sincretismo cultural.

"En la procesión del Corpus Christi se exhibían catimbados, hombres vestidos de caprichosos trajes, simbolizando al diablo; empellejados, hombres también cubiertos de pieles, que con lazos y aves muertas jugaban malas pasadas a los niños, y aún, los más atrevidos, a personas de respetabilidad social, si bien en estas circunstancias solían llevar, en gratificación, sendos bastonazos; habían también tarascas, grandes figuras de cartón movidas por un hombre que iba dentro; gigantes, etc" (79).

Así por ejemplo, en 1752 se recomendó al gremio de los plateros y al de los caldereros que se encargaran de la música. Ese año, los sastres asumieron el rol de los diablos danzantes, y los zapateros estuvieron encargados de colocar los: "arcos blancos y de arrayán con que poblarán la plaza"; al gremio de los herreros se encargó el "toro armado y cuatro toreadores vestidos en sus caballos de palo". La inasistencia a la fiesta conllevaba una multa bastante subida. Empero, existía la voluntad y los preparativos anticipados para asistir y cumplir con las tareas encomendadas (80).

Las celebraciones del Corpus Christi en La Serena, fueron mantenidas durante toda la época colonial y hasta los primeros años de la República no experimentaron variaciones sustanciales. Sólo hacia mediados del siglo XIX, notamos un cambio en la mentalidad respecto al boato y a la religiosidad, dando la impresión, por los comentarios escritos en la prensa, que las ideas del liberalismo europeo sembraban sus semillas en los serenenses de la "alta sociedad".

"También en 1842 se celebraban festividades del Corpus y su octava, de una manera más sencilla y tal vez de una manera más digna, porque esas comparsas de turbantes, cojuelos y demás pantominas hace más de 40 años están abolidas. Como asimismo extinguido desde el año 1835 a 36, la obligación que tenía el comercio de costear la función de la octava. Estando de intendente de la provincia don Francisco de Borja Irarrázabal, se negó a firmar el decreto para el tateo forzoso por cuotas, con que cada individuo comerciante tenía que contribuir para llenar el presupuesto de la función. Del mismo modo quedó exento el gremio de artesanos de la pensión que gravitaba sobre ellos según sus oficios, de colocar arcos y arreglar los altares que se colocan uno en cada esquina de la plaza para adorar al Sacramento de dicha función del Corpus" (81).

Desde el punto de vista espacial, al observar los mapas de La Serena de esa época, resalta a primera vista la cantidad de templos y de lugares destinados al culto religioso. Hacia 1840, había cinco conventos, ocho iglesias, seis capillas y nueve oratorios, en los cuales se daba cabida a la religiosidad popular y privada (82).

En esta investigación se ha tratado de desentrañar los aspectos sagrados para comprender el espíritu religioso de la población; aún cuando los documentos y las fuentes nos hayan resultado de escasa utilidad. En nuestra opinión, la herencia hispánica - que en La Serena se mantendría con más fidelidad por su aislamiento en relación al resto del país - fue fundamental en el comportamiento social de los serenenses.

Precisamente es en este sentido que es posible reconocer la individualidad de esta ciudad frente a otras del país.

Era parte de la tradición hispánica encomendar la protección de la villa recién fundada a un Santo Patrono, o bien, con su fundación recordar una ciudad o región de España. En determinadas ocasiones, el nombre que se elegía para una villa rendía homenaje al rey o a otro miembro de la familia real.

Por regla general, en cada ciudad se ofrecía todos los años una fiesta en homenaje al Santo Patrono, así por ejemplo, Santiago recordaba al apóstol Santiago y Talca a San Agustín. En La Serena, durante el mes de agosto, se realizaba la fiesta de San Bartolomé. La celebración duraba varios días y no se escatimaban gastos para el regocijo popular, pues esta era la ocasión de rendir honores al monarca español. Se tiene conocimiento de la existencia de ella desde 1678, fecha en la cual una acta ordenaba pasear el estandarte real por las calles de la ciudad, a semejanza de otras ciudades del reino (83).

En aquellos días, debían presentarse en la plaza las principales autoridades civiles y eclesiásticas montadas a caballo, para posteriormente, dirigirse a la casa del alférez real. Este funcionario del Cabildo era "depositario y custodio" del estandarte real. Conducido con pompa y respeto, el símbolo de la monarquía era llevado a la plaza, para la aclamación popular; luego de lo cual era colocado en un regio tablado y era transportado en procesión a través de las principales calles de la ciudad. Por la tarde, el estandarte real era devuelto a la casa del alférez. Al día siguiente, se repetía el paseo y se oficiaba una misa en honor al rey.

Las fiestas patronales eran motivo de esparcimiento general de la población. El escenario más importante para la diversión de los serenenses, lo constituye la plaza. Así por ejemplo, las lidias de toros se efectuaban en este lugar. Por tal motivo, en aquellas ocasiones la plaza se cercaba; se construían tablados, lujosamente engalanados para la comodidad de los asistentes. Desde éstos, los vecinos más pudientes arrojaban monedas a los toreros. En las noches, la plaza se iluminaba con fuegos artificiales.

Al igual como se designaban funciones para los gremios en la fiesta del Corpus, el Cabildo ordenó hacia 1730 que para la fiesta de San Bartolomé los encomenderos se ocuparan del cierre de los extremos de la plaza; que los oficiales de platería y sastrería levantasen una tarima para el Cabildo, so pena de \$4 al que se negase, y que los zapateros "hicieran un toril y el cepo para encerrar a los toros" (84).

La fiesta de San Bartolomé constituía una ocasión especial para degustar los más típicos platos y bebidas de la zona:

"Las bandejas con helados y dulces que servían a las damas los más apuestos galanes, eran otros de los alicientes que hacían desear estas fiestas y prepararse de antemano para ellas. Las de mistela, ponche y aloja, se renovaban con frecuencia inagotable, en tanto que, inmediatamente bajo el tablado, la sartén chirriaba el pescado frito, las ollas a borbotones incitaban al apetito de los gastrónomos del pueblo con la nacional cazuela de cordero o ave, y la guitarra manejada por alguna mozuela de apetitosa catadura, entonaba seguidillas y los bailes: el verde, el chocolate o el sombrerito, danzas populares en que tomaba parte el pueblo con mayor alegría que sus amos, sobre todo el individuo que había logrado hacer una suerte al toro, o el que había cogido algunas monedas debidas a la munificencia de los magnates" (85).

La música era siempre el elemento infaltable de las fiestas públicas y privadas de los serenenses. Aún cuando los instrumentos musicales durante la colonia fueron escasos en Chile, las fiestas cívicas de La Serena hicieron uso de cajas y clarines, de la marcial corneta y del "desagradable tambor de guerra", como era calificado. El arpa y la guitarra amenizaron las fiestas de salón hasta mediados del siglo XVIII. Desde esta época, fueron introducidas las claves y salterios y sólo durante el siglo XIX, los serenenses conocieron el piano (86).

Las corridas de toros fueron una entretención popular en Chile hasta 1823, aunque en menor grado que en otros países. Ese año el Director Supremo don Ramón Freire a petición de don Manuel de Salas firmó la siguiente y escueta ley que dejó: "abolidas las lidias de toros en el territorio de Chile, tanto en las poblaciones como en los campos" (87).

Los serenenses eran cultores entusiastas - al igual que los capitalinos e hispanoamericanos en general - de las riñas de gallos y del juego de bolos. Las riñas o picas de gallos se desarrollaron normalmente en Chile hasta 1808, fecha en la que el gobernador García Carrasco las suprimió, para luego volverlas a reestablecer dos años más tarde. Esta entretención, que tuvo un reglamento común en todo Chile, se prolongó durante todo el siglo XIX entre los habitantes de La Serena. Prueba de ello, son las numerosas peticiones de particulares - que constan en el archivo de la Intendencia de Coquimbo - solicitando una autorización para instalar lugares aptos para las riñas en la ciudad.

El juego de los bolos, que consistía en poner sobre el suelo nueve bolos derechos, en tres hileras equidistantes, para luego derribarlos con una sola bola tirada desde una determinada distancia, continuó practicándose en La Serena, y en general, en todo el país hasta fines del siglo XIX.

Asimismo, hasta la segunda mitad de esa centuria, los juegos de cañas, las sortijas, alcancías y las entretenciones épicas, tales como las carreras individuales y de parejas, tuvieron por escenario la plaza principal. Posteriormente, los amplios llanos cercanos a La Serena reemplazaron ésta tradicional función cumplida por la plaza al ser habilitadas para el esparcimiento general de los serenenses (88).

Otra actividad que se realizaba en la plaza de La Serena era las presentaciones de teatro. Así por ejemplo, en 1708, aprovechando la fiesta de San Bartolomé y para homenajear el nacimiento de un príncipe heredero, se efectuaron: "tres comedias, dos encargadas a las compañías de milicianos de infantería, y una a la del comercio" (89). De la misma manera, la plaza habría sido el lugar de representación de sainetes y de "un tal Manuel Silva" en 1834. El primer teatro cerrado de la ciudad fue recién concluido en 1851, en la calle Brasil (90).

Al igual como se festejaba el nacimiento de un príncipe heredero, la ocasión también era particularmente importante cuando asumía el gobierno un nuevo monarca. En aquella oportunidad, los súbditos de la Corona juraban públicamente fidelidad al nuevo rey. El soberano era aclamado en festividades que duraban varios días y en ella debían hacerse presente las compañías militares de caballería e infantería, los vecinos de la ciudad y los cabildantes, para aclamar reiterativamente al monarca con voces tales como: "viva nuestro rey y señor don Fernando VI" (91).

En junio de 1809, se desarrolló esta fiesta en honor a Fernando VII. En aquella ocasión, que años después sería recordada con vergüenza por los serenenses, el acto se llevó a cabo con toda magnificencia y lujo. Con dicho motivo se levantaron altares y se leyeron y recitaron estrofas alusivas al rey don Fernando (92).

En aquel año, el sargento Joaquín Pérez de Uriando, a la sazón, subdelegado de la provincia de Coquimbo y quien "había practicado las más solícitas diligencias para obtener un retrato de Fernando VII", tuvo finalmente "la dicha de conseguir uno que había traído del Callao a Valparaíso el maestro de la corbeta Breña, i que había venido de España en la Címara del capitán del navío San Fuljencio" (93).

Una vez que arribó al puerto la corbeta Bretaña, el sargento Uriondo anunció la llegada del retrato real con la siguiente proclama:

"Nobles i leales coquimbanos:

"ya teneis en el puerto el retrato de nuestro adorado soberano el señor don Fernando VII, que lo ha conducido de Lima la corbeta nacional la Bretaña, el mismo que tendreis la ocasión de ver el jueves 13 del presente, en que hará su entrada pública en esta noble ciudad. Recíbidle como si fuera el precioso orijinal. Ofrecedle de nuevo nuestros votos i fiel vasallaje. Corred a postraros a sus reales piés, llenos del más profundo respeto, de modo que se conozca en vosotros el amor que justamente le profesais; i que teneis el alto honor de ser vasallos del mejor, más grande i más amado de los monarcas, el incomparable Fernando VII. Cubrid vuestras paredes de tapices, i el suelo de flores, para que pase tan augusta persona, ídolo de vuestros corazones, e implorad al Dios de los ejércitos lo restituya cuánto ántes a su real trono, i confunda al perverso, pérfido e inicuo emperador de los franceses i sus secuaces. - Coquimbo 11 de julio de 1809 - Joaquín Pérez de Uriondo" (94).

Cinco años más tarde, La Serena celebró en la misma forma la restauración del trono.

Con el transcurso de los años y probablemente a causa de los triunfos patriotas, los habitantes de la ciudad de La Serena adhirieron con el tiempo a los gobiernos instaurados por el general Freire y O'Higgins. Es así como en 1817, José A. Iribarren, fue designado gobernador de la región y formó el Primer Batallón de los llamados "Cazadores de Coquimbo", que al mando de el Mayor Thomson

ayudó al triunfo patriota de Maipú. Años más tarde, cooperó en la lucha contra los montoneros de Benavides. Esta cooperación militar de los serenenses y, en general, de la provincia de Coquimbo, hizo que los aniversarios de los triunfos patriotas fuesen festejados durante muchos años por la población a semejanza de la tradición que, por la misma época, se impuso en las principales ciudades de Chile.

"Una de las fiestas más importantes de la ciudad y que atraía a toda la población urbana y rural, era la celebración del aniversario de la Independencia.

...Las fundiciones apagaban sus hornos de reverbero y todo el pueblo se congregaba en La Serena para derrochar, todo lo que había ganado en meses.

...Los actos públicos se realizaban en la Plaza en donde con erogaciones particulares se construía un tinglado o tabladillo. Allí se ubican las autoridades, recibiendo el Intendente el besamanos de una diputación de ciudadanos que llegaban en unos carros de los cuales partían varios discursos análogos a la festividad del día, y versos alegóricos al sistema patrio y a sus ilustres próceres" (95).

En 1818, los serenenses en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco juraron su fidelidad al gobierno de O'Higgins. En esa ocasión:

"Hubieron dos noches de fuegos artificiales y cuatro de luminarias en toda la ciudad generalmente, y se han concluido las funciones con lucidísimo sarao que se repitió en la plaza mayor por cuatro noches continuas, asistiendo a tan nunca vista función en Coquimbo todas las bellas patriotas y armados ciudadanos, quienes por su orden, cantaban canciones alusivas a nuestra feliz libertad civil y arrojaban instantáneamente monedas selladas en el nuevo cuño de la patria" (96).

Un aspecto fundamental que cumplió la plaza hispana, la americana y la chilena, fue la de ser escenario abierto para las condenas y castigos a los cuales eran sometidos los delincuentes. En la colonia y desde los inicios de la conquista, la plaza mantuvo el denominado "rollo" o "picota" en el que eran azotados y muertos los transgresores de la ley (97). He aquí un breve relato acontecido en la ciudad.

"...la comunidad echo a andar... hasta la cárcel de mujeres, situada en la plaza, en donde se la dejó en poder de la justicia ordinaria y del delegado del Santo Oficio... Por consiguiente, cuatro días después de lo referido, la plaza era teatro de una escena repugnante... Habíase levantado un tabladillo para el cabildo y el corregidor... Las pocas tropas que había estaban tendidas alrededor del rollo fijo en el centro de la plaza, en el mismo lugar en que lo colocó Francisco de Aguirre, fundador de La Serena, las campanas de los templos tocaban plegarias, incluso la del cabildo, porque se convocaba a los capitulares a son de campana; la playa estaba atestada de gente... La vieja fue excomulgada y azotada... y de esta manera concluyó este acto inquisitorial, el primero de La Serena (98).

Dentro de la vida social, "las tertulias" ocuparon a lo largo de todo el siglo XVIII y XIX un sitio preferente y en ellas era donde mejor se podía apreciar el grado de cultura a que habían llegado los serenenses.

"Don Ignacio Domeyko observó las tertulias y nos descubre toda el alma de la sociedad de 1838...

Yo me había retrasado un poco, ignorando la hora del comienzo del baile; y cuando llegué peripuesto como un parisino, me fue difícil abrirme paso para franquear el portal, y más difícil aún atravesar el patio repleto por el populacho. Pero llegué hasta las anchas puertas del salón; se oía la música pero no había manera de entrar a causa de la aglomeración de los curiosos, a quienes nadie impedía el acceso... La Sala era inmensa, bien iluminada, las demas bien ataviadas estaban sentadas en torno y los hombres, en un salón contiguo. El Intendente sentado en su severo sillón, recibía a todos con noble gentileza y me sentó a su lado para que pudiera observar mejor, los juegos y costumbres..." (99).

Otra clase de reuniones privadas de los serenenses la constituían el Esquinazo Serenata, de las cuales también el propio Ignacio Domeyko realizó algún comentario:

"Otra de las reuniones sociales en donde se descubre el carácter cortés y galante de los serenenses, es en el Esquinazo o Serenata. La descripción de una de ellas la da el propio Ignacio Domeyko, y dice así en sus memorias: ...ocurrió esto en la víspera de una de las señoras más distinguidas de Coquimbo, la noche era tan serena que el susurro lejano del mar llegaba a intervalos, de pronto sonaron las arpas en la calle y escuchamos el canto femenino bajo

las ventanas. Nadie se movió de su sitio, y sólo se encendieron las luces del Salón. Al poco rato, apenas enmudecieron el canto y el arpa, entró en la pieza un caballero alto y grave, conocido en la ciudad por sus improvisaciones, Don Ramón Argandoña, con larga capa negra española y un sombrero blanco metido sobre los ojos. En el mismo instante aparecieron muchos tapados, todo el patio se llenó de gente. Nadie de los de la casa ni de los invitados se levantó de su silla ni don Ramón nos saludó, sino que avanzando lenta y gravemente hasta el centro de la pieza, hizo caer del hombro derecho el extremo de su capa, y sosteniéndolo con la izquierda, extendió su diestra hacia la festejada, en cuyo honor comenzó a recitar un poema. A cada estrofa le coreaban de la calle las cantoras, tocaban las arpas y se soltaban cohetes.

El dueño de la casa salió al patio e invitó a todos a pasar, primero entraron las cantoras, luego muchas señoras pertenecientes a la familia y la juventud ataviada para el baile. Se abrieron de par en par las puertas y las ventanas para la plebe y para los tapados. Muchas chicas de la clase inferior que formaban parte del esquinazo fueron sentadas en el salón conjuntamente con los invitados, y toda la noche pasó entre cantos y danzas. Cantaban alternativamente las muchachas más modestas y las más acomodadas; estas últimas con acompañamiento del piano y aquellas con el arpa... y llegó la madrugada, en un ambiente de libertad y alegría, sin que nadie cuidara del orden ni de la etiqueta" (100).

Ha parecido significativo finalizar estas páginas referidas a la vida social y religiosa de La Serena, con las descripciones dejadas por el viajero francés Julián Mellet, quien visitó la ciudad en 1814:

"Los habitantes son afables y de costumbres muy regulares. Las mujeres particularmente, son encantadoras y usan ampliamente afeites, aunque sin necesidad, son de carácter muy alegre y aman apasionadamente el baile, la guitarra y el canto, talentos que perfectamente poseen.

Tienen marcada inclinación por los europeos, de los que fácilmente se apasionan, y consideran el colmo de la felicidad poder cautivar á alguno.

El mayor gusto que se puede dar á las niñas, es invitarlas a beber esta sangría - bebida hecha á base de vino, agua, azúcar, canela y jugo de limón -, medio por el cual el hombre puede seducir fácilmente al bello sexo" (101).

En esta descripción, al igual que en otras puede observarse que los serenenses gustaban de una vida tranquila, pero no por ello carente de entretención o de una vida social activa. En este contexto tuvieron lugar las fiestas, el canto y la "buena mesa".

NOTAS CAPITULO I

- (1) Hipódamo de Mileto fue un arquitecto griego, constructor de monumentos y diseñador de ciudades tales como Pireo. Véase en Enciclopedia Universal Sopena. Editorial Ramón Sopena, Barcelona, España, 1947. T.V. p. 4343.
- (2) Gabriel Guarda, "Santo Tomás de Aquino y las fuentes del urbanismo indiano". BACHH, Santiago, XXXII N° 72, 1965, pp. 5-50.
- (3) Jorge Hardoy, "La forma de las ciudades coloniales en América Española". En Revista de Indias. Año XXXIII-XXXIV, N° 131-138, Madrid, 1973-1974, pp. 317.
- (4) Francisco de Solano, "Plaza Mayor Hispanoamericana". En "Plazas et Sociabilité en Europe et Amérique Latine". Publications de la Casa de Velásquez. Serie Recherche en Sciences Sociales". Fasc. VI. Diffusion de Boccard Paris, 1982, pp. 155-172.
- (5) Jorge Hardoy, op.cit. pp. 319-320.
- (6) Véase de Juan Galdames, "La Serena y su Evolución Urbana", en RCHHG, Santiago, año 1964, N° 132, pp. 134-195.
- (7) Santiago Lorenzo y Rodolfo Urbina, La política de fundaciones en Chile durante el siglo XVIII. Quillota, 1978, p. 8. Véase de Santiago Lorenzo, Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII. Edit. Andrés Bello, Santiago, 1986.

- (8) Santiago de Lorenzo y Rodolfo Urbina, La política de Fundaciones..., op.cit.,p. 17.
- (9) Sergio Villalobos, Historia del Pueblo Chileno, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1980, Tomo I, pp. 166 y siguientes.
- (10) Pedro de Valdivia, Cartas. Editorial Universitaria, Santiago, 1955, pp. 45-65. La citada es la carta dirigida a Hernando Pizarro, fechada el 4 de septiembre de 1545 en La Serena.
- (11) Pedro de Valdivia, Cartas de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, Santiago, 1861, pp. 13 y siguientes. Se revisó a las fechadas en La Serena durante el año 1545.
- (12) Diego Barros Arana, Historia Jeneral de Chile. Imprenta Cervantes, Santiago, 1884. Tomo I, pp. 261-313.
- (13) Rómulo Trebbi. Desarrollo y Tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI y XIX. Ediciones Nueva Universidad, Santiago, 1980.
"La primera casa patronal chilena data de 1542. Ese año, Pedro de Valdivia, constatando la fertilidad del Valle de Quillota, tomó para sí estas tierras junto con las de Limache y Casablanca y levantó unas construcciones al pie de la colina donde estaba el pucará incaico de Quillota cerca del río su forma y plano casi nada sabemos excepto que tal Casa-Fuerte, como se le llamó, pasaría en propiedad, ya en 1550, a don Rodrigo González Marmolejo- el futuro Obispo y que, restaurada en 1605, tenía el aspecto de una fortificación más que de una residencia", p. 12.

(14) S. Villalobos, op.cit. p. 216. El fuerte de Copiapó fue levantado en 1549.

(15) Sergio Villalobos, Historia del Pueblo Chileno. p. 217, El orden cronológico de las fundaciones realizadas en Chile en este primer período fue el siguiente:

Santiago	1541
Fuerte de Copiapó	1549
Fuerte de Quillota	1541
La Serena	1549
Concepción	1550
Chillán	1580
Arauco	1553
Cañete	1558
Tucapel	1553
Angol	1553
Purén	1551
Imperial	1552
Villarrica	1552
Valdivia	1552
Osorno	1558
Castro	1567

(16) Mariño de Lobera, Crónica del Reino de Chile. CHCH. Tomo I. Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1865, pp. 278 y siguientes.

- (17) Recaredo Tornero, Chile Ilustrado. Guía descriptiva del territorio de Chile de las capitales de provincia, de los puertos principales. Valparaíso, 1872, pp. 241 y siguientes.
- (18) Luis Silva Lezaeta, "El Conquistador Francisco de Aguirre". Separata de la Revista Católica. Santiago, 1904.
- (19) Ernesto Greve, "El Conquistador Francisco de Aguirre. Comentarios y complementos al libro del presbítero Luis Silva Lezaeta, F.H. Medina, Santiago, 1953, p. 100 y siguientes.
- (20) Actas del Cabildo de Santiago, 1541-1557. Revisado el Acta del 1º de febrero de 1549. CHCH, p. 166-167.
- (21) id.
- (22) MM., F.H. Medina, V. VLII, fj. 445.
- (23) Eugenio Chouteau, Informe sobre la Provincia de Coquimbo presentada al Supremo Gobierno. Imprenta Nacional, Santiago, 1887. Este informe contiene valiosos datos sobre la historia de La Serena y la provincia de Coquimbo en general.
- (24) Ricardo Alegría, "Historia de la ciudad de San Bartolomé de La Serena, 1544-199". "Revista de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile". Santiago, 1961. Este trabajo efectuó una descripción arquitectónica, dimensional y estilística de las edificaciones de la ciudad.

- (25) Cfr. p. 4.
- (26) Rodrigo Márquez de la Plata, Patrimonio Cultural de Coquimbo y La Serena. Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Santiago, 1978, p. 14. Véase también de Gabriel Guarda, Historia Urbana del Reino de Chile. Santiago, 1978. El autor afirma:
- "En la traza de 49 manzanas, la plaza se descentra del plano a una cuadra del límite poniente. Instintivamente su artífice debió sentir la presencia del mar, inminente en aquel punto, para actuar con gran sentido espacial; de no ser así, esta posición marginada de la plaza revestirá el carácter de simple capricho. La distribución de las casas del Cabildo y determinados conventos, en cambio confirman que en todos estos aparentemente insensibles usos del regular plano de cuadrícula, hay una voluntad estética que da óptimos resultados" (p. 49).
- La afirmación de Guarda confirma la idea sobre que la legislación indiana ratificaría el proceso de funciones que venía dándose en América.
- (27) Los límites iniciales de la ciudad corresponden hoy en día a las calles Videla y Almagro por el norte; P.P. Muñoz por el oeste y la Alameda por el costado sur; el límite oriental lo señala la calle Vicuña Zorrilla.
- (28) El plano de la villa de La Serena realizado por Amadeé Frazier, 1713. La foto pertenece al Archivo de Fotografía y Microfilm de la Universidad de Chile.

- (29) Diego Barros Arana, op.cit., Tomo II, pp. 469-471.
- (30) Gabriel Guarda, Historia Urbana... p. 106.
- (31) Domingo Amunátegui Solar, El Cabildo de La Serena, 1678-1800. Imprenta Universo, Santiago, 1928, p. 9.
- (32) D. Barros Arana, op.cit., Tomo I, pp. 262-263.
S. Villalobos, op.cit., Tomo I, pp. 215-216.
A.J. García: Guía Jeneral de la Provincia de Coquimbo.
La Serena, 1886, p. 26.
E. Chouteau, op.cit., pp. 158-159.
E. Gallardo, Crónicas y siluetas de Coquimbo, La Serena y Elqui y Guía Comercial. Imprenta Británica, La Serena, 1948, pp. 3-4.
M. Concha, Tradiciones Serenenses. Tomo I, pp. 60-61.
- (33) Alvaro Jara, Guerra y Sociedad en Chile. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1984 , capítulo II y pp. 93 y siguientes.
- (34) Juan Galdames, "La Serena y su Evolución Urbana", en RCHHG, Santiago, año 1964, Nº 132, pp. 134-195.
- (35) Mariño de Lobera, op.cit., p. 278.
- (36) Marcelo Carmagnani, El salariado minero en el Chile colonial. Editorial Universitaria, Santiago, 1963.
Y de Jorge Pinto Rodríguez, La población de La Serena en el siglo XVIII. La Serena, 1978, p. 19.
- (37) Marcelo Carmagnani, op.cit., p. 33.

- (38) Diego de Rosales, Historia General de el Reino de Chile, Flandes Indiano. Editorial Universitaria, Santiago, 1969, p. 75. Se sabe que el Padre Rosales falleció a fines de la década de 1660 y que vivió aproximadamente hasta los cincuenta años.
- (39) Marcelo Carmagnani, op.cit., p. 34.
- (40) Juan Galdames, op.cit., p. 160.
- (41) Julian Mellet, Viajes por la América Meridional. Imprenta Universitaria, Santiago, s.a.B. Nacional, pp. 113-127.
- (42) Felipe Gómez de Vidaurre, Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile, en CHCH, Santiago, 1889, Tomo XV, pp. 331-332. El cronista afirma que la provincia de Coquimbo era rica en oro, plata, cobre, fierro, plomo y estaño. Además aseguraba que para la actividad ganadera: "...no tienen gente necesaria para las funciones que requiere una matanza y principalmente porque la gente que hay muestra menor actividad en los adelantamientos e intereses".
- (43) Amat y Junient, "Historia geográfica e hidrográfica con el derrotero general correlativo al Plan de el Reino de Chile", en RCHHG, Santiago, año 1924, N° 53, pp. 297-344.
- (44) M. Carmagnani, op.cit., p. 36-37.
- (45) Id. p. 37.

- (46) Jorge Pinto, La Serena colonial, op.cit., pp. 20-21 y La población del Norte Chico, op.cit., p. 37.
- (47) Amadeé Frezier, Relación del viaje por el sur a las costas de Chile y Perú... op.cit., pp. 121-127.
- (48) Archivo del Cabildo y Municipalidad de La Serena, bando del 10 de abril de 1804, fj. s/n.
- (49) Manuel Concha, Crónica de La Serena, op.cit., p. 57. Esta opinión se relaciona con la que más tarde escribiría Domingo Amunátegui, quien afirmaba que hacia 1678 los habitantes de La Serena habían sido tan pobres, que no les había sido posible cancelar el impuesto de la alcabala. Véase de Domingo Amunátegui S., El Cabildo de La Serena, op.cit., p. 10.
- (50) J.T. Medina, Viajes relativos a Chile, Santiago, 1962, Tomo II, p. 225. Véase también el diario El Araucano N° 122, del 11 de enero de 1833.
- (51) Para los datos demográficos del período colonial hasta 1850, se han utilizado las siguientes fuentes:
- Archivo Nacional, Censo de 1813, veran todo por don Juan Egaña. Imprenta Chile, 1953.
 - Manuel Concha, Tradiciones Serenenses, op.cit., Tomo I, p. 219.
 - Gabriel Guarda, Historia Urbana...op.cit., pp. 210-211.
 - Tomás O'Higgins, "Diario de Viaje", RCHG, Santiago, 1943, N° 143, pp. 80-82.

- Manuel Concha, Crónica de La Serena, op.cit., p. 158-159.
- Julian Mellet, Viajes...op.cit., p. 19.
- Ramón Sotomayor Valdés, Historia de Chile durante el decenio de J.J. Prieto. Santiago, Tomo II, Cap. XVI.
- Jorge Pinto Rodríguez, La población del Norte Chico..., op.cit., p. 132. Cuadro de crecimiento de la población en el corregimiento de Coquimbo por curatos. 1700-1835.
- Juan Galdames, "La Serena y su...", op.cit., p. 161.

- (52) J. Pinto, "La población... op.cit., p. 40.
- (53) Id. p. 48, Cuadro N° 1.
- (54) Id. p. 63.
- (55) Id. p. 95.
- (56) Véase Ramón Sotomayor Valdés, Historia de Chile... op.cit. El autor señala que la población de la ciudad de La Serena ascendía en 1835 a 10.321 habitantes. El acelerado incremento demográfico acontecido durante las primeras décadas del siglo XIX puede explicarse fundamentalmente al desarrollo minero que atrajo a un gran número de personas a la región.
- (57) Este texto se ha extraído de La Serena Colonial de Jorge Pinto, pp. 198-199.
- (58) Archivo del Cabildo y Municipalidad de La Serena, Bando del 15 de julio de 1803, Vol. VI, fj. s/n.

- (59) Eugenio Pereira Salas, Historia del Arte en el Reino de Chile, op.cit., p.15.
- (60) Felipe Gómez de Vidaurre, "Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile", CHCH, Tomo XV, Santiago, 1889, p. 332.
- (61) A.J. García, Guía General de la Provincia de Coquimbo. p. 26. El ataque de Davis sólo dejó destrozos en el convento de San Francisco que fue incendiado para defender la ciudad. Al respecto, véase de Manuel Concha, Tradiciones serenenses, Tomo I.
- (62) Amadeé Frezier, Relación del viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile i el Perú, durante los años 1712, 1713 y 1714, p. 123.
- (63) Id. p. 123. Este ha sido el único testimonio encontrado sobre una segunda plaza en La Serena. De haber existido esta, carecemos de información o descripción de ella.
- (64) Gabriel Guarda, Historia Urbana del reino de Chile, p. 129. Del mismo autor, "Los servicios de 112 fundaciones en el Reino de Chile", en Revista Historia, Nº 23, Santiago, 1988.
- (65) Guarda analiza el origen de las cañadas relacionándolas con la tradición hispana y la mesta. Id. pp. 126-127.
- (66) Manuel Concha, Crónica de La Serena, pp. 155-156.

- (67) Id., p. 156, Cfr. p. 15.
- (68) Id., pp. 78-79.
- (69) Id., pp. 55-56.
- (70) J.T. Medina, Cosas de la Colonia, 1º Serie, Santiago, 1889. p. 181.
- (71) Gabriel Guarda, Historia Urbana..., pp. 245-246 y de Manuel Concha, Crónica de La Serena, pp. 98-99.
- (72) Id., pp. 174-175.
- (73) Rodrigo Márquez de la Plata, Estudio sobre..., pp. 14-18.
- (74) Manuel Concha, op.cit., pp. 174-175.
- (75) Inés Cassigolli Perea, "La Serena. Estudio de Geografía Urbana", pp. 44-49.
- (76) Luz María Méndez, "Plazas y Parques de Valparaíso. Transformaciones en el Micro Paisaje Urbano, 1850-1950". Valparaíso 1536-1986, p. 23.
- (77) Manuel Concha, op.cit., p. 107.
- (78) Hernán Cortés Olivares, La vida cotidiana en La Serena a comienzos del siglo XIX, 1810-1850, Universidad de La Serena, 1981, p. 54.

- (79) Manuel Concha, Crónica de La Serena, op.cit., p. 109. La fiesta del Corpus celebra el día de la Eucaristía y es el primer jueves después del domingo de la Santísima Trinidad. Esta fiesta, destinada a realzar la presencia de Jesucristo, fue instruída en 1264 por el Papa Urbano IV y extendida a toda la comunidad católica por el Papa Clemente V (Enciclopedia Ilustrada Sopena, Tomo II, p. 2274).
- (80) Id., p. 109-110.
- (81) Hernán Cortés O., La vida cotidiana..., op.cit., p. 55.
- (82) Manuel Concha, Crónica de La Serena, op.cit., p. 202.
- (83) Id., p. 111.
- (84) Domingo Amunátegui Solar, El Cabildo de La Serena, p.99. En 1757 se ordenó publicar un bando que prohibía el uso de voladores y cualquier especie de fuego artificial, pidiendo que las autoridades eclesiásticas cooperasen con la vigilancia. Tal bando se formuló para evitar incendios durante las fiestas, que a menudo ocurrían cuando algún fuego caía sobre los techos de totora, p. 122.
- (85) Manuel Concha, op.cit., p. 108.
- (86) Id., p. 60.

- (87) Eugenio Pereira Salas, Juegos y Alegrías Coloniales, p.101-102. La petición de don Manuel de Salas fue presentada como proyecto de ley en sesión del Congreso el 27 de septiembre de 1822 y señalaba:
"La ilustración y la cultura, costumbres consiguientes a la civilización han desterrado del mundo culto aquellos espectáculos de horror propios de los tiempos bárbaros y que encruelecen a los espectadores, entre ellos las lidias de toros, y aunque Chile puede jactarse de ser la parte donde han tenido menos aceptación, sin embargo es honor suyo dar una señal de repugnancia a ésta fiera diversión...para su perpetua abolición".
- (88) Gabriel Guarda, Historia Urbana..., p. 241.
El juego de parejas consistía en la unión de dos caballeros con trajes, libres y adornos iguales que corren juntos y unidos, y el primor consiste en ir iguales, por lo que se le dio ese nombre. Las fiestas se componen de parejas o cuadrillas.
El juego de la alcancía se jugaba con una bola seca de barro y hueca, del tamaño de una naranja, y la cual, llena de ceniza o de flores servía para hacer tiro corriendo o jugando "alcancías".
La entretención de las cañas era una fiesta de a caballo que en diferentes cuadrillas hacían varias escaramuzas, arrojándose recíprocamente las "cañas", de las que se resguardaban con escudos, (véase Diccionario de la Real Academia, Madrid, 1970.)

- (89) Domingo Amunátegui Solar, El Cabildo de La Serena, op. cit., p. 82.
- (90) Emiliano Gallardo, Crónicas y Siluetas, p. 10.
- (91) Manuel Concha, Crónica de La Serena, op.cit., p. 117.
- (92) Id. pp. 125-128.
- (93) Miguel Luis Amunátegui, Los precursores de la Independencia, Santiago, 1871, tomo I, p. 111.
- (94) Id. p. 113.
- (95) Hernán Cortés O. op.cit., pp. 33 y 34.
- (96) Manuel Concha, op.cit., pp. 132-133.
- (97) Manuel Concha, Tradiciones..., pp. 82-85.
- (98) Id. pp. 167-197. Al respecto, cabe señalar que recientemente ha sido publicado un artículo por Jorge Pinto Rodríguez, quien concluye que un gran porcentaje de los delitos y la violencia ocurrida en el corregimiento de Coquimbo, tienen su origen principalmente en estados de ebriedad, pugnas y reyertas personales, e infidelidad conyugal. Véase "La violencia en el Corregimiento de Coquimbo", en Cuadernos de Historia, N° 8, pp. 73-98.

- (99) Hernán Cortés O., La vida cotidiana..., op.cit., p. 28.
- (100) Id., pp. 31-32.
- (101) Julian Mellet, Viaje por el interior de la América Meridional..., op.cit., pp. 117-119.

CAPITULO II: LA SERENA ENTRE 1850-1900.

CAMBIOS EN UNA SOCIEDAD TRADICIONAL

PRIMERA PARTE:

2.1 Aspectos Generales.

La ciudad de La Serena constituyó durante la segunda mitad del siglo XIX un importante centro político en el país. Las dos insurrecciones ocurridas durante la administración de Montt, una en 1851 y la otra en 1859, mantuvieron a la ciudad bajo un estado de alerta y peligro, similar al que sufriría Concepción paralelamente. En La Serena, la revuelta de 1851, producida con motivo de la reciente elección del presidente Montt, fue aplacada después que la ciudad sufrió un largo sitio de dos meses. En 1859, el movimiento iniciado por Pedro León Gallo en Copiapó fue reprimido en las batallas de Los Loros y Cerro Grande. Sin embargo, La Serena constituiría a lo largo de muchos años, uno de los centros más organizados del radicalismo dentro del país junto a Concepción y Punta Arenas.

Durante la Guerra del Pacífico, la ciudad contribuyó a la formación del Batallón Coquimbo, que lucharía luego en Pisagua, Dolores, Tacha, Chorrillos y Miraflores, bajo las órdenes de los coroneles Alejandro Gorostiaga y José María Soto. Este mismo cuerpo armado emprendió en 1881 la Campaña de la Sierra, comandado por el coronel Arellano.

"En la revolución del 91, casi la totalidad de los habitantes fue partidario del Presidente Balmaceda, fueron muy pocos los que adoptaron la causa del Congreso..."

"Cuando la revolución triunfó en Concón y la Placilla, la guarnición de La Serena, que obedecía al Coronel Carvallo Orrego, tuvo que rendirse a una división del Ejército del Congreso; mandada por el General Holley" (1).

En sus aspectos económicos, La Serena tuvo un considerable crecimiento. El comercio y la explotación de minerales fueron sus principales actividades. Los avisos de la prensa denotan durante todo este período, un cuantioso aumento en el intercambio de mercaderías, sobre todo en relación a los bienes de consumo. En el periódico La Reforma, de los meses de marzo y abril de 1888, aparecen publicados avisos de fábricas de cerveza y limonada, toda clase de licores importados, menaje de casa y vestuario en general.

El comercio de minerales realizado a través del Puerto de Coquimbo, aumentó considerablemente para lo cual se hizo necesario construir un ferrocarril que uniera ambos centros. Este ferrocarril fue inaugurado en 1862.

Una crónica testimoniaba el progreso de la ciudad hacia 1868 de la siguiente manera:

"Hoi se abre la sucursal del banco nacional en La Serena. Presajiamos a esta nueva empresa un porvenir lisonjero. El comercio en jeneral está de plácemes.

La Serena ya no tiene nada que envidiar a los pueblos más cultos i más adelantados; tenemos ferrocarriles, telégrafos, banco i a su puerto arriban con frecuencia vapores que contribuyen a facilitar las operaciones del comercio i de la industria.

Una sola cosa, si tiene que envidiar a los otros pueblos. Un banco de los pobres, un monte de piedad" (2).

Era indiscutible el crecimiento económico de la ciudad, así entre otros factores lo demuestra la llegada de extranjeros, el aumento de la población, los adelantos y el progreso físico de La Serena. Lo mismo sucedió con otros centros de la región que emergieron también con gran rapidez. Tales son los casos de Ovalle

y del mismo puerto de Coquimbo, cuyos desarrollos económicos les permitieron ser grandes centros de inmigración de población - según lo indican los censos levantados en la época - debido al auge de la minería cuprífera en el Norte Chico.

A través del censo de 1875 podemos percibir las actividades a las cuales se dedicaba la mayor parte de la población de la ciudad. Respecto de la minería, de los 2.329 mineros que señala el mencionado censo para el Departamento de La Serena, se pudo precisar que veintidos eran argentinos y diez eran ingleses. Hacia 1870, Manuel Concha había calculado en más de trescientos el número de minas de cobre, plata y oro en la región (3).

En relación a la agricultura, entre las especies agrícolas más cultivadas estaban el maíz y la cebada, que ya hacia 1875, permitía la producción de más de 1,64 millones de litros de cerveza; el olivo, del cual se obtenían 5.987 litros de aceite, entre otros. La ganadería regional estaba integrada por el ganado vacuno, ovejuno y cabrío. El censo de 1875, señalaba la existencia de 317 arrieros para este Departamento (4).



(5)

Tipos de mineros nortinos

En relación a los comerciantes, veintisiete de ellos tenían origen español, cuatro de proveniencia alemana, cinco italianos y seis franceses (6). El Hotel de América, que se encontraba en la calle Merced de La Serena, pertenecía a Edmundo Menard y en él se ofrecía un "excelente surtido de licores y una mesa abundante y bien servida".

La división administrativa de Chile en ocho provincias, data de una ley aprobada por el Congreso Nacional el 28 de agosto de 1826. Dicha ley fijaba en su artículo 1º:

"Desde el despoblado de Atacama hasta la orilla norte del río Choapa. Esta provincia se denominará la provincia de Copiapó, su capital la ciudad de La Serena" (7).

La provincia comprendía los departamentos de Copiapó, Freirina, Serena, Elqui, Combarbalá, Ovalle e Illapel. Esta división fue mantenida hasta 1843, fecha en la que los tres primeros departamentos fueron desmembrados de la provincia de Coquimbo para configurar la de Atacama.

En 1864, se creó el departamento del Puerto de Coquimbo, que hasta entonces conformaban una sola unidad administrativa con la ciudad de La Serena.

Como es lógico, los cambios económicos fueron haciendo necesarias, transformaciones en el aparato administrativo de la región y haciendo patente la considerable relevancia que iban adquiriendo otros centros urbanos durante la segunda mitad del siglo XIX. De éste modo en 1885, el departamento de La Serena se encontraba dividido en catorce subdelegaciones, que sólo desde la décima hasta la décimo cuarta pueden ser consideradas propiamente urbanas. Debido a ello y para analizar el crecimiento de la población, debe tenerse en cuenta este factor (8).

Al efecto comprendían las subdelegaciones urbanas de La Serena, los barrios de San Juan de Dios, la Merced, San Agustín y Santa Lucía.

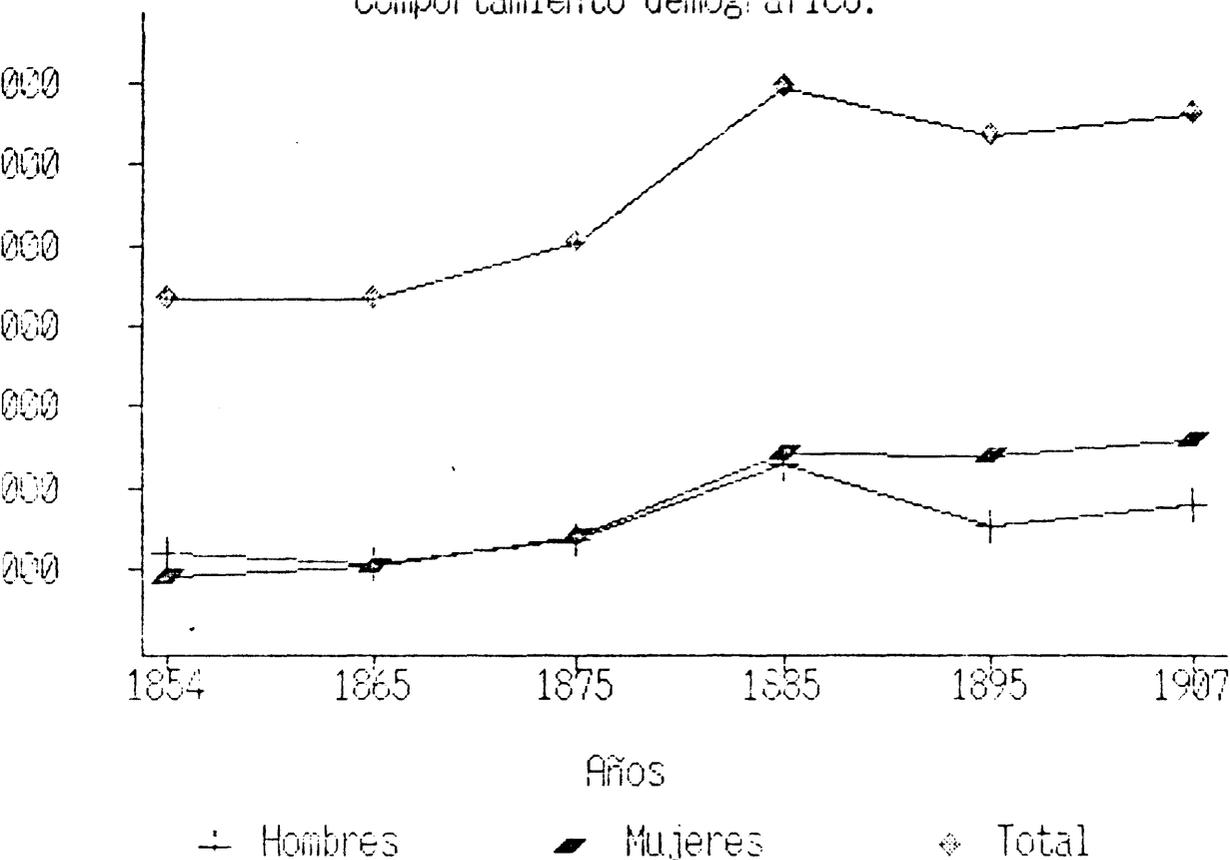
Considerando lo anterior, debe reconocerse que La Serena nunca superó los 17.000 habitantes durante el siglo XIX. Fue así como el crecimiento experimentado tanto por la provincia como por la ciudad distó considerablemente de la realidad acontecida en el resto del país. La Serena, constituyó un centro urbano medio dentro del país. No obstante, desde la época de la independencia y hasta 1907, duplicó su población. El cuadro que presentamos a continuación compara la población de los distintos Departamentos de la provincia, demostrando lo recién señalado (9). (Véase anexo 4).

El crecimiento demográfico por departamento en la Provincia de Coquimbo entre 1865 y 1907 fue el siguiente:

Departamentos	1865	1875	1885	1895	1907
La Serena	26343	29057	36772	34332	35385
Coquimbo	13341	12650	16065	15221	20576
Elqui	13045	12147	15767	14983	14119
Ovalle	49985	58110	60719	55154	59328
Combarbalá	11379	14002	15158	13463	16246
Illapel	31302	32011	31863	27745	29367
Totales	145895	157977	176344	160898	175021

Por otra parte, el comportamiento de la población del departamento de La Serena, que ha sido representado en un gráfico y cuyos datos han sido tomados de todos los censos oficiales del siglo pasado, señalan un crecimiento parejo y sostenido de la población de ambos sexos. Hacia 1854, el mayor número de hombres puede ser explicado por un movimiento migratorio, chileno y extranjero, hacia la región del Norte Chico debido al auge económico de la minería cuprífera; mientras que el descenso de éstos, a partir de 1885, puede ser interpretado por el éxodo masculino a las regiones de más al norte en las que el salitre fue la gran riqueza.

PROVINCIA DE LA SERENA.
Comportamiento demográfico.

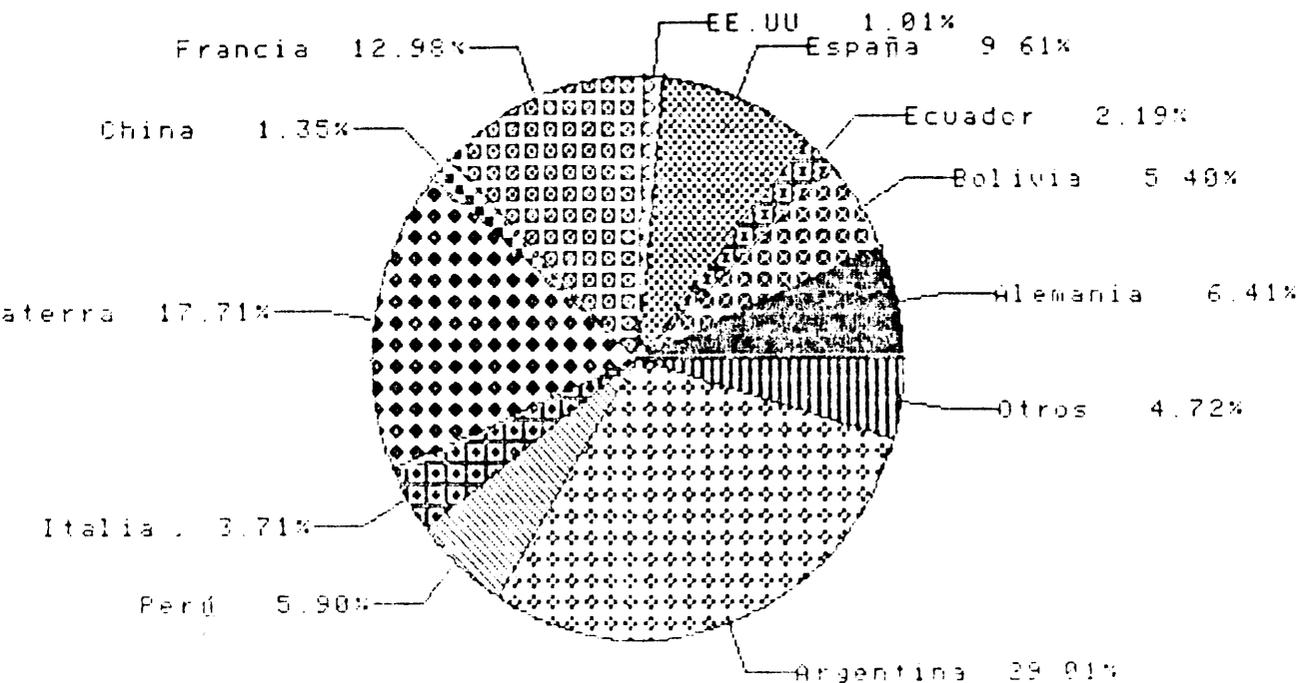


Desde un punto de vista numérico, el avecindamiento de forasteros en la región de La Serena tuvo dos momentos importantes: la década de 1850, que coincidió con el apogeo de la minería ya enunciado, y la década de 1880, época en que a la actividad minera se sumó la de carácter mercantil que atrajo a una apreciable cantidad de argentinos, ingleses y franceses a la zona.

Sin embargo, y tal como se ha mencionado en algunas ocasiones, "a los extranjeros hay que pesarlos y no contarlos". Es así como el año 1875, La Serena registraba un total de 3,6% de extranjeros, de los cuales su mayor parte lo constituían ciudadanos de origen inglés, argentino y francés.

Hacia 1885, el total de extranjeros en la ciudad ascendía a 590, conformando el 4,7% de la población. En este sentido resulta válido observar el fenómeno pues, más allá de las cifras, están los resultados de la "impregnación" extranjerizante a la que también La Serena fue permeable, en variados ámbitos de la vida cotidiana que se visualizarán posteriormente en este trabajo.

EXTRANJEROS EN LA SERENA. Censo de 1885 - Porcentajes.



2.2 Expansion urbana.

La segunda mitad del siglo XIX marcó una era de grandes progresos urbanos en Chile. Paulatinamente, los avances tecnológicos creados a partir de la revolución tecnológica comenzaron a ser incorporados en nuestro país y en sus diferentes ciudades. El mundo rural permanecerá atrasado por muchos años más y sólo en este siglo comenzará a conocer los adelantos modernos en forma generalizada (10).

La Serena experimentó variados cambios en sus calles, avenidas y edificios, transformándose en una urbe cada vez más compleja y diversa. No obstante, mantuvo un lugar secundario respecto a otras ciudades, como Santiago y Valparaíso, que se modernizaron rápidamente.

El crecimiento de los barrios fue apreciable. La Serena se expandió hacia el sur y el sureste, conformándose hacia 1895 en un cuadrado su forma urbana. Su límite norte (el río Elqui) no sufriría mayor cambio, al igual que su margen occidental. Dos nuevos barrios se añadieron a la estructura ya asentada: El de Santa Lucía, ubicado en las faldas del cerro que lleva ese nombre hasta la actualidad y el barrio de la Quinta, ubicado un poco más al sur que el anterior, pero también en el lado este de la ciudad.

En el sector sureste, antiguos callejones agrícolas fueron convertidos en vías urbanas.

Esta expansión no coincidió con el ordenado trazado que había mantenido la ciudad y los cambios en el nivel del terreno ocasionaron, por lo general, modificaciones en la rectitud de las nuevas calles.

En relación a las viviendas de la ciudad, La Serena tuvo habitaciones similares a las existentes a la región central del país.

La casa serenense tenía una puerta principal, y al igual que las casas del Santiago viejo de las calles Compañía o Merced, estaba flanqueada por dos o más ventanas. Tornero señalaba en 1872 que la ciudad tenía aproximadamente 1.373 casas, tanto de uno como de dos pisos. La arquitectura en general y los materiales empleados en la construcción de las viviendas eran sobrios en su colorido, comúnmente de adobe blanqueado y con tejas. La puerta principal conducía a un patio a cuyos costados se encontraban las habitaciones. Algunas viviendas tenían otro patio o un huerto con los árboles de la zona: naranjos, lúcumos, floripondios, chirimoyos y diversos tipos de flores, tales como: claveles, rosas, hortensias, crisantemos, entre otras (11).

También se aprecia en la prensa periódica de fines del siglo XIX, un aumento de las casas comerciales dedicadas al rubro de las plantas y árboles. Por ejemplo, hacia 1873, cerca del Seminario, estaba la casa de José Zepeda, quien vendía: "toda clase de macetas y árboles frutales" (12). En 1894, la señora Ramona Aguirre, vendía lúcumas por docenas, matas de naranjos, de chirimoyas y "toda clase de árboles frutales a precios módicos" en la calle San Francisco Nº91. Del mismo modo, por aquel entonces, se venían semillas de hortalizas y de flores importadas por don Luis Berruyer, en la Peluquería Francesa, ubicada en la calle Catedral (13). En 1900, don Salvador Izquierdo, tenía un criadero de árboles frutales en Santiago, para: "huertos pequeños, quintas i verjeles industriales...variedades de árboles ornamentales...para parques, jardines, calles i paseos públicos". También vendía crisantemos, rosas cannas (achiras de gran flor), lilas dobles, palmas, camelias, rododendros y otros. Si bien, este criadero llamado Santa Inés estaba situado en la capital, existe constancia de que desde La Serena se efectuaban pedidos a la calle Bandera 251 de Santiago (14).

En 1872, Recaredo Tornero describía La Serena, así:

"Está edificada en anfiteatro, formado por dos mesetas que componen lo que se llama la población propiamente dicha, en la que se encuentra la plaza de Armas, i en la que se halla situado el estenso barrio de Santa Lucía, a cuyo respaldo, formando tercera meseta pero no poblada, sobresale la colina que lleva el nombre del barrio que está al pie. Situada de esta manera, presenta desde la vega, que en una milla de extensión la separa del mar, una vista poética, destacándose sus blancos edificios como superpuestos unos sobre otros i divididos caprichosamente por fajas de árboles que presentan todas las graduaciones del verde, árboles que ostentan sabrosos i variados frutos en las huertas de cada propiedad" (15).

Respecto a los edificios de la ciudad, los habitantes remodelaron y construyeron varias unidades en la segunda mitad del siglo XIX.

Así, la catedral, demolida en 1840 fue lentamente reedificada. En 1849 se decía que las obras del edificio avanzaban a paso de tortuga:

"Sólo están hechas sus murallas, parte de su linda torre, la obra de carpintería está mui adelantada y... nada más"(16).

Recién en agosto de 1859, un informe religioso señalaba que la catedral ya estaba en su mayor parte concluída (17).

Con posterioridad y sólo en la década de 1890, se finalizaron algunos arreglos en la torre del palacio principal:

"desde hoy día quedaron puestos los arcos de la cúpula que coronan esa hermosa torre" (18).

La catedral de La Serena fue construída con piedra caliza traída desde Peñuelas y su arquitecto Juan de Herbage, la diseñó con tres naves y de estilo románico.

Otros edificios levantados en esta época fueron el Liceo de Hombres de La Serena (19), que era de dos pisos y de adobe, al igual, que el Seminario Conciliar construido por la Iglesia Católica. Y es esta última, la que emprende el mayor número de edificaciones; es así como la iglesia de Santa Lucía, de San Agustín, San Juan de Dios y Santa Inés, fueron remodeladas o trasladadas a sitios diferentes.

Asimismo, en 1889, se principió la demolición de la cárcel pública, para edificarse allí el edificio de la Intendencia (20).

A fines del siglo XIX La Serena, tenía una Escuela de Minería, un Liceo de Mujeres, una Escuela Normal de Preceptoras, una Casa de Huérfanos, un Hospital con capacidad para doscientos enfermos, un lazareto y un edificio para el cuerpo de bomberos, además de los ya mencionados (21).

Al igual que la plaza principal de La Serena, la recova se constituyó en un lugar de encuentro de los serenenses. La plaza de abastos, comunmente denominada recova y construída hacia 1840, fue demolida en la década de 1870.

La recova cumplió importantes funciones en la ciudad. En 1868 se concluyó la colocación de una pila de agua para abastecer a los habitantes (22). Sin embargo, la "corporación" en junio de 1869 (23), decidió comprar un sitio para edificar una nueva plaza de abastos.

En efecto, se nombró una comisión para levantar un plano, hacer el presupuesto y levantar un empréstito. Pero al parecer, la idea de la construcción de tan importante edificio, al igual que el de la catedral, fue llevado a cabo con demora. A fines de 1872, se señalaba su pronta conclusión en los siguientes términos:

"En pocos días más se abrirá al comercio nuestra plaza de abastos. Cábenos el honor de manifestar nuestra satisfacción con este motivo. Todas las personas que han visitado el magnífico edificio de la nueva plaza, han quedado sumamente complacidos. La elegancia jeneral del edificio da un bello golpe de vista. Los departamentos particulares son espaciosos y cómodos. Mediante esfuerzos i sacrificios hemos conseguido felizmente tener un mercado central de los más cómodos que hai en la república" (24).

En forma frecuente, en la recova ocurrían desórdenes debido a las quejas por la mala calidad de los productos allí vendidos, al igual que por la ebriedad de algunos hombres:

"que se encuentran frecuentemente en las calles los sábados i domingos. El domingo pasado la plazuela de la Recova fue el teatro de una lucha que se trabó entre la jente decente que se retiraba a sus casas i peones embriagados" (25).

La plaza de abastos fue levantada en la actual Cienfuegos, esquina Cantournet y a su costado se ubicaba la iglesia de San Agustín. Fue construída sobre la base de empréstitos, método común para lograr adelantos urbanos en las ciudades decimonónicas.

Hubo también, otros aspectos urbanos que fueron transformándose en La Serena. Hasta 1850, los nombres de las calles se conocían por tradición. Ese año las autoridades consideraron oportuno y útil la colocación de nombres a las calles de la ciudad. De este modo, fueron fijados en tablas, los lugares: "Más remarcables por su importancia" (26).

Desde la década de 1860 se procedió a la instalación de pilones de agua en la ciudad. Al pilón de la plaza se sumarían los de la recova y aquellos en las distintas plazoletas.

En 1865 y como prueba de una creciente correspondencia, la empresa de correos instaló los primeros buzones de la ciudad. Dichos buzones fueron ubicados en la calle Catedral, en la plaza principal (frente a la Intendencia) y frente a la plazuela de San Francisco.

La iluminación de La Serena fue una preocupación constante de las autoridades municipales. Por ello en 1850, el señor Jenkins, de nacionalidad británico, hizo un contrato por tres años con la municipalidad, para colocar treinta faroles de gas napher, lo cual demandó un costo de \$2.750 anuales.

Una década después, el señor Garland, superintendente del ferrocarril de Coquimbo, presentaba al intendente provincial un proyecto para instalar un alumbrado de gas carbónico. Igual gestión fue realizada por un señor Cotapos del comercio de Valparaíso. Finalmente la Municipalidad aceptó la propuesta del Samuel Wallace para alumbrar con gas carbónico de hidrógeno la ciudad. El contrato fue acordado en mayo de 1863 y se instalaron faroles:

"en las calles de la Catedral, San Agustín, la Merced desde la Portada hasta la casa que ocupa la Intendencia y en la de Cienfuegos hasta la del Teatro. En las demás solo se colocará un farol en cada cuadra" (27).

El encendido debía efectuarse todas las noches, sin excepción: "siempre que falte la luz natural suficiente para distinguir los objetos y traficar con facilidad por las calles..." (28).

Los "faroles ganchos y pescantes" proyectados para ser colocados en La Serena debían ser iguales a los instalados en Valparaíso (29). Finalmente, el alumbrado fue inaugurado el 12 de junio de 1865 con una fiesta pública a la cual asistió la mayor parte del vecindario.

"El paseo público y la plaza principal fueron los puntos más concurridos. La banda de música que contribuyó con su delicioso contingente de armonía le dio más animación a la fiesta popular dada en honor de la importante mejora que ha obtenido nuestra población" (30).

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, La Serena cambiaría el alumbrado carbónico por uno eléctrico. En febrero de 1900, estuvieron colocados los postes y las líneas en las principales calles de la población y el primer ensayo se efectuó en la plaza principal.

"El paseo estaba diez veces por lo menos mejor iluminado que con los faroles de gas de tres ganchos. La luz era suave, aunque un poco centellante, pequeño defecto..."(31).

Otro de los principales problemas de La Serena a lo largo de toda su existencia fue el abastecimiento de agua y el sistema de desagües de aquellas ya servidas. Hacia la década de 1850, la ciudad todavía precisaba de nieve para el consumo local. Con el correr del siglo XIX, el aumento del número de habitantes hizo necesario encauzar en acequias, los dos canales que tenía la ciudad (el de la "pampa" y el de la ciudad"). Asimismo, desde fines de

la década de 1850 se comenzó la colocación de pilones en las principales calles. Continuas quejas relativas al mal estado de acequias y puentes levantados sobre sus cauces, han sido registradas durante todo el período que estamos estudiando. Existía sin embargo, un curioso fenómeno en esta Serena decimonónica. A pesar de ser el agua - y también el aseo de las calles - el principal problema de la población, las autoridades se ocuparon más del alumbrado, de las comunicaciones, del telégrafo y otros adelantos, en vez de solucionar este asunto. Reiteradamente, la prensa hacía reclamos sobre la falta de higiene, pues las pestes se propagaban con gran facilidad ya que las acequias pasaban por el interior de las propiedades urbanas y se las consideraba como inmundos focos de: "emanaciones malsanas i por consiguiente origen de enfermedades i de muertes" (32). En este sentido, las autoridades municipales no efectuaron sino soluciones de emergencia, tales como arreglar el puente dañado, enrejar parcialmente las acequias y cuidar que en ellas no fuesen depositadas las basuras.

No obstante, cuando eventualmente las lluvias produjeron grandes desbordes de los canales, La Serena permaneció sin agua y con toda clase de problemas de salubridad.

En relación a las comunicaciones, La Serena también vivió cambios fundamentales en la segunda mitad del siglo XIX. Hasta 1860, no existían otros medios para viajar fuera de la ciudad que los caballos, las mulas y las diligencias.

El ferrocarril que unió a las ciudades de Coquimbo y La Serena sólo se comenzó a construir en 1861, siendo inaugurado en abril de 1862. Su estación quedó situada al poniente de La Serena, entre la Alameda y la calle San Francisco (33).

Internamente, el tránsito urbano se hacía hasta la década de los ochenta en los tradicionales carruajes y birlochos. La principal empresa de carruajes estaba situada - según lo aseveró Recaredo Tornero en 1872 - al costado norte de la plaza de armas (34). A fines de la década de 1880, ya se publicaban en la prensa ciertas quejas por el descarrilamiento de los "carros de sangre".

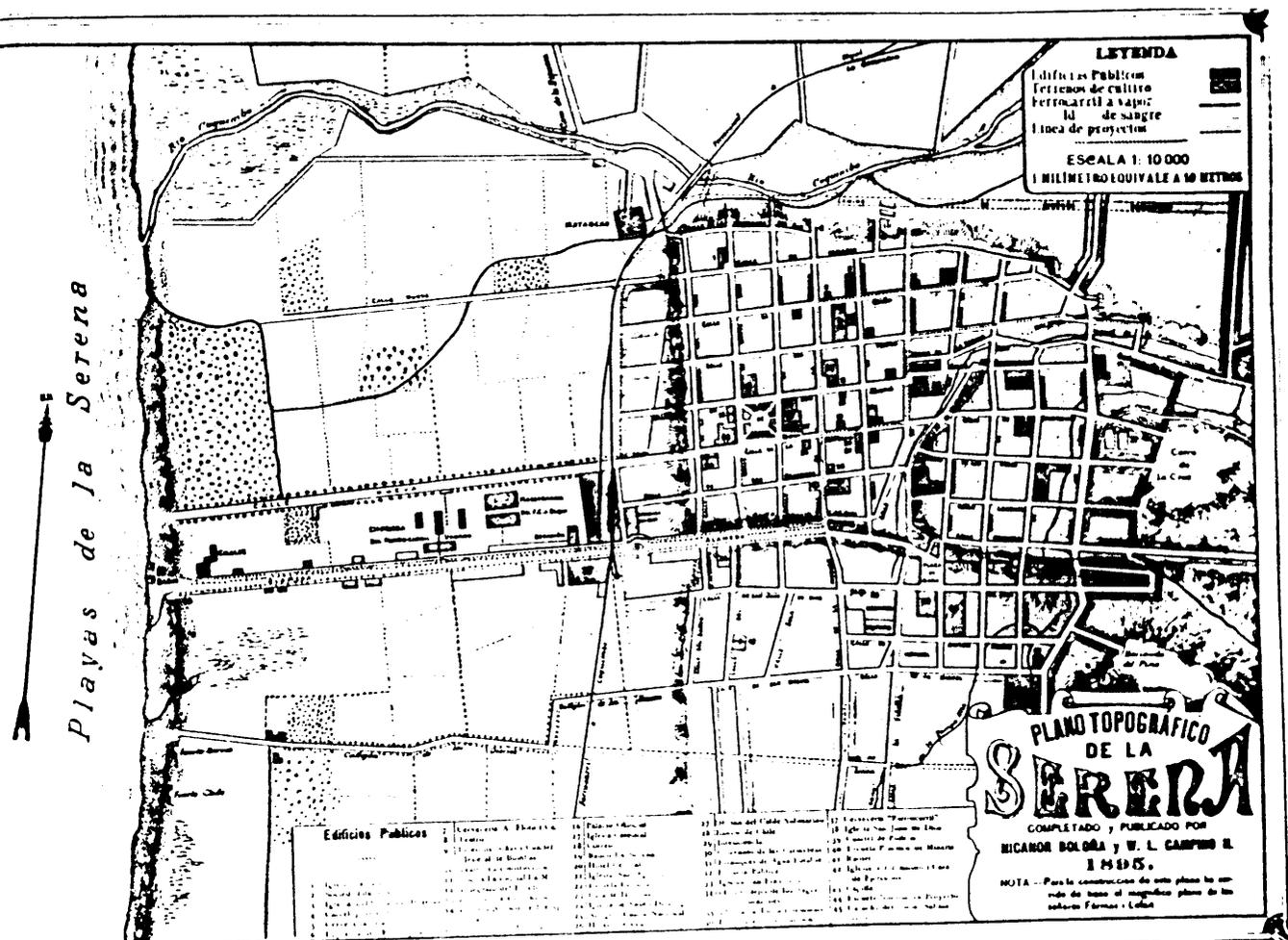
"El último viaje lo hizo el carro número seis después de las ocho de la noche se desrrioló tres veces en la Alameda lo que dio lugar a un alboroto de gritos, pifias e insultos. Con mucho trabajo fueron colocados los carros en los rieles nuevamente por los muchos pasajeros que llevaba..." (35).

La circulación de estos carros urbanos ocasionó una afluencia notable de público a la Alameda, la cual adquirió una mayor animación, desplazando incluso a la plaza.

"Con motivo de los carros urbanos, se nota mucha animación en este paseo, que ha sido escojido como el paseo favorito del público.

Bueno sería que la banda de música amenizara ciertas tardes ese paseo con algunas piezas en lugar de tocarlas en la plaza que ahora se ve desierta" (36).

Los carros urbanos circulaban de subida por la denominada calle del Teatro, la calle de la Catedral y la de Santa Inés o la Merced. De bajada, llegaban hasta la estación de los ferrocarriles, la plaza o el "chalet", sitio predilecto por los vecinos para pasear cerca del mar (37).



En 1863 se produjo el gran incendio de la Iglesia de la Compañía. El hecho, que provocó gran conmoción en todo Chile, ocasionó que numerosos particulares emprendieran la formación de cuerpos de bomberos a lo largo del país.

Hacia 1887, La Serena contaba con:

"cuatro bombas, dos de agua, la "Coquimbo" i la "Serena", una de hachas y escaleras, la "Zapadores O'Higgins" i por último la de "Salvadores y Guardia de Propiedad" (38).

Las innovaciones técnicas europeas tardaron poco tiempo en llegar a La Serena.

El teléfono hecho por Bell en 1876, ya funcionaba en La Serena en 1888 a cargo de la West Coast Telephone Company. Este servicio telefónico prestó utilidad inicialmente, entre el puerto de Coquimbo y La Serena (39). Por otra parte, a fines del siglo, se hicieron en La Serena las primeras exhibiciones del cinematógrafo de Edison: "en uno de los salones del pasaje Vicuña, el mismo que ocupó el almacén de don Pío Aguirre" (40).

Aquí hemos mencionado algunos adelantos, dejando fuera el servicio de telégrafos y el movimiento de vapores, que proporcionarían un mayor progreso a la ciudad durante éstas décadas.

La plaza y la Alameda también fueron experimentando diversas modificaciones durante este período. La iniciativa municipal, y en ocasiones la privada, lograron trocar la fisonomía de estos lugares, convirtiéndolos en sitios de paseo y circulación constante, pero no de uso masivo.



Fotografía de la Plaza de La Serena de 1850.

Fuente: Chile Ilustrado, Recaredo Tomero.

2.3 La Plaza.

Desde siempre en Chile, las plazas fueron reflejando el quehacer de las gentes y la cultura de la población. Con posterioridad al período de la Independencia, las plazas progresivamente tendieron a transformarse en lugares de recreación, de lucimiento personal y colectivo. La plaza de La Serena se fue arbolando tímidamente en un principio y luego, con aquella euforia que vino de Paris. Se diseñaron caminos internos, se colocaron jarrones, luminarias, estatuas y un infaltable kiosko de fierro para las presentaciones musicales.

Los tradicionales vendedores ambulantes fueron desplazados del lugar y continuaron realizando sus ventas en pasajes o en la recova directamente.

La primera modificación concreta que se hizo en la plaza fue el reemplazo de su antigua pila por otra más moderna, importada por la municipalidad desde Inglaterra en 1855.

Manuel Concha señala que el 18 de mayo de 1857 fueron plantados los primeros árboles de la plaza. Entonces, era intendente don Francisco Solano Astaburuaga, quién:

"Hacia poco había llegado de Estados Unidos, en cuya república acababa de reconocer la gran ventaja higiénica que reportaba a los habitantes de las ciudades las plantaciones de árboles en las plazas públicas y calles anchas... Empero, siendo esta una innovación desconocida en La Serena, acostumbrados a tener en nuestras casas, además de un gran huerto, plazas en vez de patios, y por más que nos pese, a contrariar toda mejora nueva, hicieron una cruda guerra a los pobres árboles que, en breve se destruyeron" (41).

El descuido y el maltrato con los árboles no fue el único problema, ya desde 1859, se hicieron sentir los primeros reclamos por el "triste desaseo" de la circunferencia de la pila el cual se atribuía "a causa de los aguadores que han convertido en un verdadero barrial el círculo de la pila", siendo, "el único lugar público en que se provee la población de agua pura" (42).

Pese a lo anterior, las mejoras en la plaza prosiguieron y en 1862, se trabajaba en un empedrado de vara y media de ancho que partía: "de cada esquina en dirección a la pila" (43).

La idea era transformar la plaza en un paseo similar al que había en Santiago. Por ello, luego del empedrado, se comenzó hacer un jardín de flores en torno a la pila. Sin embargo, esto que señalamos como si hubiera tardado meses, demoró varios años en llevarse a cabo. Así en 1867, todavía se permanecía: "arreglando una ancha vereda al rededor de la plaza" (44), que reemplazaría a aquellas angostas veredas "que no proporcionaban la menor comodidad" (45). Junto a la plaza se colocaron árboles formando una pequeña alameda y bajo ellos, se arreglaron veinticuatro sofás para la comodidad de los paseantes (46). Todas estas iniciativas de remodelación, de las cuales la plaza es un ejemplo, fueron impulsadas por el señor Ramón Astaburuaga quien ocupó varios puestos públicos en la provincia.

Un curioso fenómeno acontecía en La Serena. Es cierto que con el correr del tiempo se fue tomando conciencia de los beneficios que representaba hermosear la ciudad, pero no hubo esmero por mantenerlos. Aún así, de cuando en cuando, se repusieron los árboles secos y se barrió con alguna frecuencia.

A través de un bando promulgado en 1870, la Intendencia prohibió lo que sigue:

"Prohíbese lavar cualquiera clase de ropa, bañarse o arrojar basuras o cualquiera otra clase de sustancias inmundas que puedan hacer nociva, impura o desaseada el agua del canal de la Pampa, en toda la extensión comprendida entre la calle de Gandarillas i el origen de dicho canal" (47).

La multa asignada para quienes no respetasen el mandato, variaba entre \$5 y \$25 (48).

En 1872, Recaredo Tornero mencionaba que esta plaza: "no carece de belleza, pues en su centro tiene un precioso jardín, con la pila - que poseía dos figuras que sostenían el recipiente por donde se escurría el agua que cae en una taza -... cuyas aguas saltando en gotas cristalinas, humedece constantemente las magnolias, claveles, rosas i mil otras flores del jardín" (49). Aquellas dos figuras, "ridículas", serían las que el Intendente Toro Herrera sacaría: "en bien de la moral pública", en agosto de 1882 (50). En octubre de aquél año, se decía que ya se había principiado la destrucción de los tallados del kiosko que aún no estaba terminado (51).

La plaza fue ampliada en 1880. En mayo de 1888 se estaban reparando cincuenta y un "sofâes" en la plaza, a la vez que se podaban los árboles y se cortaba el pasto (52).

Una descripción de la plaza en 1889 decía:

"Cada vez más hermoso está el paseo de la plaza convidando a los habitantes de La Serena a gozar del fresco ambiente que ahí se respira en estas bellas tardes de primavera. Arboles, arbustos i plantas herbáceas se esmeran a porfía en lucir la exhuberancia de su vegetación, la hermosura de sus flores i en esparcir al aire sus más puras esencias. Este bellísimo paseo, uno de los más hermosos de Chile, sería en otras partes el recreo de la juventud, el rendez vous de la sociedad i elegante, i en La Serena...se ve desierto i abandonado como un triste cementerio. Cosas de La Serena" (53).

En la última década del siglo se pavimentaron las avenidas de la plaza con baldosas - iguales a las que se estaban empleando en la plaza de Santiago - cuya forma era romboide, de veinte centímetros por lado, y de colores rojo y blanco (1896). Ese mismo año se emprendió justamente frente a la catedral, la construcción de un nuevo kiosko para la banda de música.

El financiamiento de estas remodelaciones fue conseguido mediante la erogación ciudadana. Fue común por entonces la realización de conciertos, funciones dramáticas, bazares y ocasionalmente, la donación directa como la hecha por Ramón Astaburuaga que ascendió a \$50.

Finalmente, en 1897, se colocarían ocho faroles y se pintarían las: "tres estatuas mitológicas que hai en el paseo" (54).



Fotografía de la Plaza de La Serena de fines del siglo XIX.

2.4 La Alameda.

Hasta 1855, el terreno que ocupaba la Alameda era: "el inmundo i bajo lecho" de la quebrada de San Francisco.

Al igual que la plaza, la Alameda de La Serena también fue objeto del cuidado y preocupación de las autoridades y de la ciudadanía. La alameda serenense comenzó a ser paseo público a partir de 1855 y 1856, durante esos años se inició su arbolamiento y se delimitó su ancho. Al igual que la plaza este paseo fue objeto de robos y malos tratos a sus árboles y plantas, siendo continuas las quejas para que la policía urbana castigase a los "ociosos" y "vándalos".

Uno de los primeros trabajos que se hicieron para acondicionar la alameda como paseo público fue el tapiado de las propiedades que se ubicaban frente a ella (55).

En julio de 1862 la Alameda presentaba el siguiente aspecto:

"En la nueva Alameda, se ha llevado a cabo un trabajo de consideración, que más tarde embellecerá a nuestro único paseo público.

Se le ha dado más ancho a la calle principal, y transplantando en las calles, los álamos que tanto estrechaban la primera. Se les ha dado a estos una colocación recta, de manera que hoi ofrece un punto de vista hermosísimo. En la calle del medio se van a plantar árboles pequeños y flores que se han encargado a la Quinta de Agricultura de Santiago..." (56).

En 1863 se comenzó a construir el denominado "óvalo" y las murallas que hasta en la actualidad permanecen frente a ese paseo. Simultáneamente, se adquirieron en Valparaíso algunos sofás de fierro para la mayor comodidad de los concurrentes (57).

La ampliación de la Alameda hasta las riberas del mar fue uno de los objetivos edilicios durante todo el período, para lograrlo, las autoridades llegaron incluso a solicitar préstamos bancarios a fin de comprar los terrenos necesarios que permitieran la apertura de las calles laterales (58). Por ejemplo, en 1864 fueron comprados algunos terrenos a doña Josefa Larraguibel (59).

También se procedió en este paseo a la paulatina canalización de las acequias y de los puentes que las cruzaban en 1868 y 1869. Así, se trataba de evitar que los coches corrieran el riesgo de desarmarse con el violento vaivén que se producía al cruzar las acequias (60).

En 1872, la Alameda tenía (desde la actual calle Balmaceda hacia el poniente) seis cuadras terraplenadas de longitud. A sus costados poseía dos cauces de loza caliza junto a los cuales ya se elevaban frondosos álamos blancos. En su parte central, el paseo tenía acacias y plátanos orientales. El óvalo, estaba concluido y en su centro tenía un jardín en forma de círculo, más un pequeño tablado para la banda que amenizaba cuatro veces a la semana, por las tardes al público asistente. La iluminación de la Alameda se realizaba con ocho faroles de gas (61).

En la década siguiente, se comenzó a empedrar la avenida lateral sur de la Alameda, a la vez que se organizaron los primeros bazares para recolectar los fondos a fin de prolongar hasta el mar. Esto último, se logró en 1887.

La Alameda fue decorada con estatuas y con la pila, que otrora fuese traída desde Inglaterra, para la plaza principal.

En 1888, un fuerte temporal de lluvia que azotó gran parte de la zona central del país, dejó prácticamente destruido este paseo:

"La Alameda... ha quedado materialmente inconocible. Zanjones que la cruzan en todas direcciones la han hecho completamente pedazos, enormes piedras dejadas en diferentes partes, grandes trechos de cauce destruidos, bancas rotas, palos botados, faroles quebrados, etc, tal es el triste espectáculo que ofrece hoi nuestro hermoso paseo que fue" (62).

La reparación del piso de la Alameda tardaría sólo un año. Pero uno de los principales atractivos de él, unos: "hermosos pececillos conocidos con el nombre de dorados de la China", se murieron por falta de agua cuando el canal de la pampa que surtía la pila se secó por falta de lluvias. Además, la prensa lamentaba que "todos o casi todos los dorados grandes fueron muertos o robados" por algunos niños de "mala índole", quienes se entretuvieron a palos y pedradas con los animalitos (63).

En 1897 llegaron setecientos árboles provenientes de la Quinta Normal de Agricultura, que fueron donados por el señor José Figueroa para ser plantados en el extremo poniente de la Alameda: "desde la estación del ferrocarril urbano hasta el mar" (64).

Por desgracia, en 1899 un gran temporal de lluvias arrasó con el paseo dejándolo en similar estado al que tuvo después del invierno de 1888. Aquel fue tan violento que llegó a inundar las avenidas laterales y centrales, las casas particulares y comerciales colindantes a la Alameda. Así por ejemplo, las bodegas del señor Bunster, la casa de la familia Valdivia Muñoz, la estación del ferrocarril urbano entre Coquimbo y Elqui y una cervecería, instaladas allí quedaron completamente anegadas (65).

Los nuevos trabajos de reparación de la Alameda sólo se iniciaron a fines del año siguiente.

2.5 Plazuelas.

Las plazuelas son espacios abiertos, que a semejanza de las plazas pueden ser cuadradas o rectangulares. La plazuela es una pequeña área ubicada dentro de un sector de la ciudad y en La Serena, estuvieron situadas preferentemente al costado o al frente de alguna iglesia.

Durante la época colonial las plazuelas no tuvieron más pavimento que el mismo suelo, pero a partir de la segunda mitad del siglo XIX, comenzaron a ser empedradas, surtidas con alguna pila o fuente de agua, adornadas con algunos árboles y sofás (66).

Las principales plazuelas de la ciudad eran la del costado de la Catedral,, de la recova, de San Francisco, de Santa Inés, de San Agustín, de la Merced y de Santa Lucía.

En 1863 se colocaron las "pilillas" (67), de las plazuelas de San Francisco y la recova:

"El costo de dichas obras utilísimas, es de mui pequeña consideración y los bienes que va a repartir entre la población, son de gran importancia. Aplaudimos la laboriosidad del jefe de nuestra provincia y su actividad para llevar a cabo obras que sirven de ornato y aseo al pueblo" (68).

El cuadro Nº1 representa las mejoras realizadas en las distintas plazuelas de la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX.

CUADRO Nº 1

Nombre de Plazuela	Colocación de Pila	Plantación de Arboles	Empedrado	Otros
De la Catedral	---	---	1867	---
De la Recova	1863	---	---	---
De San Francisco	1863	1869	1870 (b)	1883; se solicita se quite una figura "demasiado indecente". 1900: se compone su reja y se limpia de malezas y basuras.
De Santa Inés	---	---	---	---
De San Agustín	1868	---	1870 (b)	---
De la Merced	---	+ 1888	+1870	---
De Santa Lucía	---	---	---	1879 (a)
De Santo Domingo	---	1869	1869 (b)	---
De San Juan de Dios	---	---	1870 (b)	---

a) ampliación

b) realizado antes de 1870 (Concha, Manuel, Crónicas de la Serena, p. 168).

-) no hay datos.

Queremos finalizar estas observaciones sobre las plazuelas, con dos extractos de la prensa que, a nuestro parecer, fueron ejemplo de la mentalidad de algunas personas de esta ciudad. Sobre la plazuela de San Francisco se hacía la siguiente interpretación en 1883:

"Ya que el señor Intendente quiso quitar de nuestra plaza principal esas figuras inmorales que había en la pila, le suplicamos en nombre de la moralidad pública haga otro tanto con la figura demasiado indecente que se ha colocado en la pila de la plazuela de San Francisco.

La Serena no quiere adorno ninguno si se le han de dar esos adornos que corrompen el corazón de la juventud.

Acudimos directamente a la autoridad, porque creemos que a ella corresponde vigilar escrupulosamente por la moralidad del pueblo que se le ha confiado" (69).

Diez años después de este comentario (1893), el diario El Coquimbo señalaba lo siguiente respecto a los jardines públicos.

"El empleado encargado del cuidado, arreglo y riego de los jardines públicos, ha venido a nuestra oficina i nos ha pedido que hagamos las siguientes rectificaciones a un suelto de crónica que se registra en la Reforma de ayer:

1º Que el jardín situado al costado de la Catedral no está bajo custodia desde el tiempo que era el 1º alcalde don Antonio Larraguibel. El cuidado i riego de este jardín se hace por cuenta del Cabildo eclesiástico.

2º Que el jardín de San Francisco está recién regado i acomodado. El riego se hace a balde, pues cuando Domingo Herrera arregló este jardín, se olvidó colocarle cañería para regar las plantas.

3º Que el jardín central de la plaza se conserva con gran trabajo regándolo con una llave colocada en la parte baja, pues por la pila no sale una gota de agua (70).

SEGUNDA PARTE:

2.1 Funcionalidad otorgada por los serenenses a sus espacios urbanos durante el período.

En la segunda mitad del siglo XIX, la población de La Serena mantuvo un singular desarrollo en relación a sus modos de esparcimiento y sociabilidad. A través de esta investigación se ha podido constatar cómo los serenenses adoptaron diversos y nuevos usos en torno a sus espacios urbanos, entendidos como aquellos lugares abiertos o cerrados que se encontraban dentro de la ciudad, y que fueron utilizados por los serenenses en sus manifestaciones de sociabilidad. En este sentido, cabe diferenciar los espacios de uso "masivo" y los de uso "restringido".

2.1.1 La Plaza.

La plaza constituyó durante los años 1850-1900 un espacio abierto, de uso general, donde se realizaban los actos públicos de la población.

En La Serena, los usos de la plaza se modernizaron pero esencialmente, no cambiaron sino hasta la década de 1880 aproximadamente. Con excepción de su rol recreativo, la plaza mantuvo los usos y costumbres políticas, religiosas y cívicas de siempre. Las condiciones político-administrativas republicanas permitieron seguir manteniendo en La Serena, el respeto y la lealtad que otrora, fueron derechos de la monarquía y del rey de España. En ese sentido, los ciudadanos otorgaron, con algún retraso, su fidelidad a la institucionalidad chilena y a su gobierno. Este cambio, también se reflejó en la funcionalidad que adquirió la plaza.

Los usos que mantuvo la plaza durante este período, han sido clasificados en cuatro tipos:

- Funciones políticas:

Durante la década de 1850-1860, la plaza fue escenario de confrontaciones abiertas entre los serenenses, debido a las condiciones políticas del país. Es así, como en 1851, la plaza fue teatro de varios hechos de armas: "en su estremidad occidental se formaron varias trincheras que defendieron la plaza hasta el último momento, i en la plazuela que la termina por el lado del Este lugar an recio combate en el cual los liberales arrebataron parte de su artillería a los sitiadores". (71). *

En la década de 1860-1890 sólo hubo dos grandes manifestaciones en la plaza. La primera, de carácter patriótico, tuvo lugar en octubre de 1865, cuando se convocó a una reunión general en la plaza principal - que recuerda a aquellos cabildos abiertos del tiempo colonial - con motivo de solemnizar la proclamación de guerra que Chile declaró a España. (72).

En 1869, y a raíz de la repatriación de los restos del General Bernardo O'Higgins, las autoridades serenenses, con la asistencia de los cónsules y empleados públicos proyectaron reunirse en la Sala Municipal para luego dirigirse al templo mayor, donde se ofrecería una misa en memoria del prócer. Con tal motivo se convocó también a los militares: "a la misma hora deberán estar formadas en la plaza el batallón cívico de esta ciudad i una compañía de brigada de artillería de Coquimbo, de los cuales el primero hará 3 descargas: una al principiar la misa, otra al alzar i otro al terminar la función..." (73).

(*) SIC.

La popularidad que tuvieron los radicales en la ciudad se manifestó en la formación de clubes y en discusiones de salón, sirviendo, la plaza principal como sitio de reunión de esta facción política el 8 de noviembre de 1874. En aquella oportunidad, "en el ángulo inmediato a la municipalidad", y con la participación de algunos liberales, se efectuó un meeting en el que fueron pronunciados algunos discursos (74).

La visita del presidente Balmaceda en marzo de 1889 a las provincias del norte del país, sirvió de ocasión para numerosos festejos en La Serena. El pueblo reunido en la alameda (adornada con gusto y llena de público) brindó una acogedora bienvenida al primer mandatario del país. Frente a la plaza, los actos se realizaron en la noche del 2 de marzo de 1889; "cuando se quemaron lucidos fuegos artificiales en las calles de la Catedral y San Agustín" (75).

Ese mismo año y con motivo de la expropiación de los ferrocarriles del norte, se realizaron dos meetings para que este servicio fuese nuevamente puesto a disposición de la provincia. El señor Manuel Ríos Egaña, presidió la manifestación el 16 de junio de ese año para que el Congreso despachara prontamente una ley ante la "apremiante situación en que se hallan el comercio, minería e industria de la provincia de Coquimbo" (76).

La Guerra Civil de 1891 produjo una división de opiniones entre los serenenses. En efecto, la prensa menciona dos tendencias políticas que adquirieron características propias; de un lado, los "partidos oligarcas" y por otro, "los grupos obreros". Desde 1892 y hasta 1897, fecha en que visitó la ciudad el presidente Federico Errázuriz Zañartu, la plaza fue escenario de reuniones y desórdenes

esporádicos por parte de los llamados "dictatoriales" (77). En la plaza hubo de suspenderse las retretas, y más de alguna boda realizada en la catedral fue interrumpida por los grupos obreros, cuyo "número creciente de clubes políticos ubicados en la parte central de la ciudad evidencian desmanes" (78).

- Funciones religiosas:

La plaza principal mantuvo durante este período su predominio como centro religioso de la ciudad. Como es lógico, el hecho de estar ubicada frente a la iglesia matriz, señalaba para ella un obligado tránsito de las procesiones sagradas que se efectuaban en La Serena.

Las celebraciones religiosas antiguas se mantuvieron durante el período republicano, entre ellas, la más importante siguió siendo la del Corpus Christi.

A continuación se citará una reseña publicada por La Revista Coquimbana, sobre la fiesta del Corpus de 1867:

"La fiesta del Corpus ha sido solemnizada espléndidamente, una numerosa concurrencia llenaba la espaciosa plaza de la Catedral, para acompañar la solemne procesión que se hace en esta festividad. A las doce i media salió la procesión que escoltaban todas las corporaciones civiles de la ciudad, i el batallón cívico. Para dar más realce a este acto religioso, el señor Contraalmirante peruano, señor Valle Riestra, asistió con parte de su brillante estado mayor. El señor Intendente D. Ramón Astaburuaga, dio en seguida una magnífica mesa de once al señor almirante i a su oficialidad...

"Los cónsules de Francia, Inglaterra i Perú asistieron a esta solemnidad" (79).

En 1872, llamó la atención que en la procesión del Corpus unos marinos ingleses se arrodillaron "modestos en medio del concurso i en presencia del Sacramento" (80).

Habitualmente en los costados de la plaza de La Serena, se levantaban cuatro altares los que "rivalizaban en riqueza de adornos i elegancia" para estas ocasiones (81).

En La Serena existía la costumbre de celebrar las festividades religiosas en las iglesias de San Francisco, de Santo Domingo, de la Merced, de Santa Inés, etc., para luego efectuar una procesión a través de la ciudad, terminando el acto en la catedral. Pero también existía la costumbre contraria, es decir, celebrar el oficio en la catedral para luego ir visitando a las demás iglesias.

En abril de 1871, el obispo de La Serena, ante el despojo realizado por el rey Victor Manuel de los Estados Pontificios papales, decidió officiar una: "solemnidad expiatoria". Con tal propósito, se celebró una eucaristía en la Iglesia de San Francisco, para que posteriormente saliera una "numerosa y lucida procesión" recorriendo los cuatro costados de la plaza principal. El acto terminaría horas después en la catedral (82).

En 1872 y debido a las difíciles relaciones por las cuales estaban atravezando la Iglesia y el Estado, el obispo de La Serena decidió realizar unas rogativas públicas para implorar la misericordia divina (83). Los actos presididos por el obispo tuvieron inicio en la catedral para luego dirigirse a las iglesias de Santo Domingo, San Agustín y la Merced.

En la década de los ochenta, se comienza a evidenciar en los serenenses un paulatino distanciamiento hacia la Iglesia Católica. Tal es así, que después de la procesión del Corpus de 1882, se mencionó que durante la solemnidad hubo algunas personas paseándose por la plaza o que simplemente permanecieron en las puertas de calle "con sus sombreros muy encasquetados" (84).

En los últimos años del siglo XIX se produjo una disminución en la manifestación de la religiosidad popular. En 1890 la polémica desatada entre católicos y protestantes surgió por la instalación de la primera iglesia disidente en la ciudad: la Iglesia Metodista Episcopal de Chile, la cual, procurando estar al nivel de la romana se instaló en la calle Catedral Nº 165 (85). Esta iniciativa religiosa protestante es perfectamente explicable por cuanto en La Serena era inexistente, hasta ese entonces, un lugar apropiado para los servicios religiosos de quienes profesaban este culto.

Finalmente, pueden destacarse dos factores influyentes en la disminución de la religiosidad de la población. Uno de ellos fue el liberalismo europeo, que por vía de los franceses e ingleses en general se introdujo en la ciudad. (Periódicos como La Reforma o El Coquimbo son muestra de ello). El segundo factor lo constituyó la influencia ejercida por los movimientos radicales y la masonería, que prendieron fuertemente en La Serena durante la última mitad del siglo XIX, socavando el "tradicionalismo" o "conservadurismo" en las costumbres de la región.

- Funciones Cívicas.

Durante el siglo XIX, las fiestas patrias constituyeron la principal festividad pública celebrada en la plaza de La Serena. En importancia, le siguieron los aniversarios del 21 de mayo, las victorias de Maipú y Chacabuco, y algún centenario, como aquel celebrado en honor a San Martín en febrero de 1878. Comúnes a todas estas celebraciones fueron las retretas musicales y las misas o Te Deum oficiados en la Iglesia Catedral.

Las fiestas patrias, durante la década de 1850-1860, tuvieron en su programación el encendido de fuegos artificiales, siendo un propósito constante en la autoridad, que fueran de mejor calidad cada año.

A partir de la década de los sesenta, el batallón cívico -al margen de interpretar las piezas musicales- fue instruído para que efectuara algunas descargas de armas, cuando todavía en esos años, las celebraciones duraban tres o cuatro días.

Entre los años 1870-1880, las fiestas que tuvieron lugar en la plaza comenzaron a realizar bailes en un tabladillo especialmente levantado para esas ocasiones. Desde 1890, hacen su aparición los bomberos quienes realizaron sus "revistas jenerales" en la plaza principal (86). En tanto, que la revista y parada militar del regimiento cívico, comenzó a efectuarse en la llamada Pampilla aproximadamente desde 1889. La última variación importante la constituyeron en 1893, la aparición de "unos carros alegóricos con antorchas" (87).

Se cita a continuación un programa de festividades:

Fiestas del proximo diez y ocho

DIA 17

Al son de la música se enarbolará al salir el sol la bandera Nacional al frente de todos los edificios públicos y particulares.

Por la noche habrá iluminación jeneral, fuegos artificiales en la plaza y la banda de música tocará piezas adecuadas al día.

DIA 18

Al salir el sol se cantará la Canción Nacional en el jardín de la plaza, y la brigada de policía y parte del batallón cívico hará algunas descargas.

A las diez del día Misa de Gracia en la Catedral, después de la cual tendrá lugar la distribución de premios de los alumnos y alumnas de las escuelas públicas en el Teatro de esta ciudad.

Al ponerse el sol habrá nuevas descargas de la misma tropa y los mismos alumnos y alumnas cantarán la Canción Nacional en el jardín de la plaza.

En la noche iluminación jeneral, fuegos artificiales en la plaza, durante los cuales tocará la banda de música.

DIA 19

Paseo a la Pa-pilla, iluminación jeneral por la noche y retreta por la banda de música.

Programación de las fiestas patrias del año 1866 en la ciudad de La Serena.

Fuente: El Correo de La Serena Nº 878 de septiembre de 1866.

Durante los festejos de Navidad y del Año Nuevo, la plaza carecía de interés por parte de los serenenses. Un ejemplo de lo que se ha afirmado se encuentra incluso en el año 1900, cuando se decía: "Puede decirse que la Pascua de Navidad paso aquí desapercibida, pues fuera de la retreta que la banda de músicos ejecutó en la plaza la Nochebuena i el 25 el cariño no pasó a más". "Hubo, también misa de gallo en varias iglesias..."

"Fuera de esto, no tenemos noticia de alguna otra fiesta..." (88).

- Funciones recreativas.

Durante las últimas dos décadas del siglo XIX pueden percibirse los cambios más significativos experimentados en la plaza. En este sentido, resulta interesante observar cómo se fueron transformando las actividades recreativas de los serenenses en éste lugar, quienes con una preocupación estética urbana, se vieron incentivados para utilizar con nuevas modalidades éste espacio urbano.

Acondicionada como paseo público con la colocación de árboles, de losa para un cómodo tráfico, de sofás y alumbrado, la plaza fue visitada regularmente, y al igual que la Alameda, sólo durante las tardes de primavera y verano. Fue en estos paseos, donde los serenenses estrenaron las "modas nuevas que señala la Independencia belga en su último número"...así hicieron gala de sus mejores trajes (89).

Las retretas musicales interpretadas al atardecer fueron el principal atractivo de la plaza. Las presentaciones realizadas por la banda de música, la cual a veces escasamente poseía sus trajes y unos pocos instrumentos encargados a Santiago, ofrecían al público asistente diversas piezas de música, como valeses y marchas militares.

Un periódico efectuaba el siguiente comentario en 1880:

"La Plaza de Armas se veía como un jardín. Niñas de todos colores políticos, sociales i faciales, daban viva animación a nuestro paseo favorito de vacaciones" (90).

La necesidad de ornamentar mejor la plaza, puso en actividad a las señoras y señoritas de la ciudad para que fuesen organizando allí bazares y kermesses. Estos eventos realizados sólo a partir de la década de 1890, hicieron necesaria la colocación de kioskos especiales o carpas. Adornados con flores, gallardetes, faroles chinoscos y cenefas, estas carpas eran atendidas por las damas de la ciudad. La venta de flores, refrescos y dulces, constituía un estímulo complementario en estas ocasiones especiales (91).

Durante estos años y en forma esporádica llegaron a la ciudad diversos grupos acrobáticos, quienes realizaron sus presentaciones en la plaza. Eventualmente también y durante algunas noches fueron organizadas presentaciones pirotécnicas con gran entusiasmo del público asistente.

Se observa que las influencias extranjeras y el romanticismo europeo se dejaron sentir fuertemente en el goce espiritual que los serenenses experimentaban en relación a la plaza:

"Con la estación primaveral, los jardines de la plaza están hermosísimos.

"Una exuberante vegetación prodiga sus encantos en forma de bellas flores, de brillantes matices i de perfumes delicados".

"En las últimas horas del día, allá a la puesta de sol, se respira en las avenidas de ese paseo encantador, orgullo de nuestra ciudad, un ambiente saturado de suaves aromas".

"La plaza empieza a ser nuevamente el paseo favorito de las familias, el rendez vous de la sociedad elegante" (92).

Para concluir lo referente a las funciones que desempeñó la plaza durante el período, es necesario mencionar que este lugar, salvo excepciones, como aquellas en que se celebraban festividades sacras y cívicas, raras veces fue muy concurrido. A nuestro parecer, este fue un rasgo peculiar que diferenció a La Serena de otras ciudades, tales como Concepción o Chillán, donde comúnmente la plaza fue el centro principal de sociabilidad de la población citadina.

2.2.2 La Alameda y las Plazuelas.

Otros espacios urbanos que asumieron características particulares y de uso masivo durante este período fueron la Alameda y las plazuelas.

La Alameda serenense sirvió principalmente como un lugar de paseo y lucimiento general de los serenenses (93), como un sitio de juegos infantiles, tales como la rayuela, o de lugar para ejercitarse en los velocípedos. Durante la época de Navidad, la Alameda presentaba un alegre aspecto con las ramadas, donde se bailaba al son del arpa y la vihuela, (94) y en la época estival con la banda de música, que realizaba también regularmente sus presentaciones (95).

De la misma forma, las plazuelas, servían de complemento espacial a una iglesia y a la recova. Con el tiempo aquellas fueron acondicionadas para el uso de los habitantes de la ciudad y se constituyeron en lugares donde también la banda de música podía agradar a los presentes:

"En lo sucesivo la banda de música tocará retreta los días martes, jueves i domingo en la Comandancia Jeneral de Armas, repitiendola en seguida los martes en la plazuela de la Merced i los jueves i domingos en la de San Agustín" (96).

2.2 Los espacios cerrados en la sociabilidad serenense.

Entre los espacios cerrados, la recova era muy visitada a fin de cada año por todos los grupos sociales.

En 1894 se decía:

En la noche Buena la Recova estuvo muy concurrida.

El edificio estaba bien adornado con arcos y coronas de verdura, banderolas y gallardetes, y la banda de música ejecutó algunas piezas escogidas.

Esta ha sido la única celebración de las fiestas de Pascua, las que por otra parte han transcurrido sin novedad" (97).

El Teatro desde su inicio fue un centro que presentó piezas de ópera, funciones dramáticas y zarzuelas y hasta la instalación de los clubes en 1866, fue escenario de bailes y funciones de beneficencia, tales como la realizada en 1875 para ayudar a la Compañía de Bomberos (98).

Recaredo Tornero hizo mención que durante la década de 1860, La Serena poseía un sólo club; el llamado Club de La Serena, el cual: "Se organizó el 10 de junio de 1866, bajo pobres auspicios, pero ha llegado a tomar tan rápido incremento que actualmente tiene numerosos socios y arrienda un local excelente en la calle Cienfuegos a pequeña distancia del frente del mercado de abastos" (99).

En 1875 se inició la formación del Club Musical con la intención de imitar a las más importantes ciudades de la República: "aún en las que en categoría están mucho más abajo de la nuestra" (100). Esta idea daría sus primeros frutos en 1877.

José Claverol, Edmundo Menard, Miguel de Tiffou y Joaquín E. Gómez, fueron los encargados de formar un club de gimnasia, en 1877, del cual no se encontraron mayores antecedentes.

En la década de los noventa se creó la Sociedad Filarmónica, siendo inaugurada "una espléndida tertulia", en 1894 (101).

Al año siguiente quedó legalmente instituída por decreto del Ministerio de Hacienda, la Sociedad Anónima denominada Club Hípico de La Serena (102). En este club se llevarían a cabo las carreras ecuestres y las competencias atléticas durante las épocas de primavera y verano, cuya temporada empezaba con la celebración de las fiestas patrias.

Otro de los clubes de esta época fue fundado por la colonia alemana residente en la ciudad (103).

En 1895, se instaló el Club de Tiro al Blanco, al oriente de la hacienda "Alfalfares", de los señores Marín y en las faldas del cementerio, donde se podía llegar por medio de los carros urbanos. Este club estuvo relacionado con otro ya existente en la capital, siendo autorizados por el Ministerio de Guerra, el uso de fúsiles y municiones (104).

En 1899 aproximadamente, Ricardo Latcham y Tomás Osandón formaron el Círculo Científico Literario, que mantuvo el impreso denominado La Revista del Norte (105).

Un club, esta vez de carácter político, fue proyectado en abril de 1900: "Algunos obreros entusiastas i amantes del progreso agitan actualmente la idea de fundar un Club que sea un centro de sociabilidad i de unión entre los obreros i también que sirva al mismo tiempo para levantar al nivel moral e intelectual de las clases trabajadoras (106).

Una modalidad diferente de encuentros sociales fueron:

Las denominadas "matinée", efectuadas en los barcos que se encontraban surtos en el puerto de Coquimbo (107) y a los cuales asistían numerosas familias de La Serena y del puerto (108). Así, a bordo del "Capitán Prat" en 1897 se efectuó la siguiente reunión:

"Esta matinée se desarrolló el domingo 4 de julio en la rada del puerto de Coquimbo. A ella asistieron miembros de la sociedad de Coquimbo y La Serena, allí los invitantes hicieron honor con exquisita galantería y amabilidad a las señoras y señoritas asistentes a esta gran fiesta" (109).

También los circos presentaron sus espectáculos en La Serena a partir de la década de 1870. Por regla general, estos espectáculos fueron siempre bastante concurridos. Famosos en su paso por la ciudad de La Serena fueron el Circo Inglés, el Circo Nelson y el Circo Imperial Brasileiro, entre otros.

Los cafés y los salones de baile del Hotel Francia, del Hotel La Serena y del Club de La Serena, fueron muy concurridos en éstas décadas. Hacia 1896 había nueve cafés en las principales calles de la ciudad, entre los más nombrados estaban los ubicados en la Alameda, Cantournet, Cienfuegos, Merced, O'Higgins, entre otros, cuyos dueños eran Mauricio Flores, Margarita Martini, Clorinda Peralta, Antonio Varas y Nicolás Mery, respectivamente (110).

Finalmente, queremos destacar la adopción en la ciudad y como producto de la influencia extranjera de los deportes de moda: el "football" y las "carreras atléticas".

Un ejemplo de la popularidad del deporte inglés, fue la creación en 1897 del "O'Higgins Football Club", en cuyo directorio se encontraban Ricardo Latcham y Enrique Gantes (111). Los partidos se jugaban en el llano del cementerio y los jugadores eran predominantemente de origen inglés:

"El domingo 15 del presente a las 12 1/2 PM. tendrá lugar un bonito desafío entre el Club Coquimbo i el Sportin de La Serena, el cual anunciamos que se llevará a efecto con todas las reglas, i el público gozará más que de costumbre" (112).

Por Coquimbo jugaban Alfredo Steel, A. Chirgwin, O. Thomas y J. Mac-Auliffe. Por La Serena participaba Ricardo Latcham, J. Inch y Juan Chirgwin, entre otros (113).

Por otra parte, las carreras atléticas se verificaban en los llanos del cementerio, en el hipódromo o bien en la Alameda. Durante las fiestas patrias, en ellas participaban los estudiantes de los liceos y colegios de la ciudad.

Para el dieciocho, las carreras a la chilena se hacían en la Pampilla, en los llanos de Guayacán o también, en el Molle, pueblito situado camino a Elqui, al interior de La Serena.

2.3 Diversiones de la población de La Serena.

En esta última parte de nuestro estudio hemos querido mirar y reflexionar sobre los serenenses y su vivir diario. Hablaremos de sus juegos, sus pasatiempos y - como lo ha denominado el profesor Hernán Cortés, de la Universidad de La Serena - sobre la "vida cotidiana".

Durante los veranos la ciudad yacía vacía. Las familias veraneaban en los Baños de Socos, al sur de Tongoy o "en la mansa rivera de Coquimbo". En la época estival era habitual que se prefiriera permanecer en la bahía de Guayacán, en la playa de la Herradura o en los fundos próximos a la costa (114).

En 1888 se inauguró en La Serena un nuevo paseo veraniego en un lugar denominado Chalet. Una crónica de prensa describía este lugar así: "Ahí se encuentra todo lo necesario a esta clase de establecimientos con una ventaja de la pureza del aire y la hermosa vista de que se puede gozar a orillas del mar... a nuestro juicio el paseo de moda durante el tiempo que queda de verano". El Chalet tenía treinta casuchas, quince para señoras y quince para caballeros, que ofrecían las comodidades necesarias para los bañistas. El baño tenía un precio de 10 centavos y hasta él se podía llegar ya fuera por medio del transporte urbano o por carruaje. Y, para aquellos que no tuvieron ropa adecuada, se instaló un kiosko donde se alquilaba ropa y se vendían refrescos (115).

En diciembre de 1890 se inauguraron los Baños Termales del Toro, hotel que según su empresario, disponía de bodegas bien provistas, cantina surtida de conservas, licores y vino. Mientras que, Sebastián Santandreu abrió al público en 1893:

"tres nuevos baños de natación que he hecho en mi quinta, próxima a la estación del ferrocarril" (116).

Un señor Carmona y Ca, abrió otro lugar para tomar baños: "que tienen toda clase de comodidades para personas de ambos sexos (117).

A fines de la centuria, aproximadamente desde 1896 en adelante, se pusieron de moda los paseos campestres. Hemos logrado constatar seis lugares que usaba la sociedad serenense, pero no nos atrevemos a confirmar que estos hayan sido los únicos.

Estos paseos campestres se hacían para festejar algún evento importante para la ciudad, como por ejemplo, la adquisición que hizo el estado del ferrocarril de Coquimbo en 1896; entonces realizó un paseo a la chacara llamada de Charpentier y otro a la Chácara del señor Vicente Flores. Este último paseo, tuvo por organizadores a varios jóvenes obreros, siendo la única vez que hayamos observado esta iniciativa de parte de este grupo. Al respecto, parece oportuno precisar que según la documentación, en general eran las familias acaudaladas las que podían salir de veraneo, o hacer toda clase de paseos a Chalet, a las termas, en fin, al sitio que mejor les pareciera (118).

En 1898, se realizó un paseo por los miembros del "Serena Sporting Club" - nótese la influencia extranjera - a San Isidro, lugar situado en la margen norte del río Elqui, a un kilómetro del pueblo de Vicuña, según la descripción de Luis Risopatrón (119). En este paseo de "futbolistas se hicieron algunas carreras, no sabemos si fueron pedestres o en caballos (120). En 1899, el señor José Luis Coe convidó a su fundo llamado del Olivar* a numerosas familias de La Serena a quienes les ofreció un muy bien servido "ambigú" con abundancia de fiambres, dulces, refrescos y licores escogidos (121).

*El fundo del Olivar poseía 85 há.s. y se encontraba en la margen norte del curso inferior del río Elqui, entre las estaciones de la Compañía y del Islón.

Tanto cualitativa como cuantitativamente, resulta muy difícil calcular la real dimensión histórica de esas reuniones, pues no hay datos sobre el número de personas que asistían a estas invitaciones.

En todo caso se puede precisar que las entretenciones más comunes de la población serenense eran las chapitas, la rayuela, el volantín, el trompo y la chaya durante el verano, que eran practicadas por niños y a veces también por los adultos. Mientras que los adultos se distraían con los juegos de cartas y apuestas, las riñas de gallos, las chinganas, algunos bailes y tertulias.

Hay constancia que en el año 1849, se jugaba en "muchas casas", y a "todas horas del día y la noche" a los naipes y a la "cabra", que era una variante del juego de dados (122). Junto a la testamentaría del presbítero Don Lorenzo Alday, había un lugar de riñas de gallos.

También, existía en 1859, en el "Hotel La Estrella", cuyo dueño era José M. Reeve, tenía en sus establecimiento una "excelente mesa de villar" (123). En tanto que las pulperías de la Alameda vivían desórdenes de funestas consecuencias a causa del licor y del juego (124).

Lejos del centro de la ciudad de La Serena, había hacia 1867, "ciertas casas... en las cuales se oyen tocar "cuecas" permanentes desde el alba hasta las oraciones... Entendemos que es reunión de haraganes cuyo oficio es muy difícil de explicar" (125).

Entre tanto, se consideraba una verdadera plaga a las chinganas, lugares populares donde se bailaba, cueca o zamacueca, se bebía y jugaba en los barrios serenenses (126).

En honor a la verdad, debemos decir que a fines del siglo XIX y principios del XX, La Serena tenía prostíbulos "de categoría". Por entonces se encontraba insólito e imprudente, que estas "niñas alegres": "salieran de sus casas para ir a codearse con las señoritas decentes a la plaza de armas" (127).

Otra de las entretenciones más populares de La Serena en los meses de verano, era el juego de la chaya. De la práctica de este juego hay constancia en muchas ciudades chilenas, tales como San Felipe, Los Andes, Santiago, Talca y otras. En La Serena, la chaya era realizada antes del período de cuaresma y en los días que precedían al miércoles de ceniza, formando parte del carnaval con que se daba término al verano. Entonces la juventud se entretenía tirando agua o pepelitos picados de los cuales nadie, ni aquellas "señoras que pasaban por cualquier calle", quedaban a salvo. Con el correr de los años, al agua se le puso "olores" y se jugaba también, con "polvos de arroz o harina". Calificada de "bárbaro", "impropio de una ciudad culta", el juego de la chaya no pudo ser extirpado, pese a la vigilancia de la policía local y a los bandos prohibitivos de los alcaldes.

El centro de este juego era la plaza de armas, como describe un poema:

"En las noches de chaya
llueven las flores,
i con ellas mil dudas,
frases de amores" (128).

En 1899 una descripción de este juego decía que:

"Con menos entusiasmo que en años anteriores ha dado principio al tradicional juego de la chaya".

La plaza de armas es el lugar en donde se da cita la sociedad elegante i es ahí únicamente en donde reinan los papeletos picados, serpentinas, mariposas, ramilletes, etc... (129).

El volantín permaneció como uno de los pasatiempos favoritos en La Serena, aunque no por ello menos atacado por las autoridades, siempre preocupadas del telégrafo, las tejas de las casas, los animales de tránsito y de las riñas que algunas veces se producían después de una comisión (130).

Una realidad fue común a los juegos de La Serena, pues toda actividad que se hiciera en las calles y en las veredas fue siempre mal vista *. La presencia de "futbolistas" a finales del siglo jugando en la vía pública fue siempre atacada por la policía (o por los "pacos" como habitualmente se les llamaba en la prensa).

* Habitualmente, en los diarios se hace referencia a guardar las buenas costumbres y comportamiento de la "población decente" de la ciudad.

Quizás por ello, era preferida la vida al interior de las casas.

De cualquier forma, la gente se las ingeniaba para pasar el tiempo libre en forma alegre ya fuera públicamente o al interior de sus casas.

Sobre esto último, queremos efectuar algunos comentarios. Don Fernando Moraga, actual director del diario El Día de La Serena, nos afirmaba tiempo atrás, que la vida social de la ciudad, entre 1850 y 1900, se desarrollaba al interior de las casas. Los patios eran amplios para ello y por tanto, la plaza aún no tenía la función de paseo público que había adquirido en otras ciudades chilenas (131).

En síntesis, nuestra investigación permite concluir que, la recreación privada fue la tónica real de lo cotidiano en los habitantes de La Serena, quienes preferían los espacios de sus casas, de sus fundos, quintas y playas, en vez de manifestar su sociabilidad en las calles y paseos de la ciudad. Esto no debe asombrarnos, pues si observamos los actuales espacios abiertos, con excepción del Parque Pedro de Valdivia, continúan siendo los mismos de antaño. Los serenenses han conservado un estilo colonial, son amantes de una vida tranquila y en estrecho contacto con la naturaleza que les rodea.

NOTAS CAPITULO II

- (1) Emiliano Gallardo, Crónicas y Siluetas, op.cit. p. 4.
- (2) La Revista Coquimbana N° 265, agosto 1 de 1868.
- (3) Manuel Concha, Crónica de La Serena, op.cit. p. 203.
- (4) Censo Jeneral de la República de Chile, 1875. Santiago, 1875.

Provincia de Coquimbo, Censo de 1875

Profesiones

Departamento de La Serena

Agricultores	859
Arrieros	317
Cocineros	622
Comerciantes	398
Lavanderas	999
Mineros	2.329
Sastres y Costureras	1.484
Sirvientes	644

- (5) Fotos: Oficina Central de Partes, Archivo y Microfilm, Universidad de Chile.
- (6) El Progreso N° 150, mayo de 1875.

- (7) Aníbal Echeverría, Geografía Descriptiva de Chile. op.cit. p. 255 y siguientes.
- (8) Las subdelegaciones rurales del departamento de La Serena eran: Los Choros, La Higuera, Arqueros, Cutún, Saturno, Algarrobito, La Compañía, La Pampa y Barranca del Mar.
- (9) Dirección de Estadísticas y Censos. Censo de la República de Chile, 1907.p. 178.
- (10) Julio Heise, "El caciquismo político en el período parlamentario". En Homenaje a Guillermo Feliú Cruz, pp. 537-575.
- (11) El dueño del Hotel Central de La Serena, Guillermo Schaffner, llegó al grado de mantener una enredadera de copihues en su jardín, planta muy difícil de aclimatar en otras regiones que no sea la Araucanía: "Si llega a hacerse fácil su cultivo habremos obtenido una linda planta que servirá de adorno a nuestros jardines". El Coquimbo N° 3.264, febrero 8 de 1900.
- (12) El Correo del Sábado N° 100, marzo 8 de 1873.
- (13) El Coquimbo N° 2.433, agosto 23 de 1894.
- (14) El Coquimbo N°3.160, junio 3 de 1899. Este aviso apareció un año completo en el periódico.
- (15) Recaredo Tornero , Chile Ilustrado, op.cit. pp. 241-242.

- (16) El Eco de Coquimbo N° 14, octubre 3 de 1849.
- (17) El Correo del Sur N° 1.141, Concepción, agosto 13 de 1859.
- (18) El Obrero N° 9, noviembre 30 de 1892.
- (19) El Liceo de Hombres de La Serena fue terminado en 1886.
- (20) El Coquimbo N° 1.770, septiembre 10 de 1889.
- (21) Enrique Espinoza, Geografía Descriptiva de Chile, Santiago, 1903, p. 151.
- (22) La Revista Coquimbana N° 35, octubre 24 de 1867.
- (23) La Reforma N° 4, junio 8 de 1869.
- (24) El Correo del Sábado N° 89, diciembre 21 de 1872.
- (25) El Correo de La Serena N° 552, enero 17 de 1865.
- (26) El Porvenir N° 1, junio 1 de 1850.
- (27) Archivo de la Intendencia de Coquimbo. Vol. 402. Acta Municipal del 19 de mayo de 1863, f.j.s. s/n.
- (28) Id.
- (29) Id.

- (30) El Correo de La Serena N° 573, junio de 1865.
- (31) Id.
- (32) El Coquimbo N° 3.266, febrero 13 de 1900 y N° 3.271, febrero 24 de 1900. El directorio de la Empresa de Luz Eléctrica, estaba conformado por José Luis Coe, C.A. Johansen, Justiniano Moax, Juan Chirgwin y Néstor Iribarren.
- (33) "El Ferrocarril de Coquimbo a La Serena empezose a construir en 1861, siendo inaugurado con gran solemnidad el 12 de abril de 1862. El primer tren entre Coquimbo y La Serena, corrió el 28 de diciembre de 1862, de Coquimbo a Las Cardas el 2 de noviembre de 1865 y de Coquimbo a Ovalle el 27 de diciembre de 1868". Gallardo, Emiliano. Crónicas y Siluetas, op.cit. p. 7.
- (34) Recaredo Tornero, Chile Ilustrado, op.cit. p. 256.
- (35) La Reforma N° 2.924, marzo 4 de 1888.
- (36) Id.
- (37) Id.
- (38) Eugenio Chouteau, Informe sobre la provincia de Coquimbo, op.cit. p. 38.
- (39) La Reforma N° 2.929, marzo 15 de 1888 y N° 2.933, marzo 24 de 1888.

- (40) El Coquimbo N° 3.055, septiembre 24 de 1898.
- (41) Manuel Concha, Crónica de La Serena, op.cit. p. 167. Un acto municipal del 27 de marzo de 1862, señala que a propósito de la necesidad de conseguir árboles para adornar la Alameda, se aprovechara la ocasión para encargar algunos para el ornato de la plaza y jardín. Archivo de la Intendencia de Coquimbo. Vol. 402, f.j. s/n.
- (42) El Correo de La Serena N° 288, diciembre 10 de 1859 y N° 387, noviembre 7 de 1867.
- (43) El Correo de La Serena N° 397, enero 16 de 1862.
- (44) La Revista Coquimbana N° 8, julio 10 de 1867.
- (45) Id. N° 11, agosto 10 de 1867.
- (46) Id. N° 109, enero 18 de 1868.
- (47) La Reforma N° 213, octubre 8 de 1870.
- (48) Id.
- (49) Recaredo Tornero, Chile Ilustrado, op.cit. pp. 244-245.
- (50) La Diócesis N° 20, agosto 26 de 1882.
- (51) Id. N° 27, octubre 12 de 1882.

- (52) La Reforma N° 2959, mayo 29 de 1888.
- (53) El Coquimbo N° 1.805, diciembre 5 de 1889.
- (54) Id., N° 2.848, mayo 18 de 1897.
- (55) El Correo de La Serena N° 397, enero 16 de 1862.
- (56) Id., N° 423, julio 22 de 1862.
- (57) Id., N° 451, febrero 10 de 1863.
- (58) Id., N° 461, abril 21 de 1863. El préstamo a que nos estamos refiriendo ascendió a la suma de \$20.000. y fue solicitado a don Agustín Edwards, dueño del Correo de Valparaíso, quien abriría una sucursal en La Serena en 1888 en la calle Catedral N° 159.
- (59) Id., N° 506, marzo 22 de 1864.
- (60) El Norte N° 13, diciembre 31 de 1868.
- (61) Recaredo Tornero, Chile Ilustrado, op.cit. p. 244.
- (62) La Reforma N° 2.990 y 2.991 del 11 y 14 de agosto de 1888. El cálculo plivismétrico que se hizo entonces (según la versión de este periódico) ascendió a 237 milímetros en 9 días, cantidad absolutamente anormal para esta región.

- (63) El Coquimbo N° 1.667, enero 8 de 1889.
- (64) Id., N° 2.896, septiembre 7 de 1897.
- (65) Id., N° 3.191, agosto 15 de 1899.
- (66) Véase de Raúl Irarrázabal. Arquitectura Chilena. Ediciones Nueva Universidad. U. Católica, Santiago 1978, p. 52. De Mirtha Trautmann, La Plaza Chilena... op.cit., pp. 20-22.
- (67) El Correo de La Serena N° 461, abril 21 de 1863.
- (68) Id., N° 449, enero 27 de 1863.
- (69) La Diócesis N° 68, agosto 1 de 1883.
- (70) El Coquimbo N° 2.190, enero 21 de 1893.
- (71) La Revista Coquimbana N° 3, junio 15 de 1867.
- (72) Panfleto publicado por El Correo de La Serena, octubre 6 de 1865.
- (73) El Norte N° 18, enero 12 de 1869.
- (74) El Progreso N° 7, noviembre 9 de 1874.
- (75) El Coquimbo N° 1.698, marzo 23 de 1889.

- (76) El Coquimbo N° 1.734, junio 18 de 1889.
- (77) Id., N° 2.191, enero 24 de 1893.
- (78) Id., N° 2.711, junio 25 de 1896.
- (79) La Revista Coquimbana N° 4, junio 22 de 1867, p. 47.
- (80) El Correo del Sábado N° 60, junio 1 de 1872.
- (81) La Revista Coquimbana N° 5, junio 29 de 1867.
- (82) El Correo del Sábado N° 1, abril 5 de 1871.
- (83) Id., N° 57, mayo 11 de 1872.
- (84) La Diócesis N° 9, junio 10 de 1882.
- (85) El Coquimbo N° 1.852, marzo 7 de 1890.
- (86) Id., N° 1.924, septiembre 13 de 1892.
- (87) Id., N° 2.290, septiembre 14 de 1893. Cabe señalar que también en esta época aparecen como manifestaciones públicas los lanzamientos de globos y las canciones interpretadas por los alumnos de las escuelas públicas.
- (88) Id., N° 3.398, diciembre 27 de 1900.

- (89) La Revista Coquimbana N° 89, diciembre 20 de 1867.
- (90) El Nuevo Ferrocarril N° 33, enero 8 de 1880.
- (91) El Coquimbo N° 2.795, 2.797, 2.812 y 2.815, de enero y febrero de 1897.
- (92) Id., N° 3.367, octubre 13 de 1900.
- (93) La Reforma N° 223, noviembre 1 de 1870.
- (94) Id., N° 89, diciembre 25 de 1869.
- (95) El Correo del Sábado N° 34, diciembre 2 de 1871.
- (96) La Diócesis N° 488, marzo 30 de 1887.
- (97) El Coquimbo N° 2.484, diciembre 27 de 1894.
- (98) El Progreso N° 128, junio 30 de 1875.
- (99) Recaredo Tornero, Chile Ilustrado, op.cit. p. 256.
- (100) El Progreso N° 188, agosto 16 de 1875.
- (101) El Coquimbo N° 2.443, septiembre 15 de 1894.
- (102) Id., N° 2.493, enero 17 de 1895.
- (103) Id., N° 2.983, abril 5 de 1898 y N° 3.308, de mayo 24 de 1900.

- (104) La Reforma N° 1.001, junio 17 de 1895.
- (105) El Coquimbo N° 3.180, julio 20 de 1899.
- (106) Id., N° 3.291, abril 21 de 1900.
- (107) Id., N° 2.736, agosto 22 de 1896.
- (108) Id.
- (109) Id., N° 2.869, julio 6 de 1897.
- (110) A.J. García, Güfa Jeneral Ilustrada de la Provincia de Coquimbo, op.cit. p. 74 y siguientes.
- (111) El Coquimbo N° 2.871, julio 10 de 1897.
- (112) Id., N° 2.886, agosto 14 de 1897.
- (113) Id.
- (114) Id., N° 1.670, enero 14 de 1889 y N° 1.799 de noviembre 21 de 1889.
- (115) Id., N° 1.799.
- (116) Id., N° 2.184, enero 7 de 1893.
- (117) Id., N° 2.322, diciembre 2 de 1893.

- (118) Id., N° 2.642, enero 11 de 1896 y N° 2.045, enero 18 de 1896.
- (119) Luis Risopatrón, Diccionario Geográfico de Chile, p. 804.
- (120) El Coquimbo, N° 3.232, noviembre 23 de 1899.
- (121) Luis Risopatrón, Diccionario ..., op.cit. p. 603.
- (122) El Eco de Coquimbo N° 3, agosto 9 de 1849.
- (123) El Correo de La Serena, N° 274, septiembre 6 de 1859.
- (124) Id., N° 452, febrero 17 de 1863.
- (125) La Revista Coquimbana N° 29, octubre 17 de 1867.
- (126) El Correo del Sábado N° 28, octubre 21 de 1871.
- (127) El Coquimbo N° 3.315, agosto 18 de 1901.
- (128) La Reforma N° 3.958, febrero 27 de 1895.
- (129) El Coquimbo N° 3.915, febrero 14 de 1899.
- (130) Una "comisión", es la competencia que realizan los jugadores del volantín. En este juego, la comisión consiste en cortar el hilo del contendor. Para ello debe utilizarse hilo curado.
- (131) Queremos expresar nuestra gratitud al señor Fernando Moraga, quien gentilmente nos brindó algunos minutos de su tiempo un día que lo encontramos en el Museo de La Serena, en mayo de 1987. (El Sr. Moraga ha sido llamado el "cronista de la ciudad" de La Serena).

Consideraciones finales.

De nuestro estudio se desprende que La Serena mantuvo desde su fundación y hasta la década de 1860 una raigambre cultural hispánica. Su estructura urbana, sus costumbres cíviles, religiosas y aquellas de carácter recreativo lo evidencian claramente.

A partir de la consolidación de la República y más específicamente, desde la década de 1850, La Serena comenzó a recibir influencias culturales de otras naciones europeas que fueron transformando y renovando el comportamiento de sus habitantes. Surgió así una creciente preocupación estética que permitió la remodelación y construcción de nuevos edificios, acordes con los estilos arquitectónicos imperantes, al igual, que el cuidado y hermosamiento de la ciudad por parte de las autoridades edilicias. Es preciso consignar que el 18 de mayo de 1857 se plantaron los primeros árboles en la plaza de La Serena, debido a la iniciativa del Intendente Francisco Solano Asta-buruaga, quien había regresado de Estados Unidos donde observó este nuevo estilo de plazas:

"... en cuya república acababa de reconocer la gran ventaja higiénica que reportaba a los habitantes de las ciudades las plantaciones de árboles en las plazas públicas y calles anchas (llamadas allí "avenidas" como en Francia "bulevares") (1).

Según esta información, las autoridades de La Serena habrían precedido a las de Valparaíso en estos intentos de transformar el micropaisaje urbano y posiblemente sea esta ciudad, la primera en adoptar los lineamientos europeos. La iniciativa privada en cambio, sólo se manifestaría hacia la década de 1880 aproximadamente.

En los aspectos recreativos, hubo en La Serena a nuestro parecer, dos procesos paralelos entre 1860 y 1900. Por una parte, la visita y acercamiento de extranjeros y posiblemente los viajes de algunos vecinos serenenses, produjeron una transformación valórica en las costumbres públicas y privadas de los habitantes de la ciudad, originando cambios en los modos de entretención. Aparecieron así, los clubes culturales y políticos, el Club Hípico, los clubes gimnásticos, etc., que fueron herencia de la ilustración del siglo XVIII y del liberalismo europeo del siglo XIX. Junto a ello, se comenzó a experimentar un sentimiento anticlerical y un tono displaciente hacia la religiosidad y mentalidad política tradicional; aspectos que fueron adoptados preferentemente por la elite serenense que propiciaba las transformaciones, los adelantos urbanos y el progreso físico y económico de la ciudad. Ignacio Domeyko, un agudo observador de la época, fue testigo de estos cambios en el comportamiento social de los habitantes de La Serena, en 1838. (Véase Anexo 3).

Simultáneamente, en la mayoría de la población continuó el proceso de permanencia de las costumbres de recreación que databan de los tiempos coloniales. Los juegos, tales como la rayuela, las riñas de gallos (véase Anexo 2), el volantín, son pruebas de un pasado que permanecía inalterable.

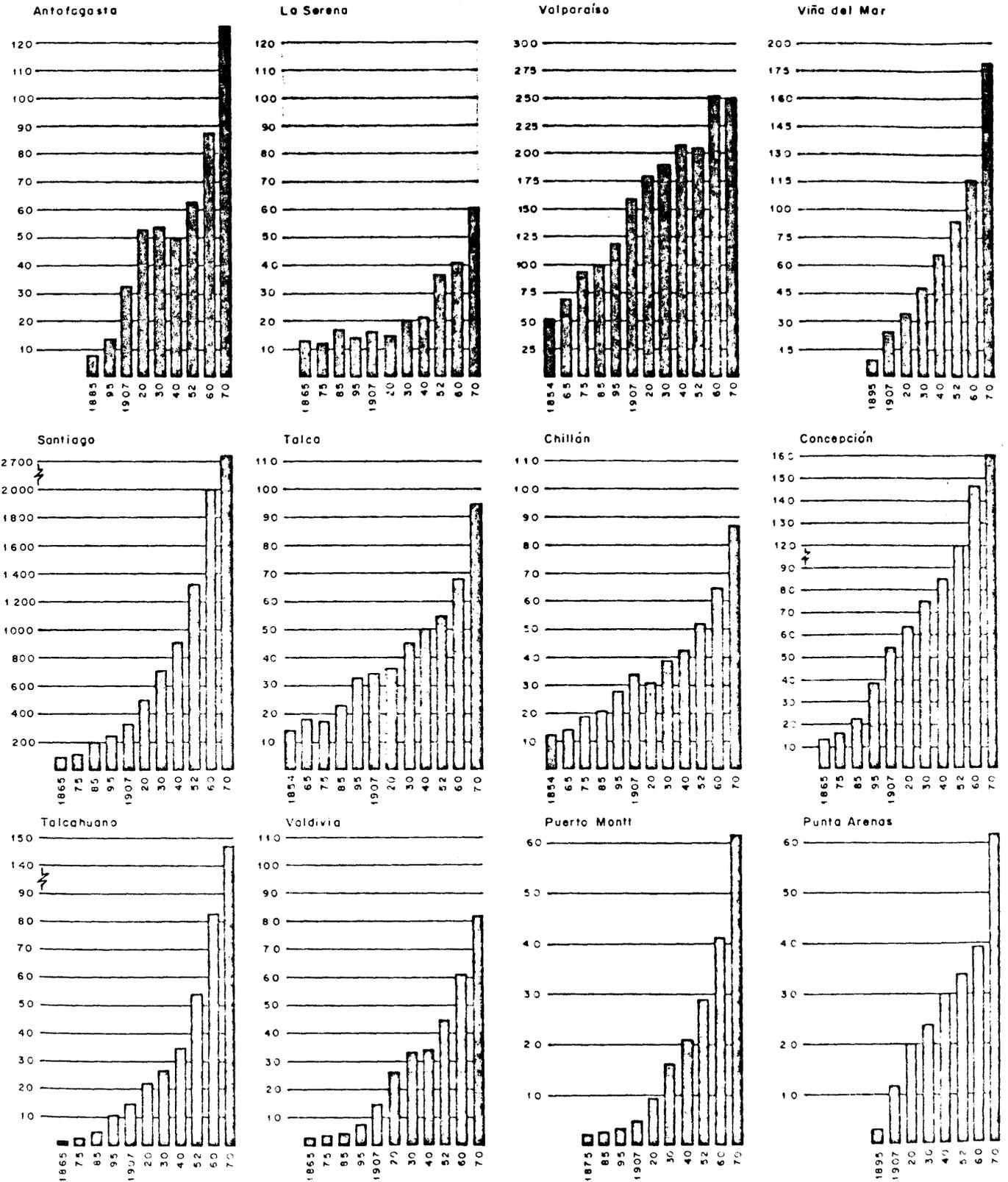
Para concluir queremos reafirmar una idea que se desprende de lo anterior. Hablar de cambios y transformaciones en el micropaisaje y en las costumbres de La Serena, resulta por lo menos, algo esencialmente relativo. El estudio de larga duración de los procesos históricos hace posible su percepción y análisis en forma más profunda. Esto avala la necesidad de estudiar varios siglos de la historia de la ciudad.

De nuestro estudio se concluye que La Serena no escapó de aquel proceso de transformaciones recreativas y urbanas experimentadas por otras ciudades del país. No obstante, el carácter un tanto reservado y apegado a las "buenas costumbres", impidió una amplia "revolución" en las costumbres de esta ciudad, - si es que entendemos por revolución un cambio violento y/o repentino de las circunstancias-. Nos parece que La Serena permaneció viviendo, en el fondo, de una manera similar de la que llevó en épocas anteriores. Lo recién señalado se confirma, al observar los usos y las costumbres en los espacios abiertos, tales como la plaza y la Alameda, en los cuales si bien se adoptaron algunos de los nuevos usos sociales, tales como kermesses, retretas, bazares, etc., estos espacios fueron en definitiva poco utilizados por los serenenses, quienes siempre han evidenciado una preferencia por los espacios cerrados de sus casas o de los centros sociales.

(1) Manuel Concha, Crónica de La Serena c.f.r. p. 82.

A N E X O

Población de las principales ciudades del país desde el censo del año 1854 al de 1970 (en miles)



Fuente: Universidad de Chile, Instituto de Estudios Regionales.

Gráficos de población realizados por el Profesor Rolando Mellafe R.

Fuente: Vol. 272, Archivo de la Intendencia de Coquimbo.
Bienio de 1857 - 1858, f.j. s/n.

Señor Intendente:

Juan Antonio Viel vecino de esta ciudad en la vía y forma que más haya lugar respetuosamente digo: que deseando establecer un reñidero de gallos para distraer algunas horas de los días festivos consagrados al descanso de las constantes fatigas del trabajo semanal; y a fin de poderlo verificar sin ningún estorbo por parte de la policía siempre que no se exceda de los límites de la moderación ni se ejecute el desorden por parte de los concurrentes o aficionados a esta clase de distracciones inocentes a su justificación, para que poniendo en ejecución las facultades que le son consedidas (*) por el Supremo Gobierno, se sirva ordenar se me conceda la patente respectiva tan luego como ha enterado en la Tesorería departamental, la cantidad que correspondiere a su clase. Por tanto,

A us. suplico, se sirva concederme la patente que solicito bajo la protesta de no abusar por mi parte de esta autorización, cuidando no autorizar o tolerar ningún abuso perjudicial a la moral y el orden público. Es gracia que solicito a us.

Juan Antonio Viel.

(*) SIC.

Fuente: Ignacio Domeyko, Mis Viajes. Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1978, pp. 366 y siguientes.

TERTULIA EN CASA DEL INTENDENTE

Ese día era el onomástico de la esposa del intendente, doña Mercedes Undurraga de Irarrázabal, una dama muy distinguida.

Ese mismo día el partido liberal daba un almuerzo, en el cual se brindaba, pero no al estilo de los mítines políticos europeos ni como entre nosotros, cuando incluso en los almuerzos de las pequeñas asambleas provinciales se brindaba por la salud de su Majestad el rey o uno de los conspicuos ciudadanos, y se terminaba con el grito de "¡amémonos!". Aquí aunque la política liberal ya se infiltró en los comedores, no alcanzó todavía a deslumbrar con su hiel a los comensales. Si bien al comienzo uno u otro infló como para soltar un discurso liberal opositor, cada uno bebió como quiso, por la salud del compadre, del vecino, amigo o cuñado; y una vez algo achispados, se encaminaron todos por la tarde al palacio del intendente, el cual, no obstante ser adversario del partido de ellos, les invitó a la velada.

Ya estaban reunidas las damas. Todas las puertas y ventanas estaban abiertas. El patio era accesible para todos, había en él un globo preparado para soltarlo al aire.

Yo me había retrasado un poco, ignorando la hora del comienzo del baile; y cuando llegué peripuesto como un parisino, me fue difícil abrirme paso para franquear el portal, y más difícil aún atravesar el patio repleto por el populacho. Pero llegué hasta las anchas puertas del salón; se oía la música,

pero no había manera de entrar a causa de la aglomeración de los curiosos, a quienes nadie impedía el acceso. Al reconocerme alguien y darse cuenta de que yo era uno de los invitados, comenzó a apartar a los huéspedes no invitados y logró introducirme en la sala, cuya gran parte, acaso el tercio o el cuarto, estaba ocupada por el público que no formaba parte del baile. Pero la sala era inmensa, bien iluminada, las damas bien ataviadas estaban sentadas en torno a los hombres, en un salón contiguo. El intendente, sentado en su severo sillón, recibía a todos con noble gentileza y me sentó a su lado para que pudiera observar mejor los juegos y las costumbres nacionales.

El espectáculo era, en efecto, nuevo y muy original para mí. La concurrencia danzante de las elegantes damas y de los bailarines se rozaba, por decirlo así, con la presión de hombres y mujeres de diversa condición social, que a través de las puertas y ventanas y aún, según acabo de decir, en una parte del salón, eran sólo espectadores y constituían la parte exterior del baile. Esta parte de la sociedad se compone, según me enteré pronto, de los llamados tapados. Había entre éstos señoras y caballeros de la clase elevada, había también burgueses, mozos y negros. Cada tapada llevaba un velo, un pañuelo u otro chal rodeándole la cabeza en forma tal que sólo los ojos, y a veces un solo ojo, negro y grande, quedaba visible. Y los hombres llevaban sus redondas capas españolas echadas sobre los hombros hasta los ojos, y los sombreros también metidos hasta los ojos, porque estos tapados caballeros tienen el derecho a permanecer cubiertos hasta en el interior del salón, junto a la puerta. Entre éstos, como pares inter pares, hay también gente de condición obrera, con ponchos blancos o de colores chillones, y con sombreros de paja, e incluso criadas al lado de señoras de buena posición, escondiendo su cara tras pañuelos multicolores, contemplan con calma el tono superior de la velada.

Había un extraño contraste entre esta fantástica gente con rostros tapados y los sombreros puestos, quieta, muda y hierática, y las señoras y señoritas vestidas de gala, conversando animadamente con caballeros ataviados a la moda con fracs y zapatos de baile. Curiosos y pintorescos eran algunos grupos de damas sentadas junto a las ventanas y mirando con los cuellos estirados, a los llamados tapados. Distinguíase por el buen gusto y el lujo la esposa del comandante de la guardia nacional, doña Mercedes Morales, una verdadera señora. Una gran pluma de avestruz en forma de luna adornaba su turbante abrochado con brillantes y rubíes. Junto a su rostro, blanco como la nieve, asomaba por la ventana el ancho sonriente rostro de un negro, con el blanco de sus ojos y las dos filas de dientes blancos. Por la misma ventana se asomaba también una señora de tez cobriza, tapada con un chal blanco, sobre una hermosísima muchacha, sentada en el salón.

Pero no había el menor desorden en esa mezcolanza de personas que formaban parte del baile y que no formaba parte de él. Y cuando, extrañado un tanto de ese espectáculo, lo estaba observando repasando con mi mirada más a esa concurrencia de los tapados que a la sociedad invitada que no se diferenciaba en nada de nuestra clase alta, me sacó de mi extrañeza el señor Irrarázabal, hombre muy noble, serio, hijo del marqués de la Pica y considerado como un gran aristócrata.

"Según veo - me dijo - encuentra usted tal vez extraña esa presencia del pueblo y de gentes de toda condición social que vienen de la calle para mirar nuestras diversiones. Entre ustedes, en Europa, seguramente se ordenaría a los lacayos dispersar esa plebe o bien una guardia ante el portal y la policía no les daría acceso a la casa".

No supe qué responderle. Entretanto, un sabihondo recién llegado de la capital terció en la conversación y pretendía que, en efecto, aquello no era correcto ni se avenía con el buen tono. "¿Y qué opina usted de ello?" - me preguntó sonriendo el intendente.

"En efecto - respondí -, en mi país colocarían una guardia ante el portal".

"¡Ay! - dijo - porque entre ustedes hay un gran afán de libertad y de igualdad. También entre nosotros, en nuestra capital, Santiago, - dijo volviéndose hacia el santiaguino - no tienen a los viejos por aristócratas, creyéndose ellos mismos liberales e introduciendo novedades de los ingleses y franceses, a quienes estiman muy liberales. Aquí, en otros tiempos, poco se hablaba del liberalismo, pero vivíamos siempre cerca de la gente de toda condición social, nos relacionábamos con el pueblo, sin merma alguna para la debida sumisión, Mi padre, el marqués, uno de los más ricos, tenía tierras que se extendían desde el mar hasta la Cordillera y casi no tenían límites. El marqués daba bailes y grandes recepciones en la capital, pero siempre con puertas y ventanas abiertas. El paso libre para todos: tanto para los invitados como para los tapados. Y cuidado con que a alguien se le ocurriera por orgullo o por capricho cerrar las puertas y ventanas, como ya comienza a ser la moda en nuestra nueva sociedad, el pueblo haría saltar los vidrios de las ventanas y quebraría las puertas en pedazos. Por eso, antiguamente, nuestro pueblo que asistía a las diversiones y modo de ser de la clase alta, adquiriría buenos modales y dulzura en el trato, cantaba los cantos de nuestras señoras, bailaba los mismos bailes, y en su modo de expresarse en el lenguaje, se diferenciaba menos de lo que se diferencia las gentes de diversas clases en Francia o en Alemania".

De pronto, el bastonero (es decir, el que dirigía los bailes) dio la señal de que el baile iba a comenzar. Así como entre nosotros se comienza la danza por la polonesa, así la inician aquí con la antigua contradanza española. Esta contradanza no es fatigosa, saltarina ni arrastrada; las parejas se colocan como otrora entre nosotros para el "inglés" y todo el arte consiste en las diversas figuras que revelan más gravedad y juego lento que gracia y animación. A esta danza concurren personas de diversa edad, incluso las de edad avanzada. Antes se iniciaba aquí el baile con el minué español que ya cayó en olvido, y la contradanza esté amenazada de correr igual suerte por parte de la cuadrilla francesa que ya tiene sus campeones entre la juventud capitalina.

Luego de la contradanza se ofreció la guitarra a una de las señoras más bellas, la cual cantó, sin grandes ruegos ni aspavientos, una de las preferidas arias españolas, algo tristonas, amorosas, pero sencillas, no de esas apasionadas y afiebradas que encienden los sentidos. La acompañaban sus amigas, y una vez terminada la canción, hubo aplausos, alabanzas y exclamaciones de "muy bien, muy bien". La guitarra pasaba de una a otra de las jóvenes cantantes, y siempre uno de los bien educados invitados recibía el instrumento y lo entregaba con un reverencia a aquella a quien le tocaba el turno de cantar.

He de añadir que también en la indumentaria de las mujeres había mucha sencillez. No se veían damas escotadas ni inmodestas. Dos largas trenzas de pelo negro bajaban no sólo a los hombros de las señoritas sino incluso de las señoras serias de más edad. Sólo dos jóvenes damas, recién llegadas de la capital y contagiadas de la última moda, se distinguían por sus peinados a base de rizos y las trenzas recogidas a la moda de Paris, adornadas con alfileres, cadenitas y flores artificiales, mientras que todas las demás señoras usaban sólo magníficas, frescas y olorosas flores de jardín...

Coculimbo, 24 de septiembre de 1838.

ANEXO 4

LA SERENA (1854 - 1907).
Crecimiento demográfico .



F U E N T E S Y B I B L I O G R A F I A

A. FUENTES MANUSCRITAS: Archivo de la Intendencia de Coquimbo.

Volúmenes -272 (1850-1870)

-402 (1861-1863)

-479 (1866-1891)

Archivo del Cabildo y Municipalidad de
La Serena. (*)

Volúmenes - 6 (1682-1789)

- 10 (1698-1809)

B. FUENTES IMPRESAS : 1.- Censos.

- Censo de 1813. Imprenta Chile, Santiago, 1953.

- Censo General de la República de Chile, 1854.
Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1858.

- Censo General de la República de Chile, 1865.
Imprenta Nacional, Santiago, 1866.

- Censo General de la República de Chile, 1875.
Imprenta Nacional, Santiago, 1875.

- Oficina Central de Estadísticas: Censo de
de la República de Chile, 1885. Imprenta
La Patria, Valparaíso, 1889.

- Oficina Central de Estadísticas: Censo General de la República de Chile, 1895. Imprenta Barcelona, Santiago, 1896.

- Dirección de Estadísticas y Censos: Censo de la República de Chile, 1907. Imprenta Universo, Santiago, 1908.

(*) Nota: los años que comprende cada volumen no siempre corresponden a los documentos que el legado contiene.

2.- Prensa:

- El Coquimbo (1879-1880; 1890-1900)
- El Correo de La Serena (1854-1867)
- El Correo del Sábado (1871-1873)
- El Eco de Coquimbo (1849)
- El Guardia Nacional (1898)
- El Norte (1868-1869)
- El Nuevo Ferrocarril (1879)
- El Progreso (1874-1878; 1881)
- El Obrero (1891-1893)
- El Porvenir (1850-1851)
- La Diócesis (1882-1887)
- La Reforma (1869, 1870, 1888, 1895)
- La Revista Coquimbana (1867-1868)

Nota: Para los años 1852 y 1853, no se encontró prensa para revisar.

3.- Viajeros:

- Frézier, Amedeé, Relación del Viaje por el Mar del Sur a las Costas de Chile i el Perú, durante los años 1712-1714. Traducido por Nicolás Peña de la Edición Francesa de 1716. Santiago, 1902, pp. 119-129.

- Medina, J.T. "Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile por Samuel B. Johnston, 1811-1814". En Viajes Relativos a Chile. Cap. VI, Santiago, 1962. Tomo I.

- Medina J.T. "Memorias de un oficial de la Marina Inglesa al servicio de Chile durante los años de 1821-1829". Ricardo Longueville Vowell. En Viajes Relativos a Chile. Cap. VIII, Santiago, .1962. Tomo II.

- Mellet, Julian. Viajes por el interior de la América Meridional. Traducido de la 2ª Edición Francesa de 1824.s/f.

- Rosales, Diego de, Historia General de el Reino de Chile, Flandes Indiano. Editorial Universitaria, Santiago,1969.

4.- Crónicas:

- De Lobera, Mariño. Crónica del Reyno de Chile. En CHCH, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1865.

- De Rosales, Diego. Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano. Editorial Universitaria, Santiago, 1969.

- De Valdivia, Pedro. Cartas. Editorial Universitaria, Santiago, 1955.

- De Valdivia, Pedro. Cartas de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V. Santiago, 1861.

- Gómez de Vidaurre, Felipe. Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile. En CHCH, Santiago, 1889, Tomo XV.

- O'Higgins, Tomás. "Diario de Viaje". En RCHHG, N°143, Santiago, 1943.

- Vallejo, J.J. (Jotabeche). Obras Escogidas. Biblioteca de Escritores de Chile. Imprenta Barcelona, Santiago, 1911.

- Zapiola, José. Recuerdos de Treinta Años. s/f. Tomo I, pp. 43-56.

C. BIBLIOGRAFIA: 1.- Especializada.

- Alegría, Ricardo. Historia de la Ciudad de San Bartolomé de La Serena, 1544-1900. Revista de la Facultad de Arquitectura, Universidad de Chile, Santiago, 1961.
- Amunátegui S., Domingo. El Cabildo de La Serena, 1600-1800. Santiago, 1928.
- Amunátegui, Miguel Luis. Los precursores de la Independencia. Tomo I, Santiago, 1871.
- Carmagnani, Marcelo. El salariado minero en el Chile Colonial. Editorial Universitaria, Santiago, 1963.
- Cassigoli, Perea, Inés. La Serena. Estudio de Geografía Urbana. Memoria, Facultad de Filosofía, Universidad de Chile, Santiago, 1963.
- Concha, Manuel. Crónica de La Serena desde su fundación hasta nuestros días, 1546-1870. Universidad de Chile. La Serena, 1979.
- Cortés, Hernán. La vida cotidiana en La Serena a comienzos del siglo XIX, 1810-1850. Universidad de La Serena, 1981.
- Concha, Manuel, Tradiciones Serenenses. Biblioteca Popular Nacimiento, Santiago, 1975. Tomos I, II.
- Chaparro, Aída. "El Corsario Francisco Drake". En RCHHG, Nº49, Santiago, 1924, pp. 109-131.

- Chouteau, Eugenio. Informe sobre la Provincia de Coquimbo presentada al Supremo Gobierno. Imprenta Nacional, Santiago, 1887.
- Galdames, Juan. La Serena y su Evolución Urbana. En RCHHG, Nº132, Santiago, 1964, pp. 134-195.
- Gallardo, Emiliano. Crónicas y Siluetas de Coquimbo, Serena y Elqui. Imprenta Británica, La Serena, publicaciones de 1948 y 1954.
- Gallo R. Pedro León. 1919. Guía Comercial Administrativa e Histórica de Coquimbo. Imprenta La Favorita, Coquimbo, 1919.
- García, A.J. Guía Jeneral de la Provincia de Coquimbo. La Serena, 1886.
- Greve, Ernesto. El Conquistador Francisco de Aguirre. Fondo Histórico J.T. Medina, Santiago, 1953.
- Márquez de La Plata, Rodrigo. Patrimonio Cultural de Coquimbo y La Serena. Ministerio de la Vivienda y Urbanismo, Santiago, 1978.
- Méndez, Luz María. "Paisajes y Costumbres Recreativas en Chile. Valparaíso en el siglo XIX". En Revista de Historia Nº22. Santiago, 1987.
- Méndez, Luz María. "Plazas y Parques de Valparaíso. Transformaciones en el Micro Paisaje Urbano". Publicado en Valparaíso, 1536-1987. Universidad Católica de Valparaíso, 1987.

- Molina, Enrique. Al pasar por La Serena. En Revista Atenea, Nº51, Concepción, 1925.
- Montebruno López, Julio. Niñez y Adolescencia en La Serena. 1871-1888. En RCHHG, Nº109-110, Santiago, 1947, pp. 66-122; 155-218 respectivamente.
- Moraga, Fernando. La Serena y su tiempo. Publicado por la Ilustre Municipalidad de La Serena, La Serena, 1986.
- Pinto Rodríguez, Jorge. La población del Norte Chico en el siglo XVIII. Crecimiento y Distribución en una región minero-agrícola de Chile. La Serena, 1980.
- Pinto Rodríguez, Jorge. La Serena Colonial Ediciones Universitarias de Valparaíso. U.C. Valparaíso, 1983.
- Pinto Rodríguez, Jorge. "La violencia en el corregimiento de Coquimbo". En, Cuadernos de Historia, Nº8, Universidad de Chile, 1988.
- Valderrama, Adolfo. Obras Escogidas en prosa. Biblioteca de Escritores de Chile. Imprenta Barcelona, Santiago, 1912.

2.- Bibliografía General.

- Amat y Juniet, Manuel. Historia Geográfica i Hidrográfica con Derrotero General Correlativo al Plan de el Reyno de Chile. En, RCHHG, N°49, Santiago, 1924.
- Anguita, Ricardo. Leyes promulgadas en Chile. Imprenta Barcelona, Santiago, 1912, Tomo I, II, III y IV.
- Barros Arana, Diego. Historia Jeneral de Chile. Imprenta Cervantes, Santiago, 1884, Tomos I y II.
- Blancpain, Jean Pierre. "Cultura francesa y francomanía en América Latina. El caso de Chile en el siglo XIX". En Cuadernos de Historia, N°7, Universidad de Chile, 1987.
- Cardoso, Ciro y Pérez, Héctor. Los métodos de la Historia. Editorial Crítica, Barcelona, 1986.
- Echeverría, Aníbal. Geografía política de Chile. Santiago, 1888.
- Edwards, Alberto. La Fronda Aristocrática. Imprenta Nacional, Santiago, 1928.
- Espinoza, Enrique. Geografía Descriptiva de Chile. Santiago, 1897.
- Guarda, Gabriel. Historia Urbana del Reyno de Chile. Santiago, 1978.

- Guarda, Gabriel. "La influencia Militar en las Ciudades del Reino de Chile". En BACHH, N°75, Santiago, 1966.
- Guarda, Gabriel. Santo Tomás de Aquino y las Fuentes del Urbanismo Indiano. En BACHH, N°72, Santiago, 1965.
- Hardoy, Jorge. La forma de las ciudades coloniales en la América Española. En Revista de Indias N°131-138, Madrid, 1973-1974.
- Heise, Julio. "El caciquismo político en el período parlamentario". En, Homenaje a Guillermo Feliú Cruz. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1973.
- Instituto Geográfico Militar. Geografía de Chile. Tomo X, Santiago, 1982.
- Irarrázabal, Raúl. Arquitectura chilena. La búsqueda de un orden espacial. Ediciones Nueva Universidad. U.Católica, Santiago, 1978.
- Jara, Alvaro. Guerra y sociedad en Chile. Editorial Universitaria, 1984.
- Lathrop, Carlos. Guía Descriptiva i Almanaque Comercial de la República de Chile para 1878. Santiago, 1878.
- Lathrop, Carlos. Guía Descriptiva i Almanaque Comercial de la República de Chile para 1879. Santiago, 1879.

- Lorenzo, Santiago y Urbina, Rodolfo. La política de fundaciones en Chile durante el siglo XVIII. Quillota, 1978.
- Lorenzo, Santiago. Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1986.
- Medina, J.T. Cosas de la Colonia. 1º Serie, Santiago, 1889.
- Peña Villalón, J.E. "Índice del Archivo de La Serena".
En Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1899.
Tomo 104, pp. 1173-1206.
- Pereira Salas, Eugenio. Juegos y Alegrías coloniales en Chile. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1947.
- Picón Salas, Mariano y Feliú Cruz, Guillermo. Imágenes de Chile. Editorial Nacimiento, Santiago, 1933.
- Risopatrón, Luis. Diccionario Jeográfico de Chile. Imprenta Universitaria, Santiago, 1924.
- Rojas-Mix, Miguel A. La Plaza Mayor. El Urbanismo, instrumento de dominio colonial. Mucknik Editores de Idiomas Vivientes S.A. Barcelona, 1978.

- Sayago, Carlos María. Historia de Copiapó. Editorial Francisco de Aguirre. S.A., Buenos Aires, 1973.
- Silva Lezaeta, Luis. "El Conquistador Francisco de Aguirre". Publicado en Revista Católica, Santiago, 1904.
- Solano, Franciso de. "Plaza Mayor Hispanoamericana" En "Plazas" el Sociabilitte en Europe et Amerique Latine. Publications de la Casa Velásquez. Serie Recherche en Sciencies Sociales". Fasc. VI. Diffusion de Bocard, Paris, 1982, pp. 155-172.
- Sotomayor Valdés, Ramón. Historia de Chile durante los cuarenta años transcurridos de 1831-1871. Imprenta La Estrella de Chile. Santiago, 1876, Tomo I y II.
- Tornero, Recaredo. Chile Ilustrado. Librerías y Agencias del Mercurio, Valparaíso, 1872.
- Trebbi, Rómulo. Desarrollo y tipología de los conjuntos rurales en la zona central de Chile. Siglos XVI y XIX. Ediciones Nueva Universidad, Santiago, 1980.
- Trautmann, Mirtha. La Plaza Chilena. Seminario de Historia de la Arquitectura. Instituto de Teoría e Historia de la Arquitectura. Universidad de Chile, Santiago, 1968.
- Villalobos, Sergio. Historia del Pueblo Chileno. Editado por el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Tomo I, Santiago, 1980.